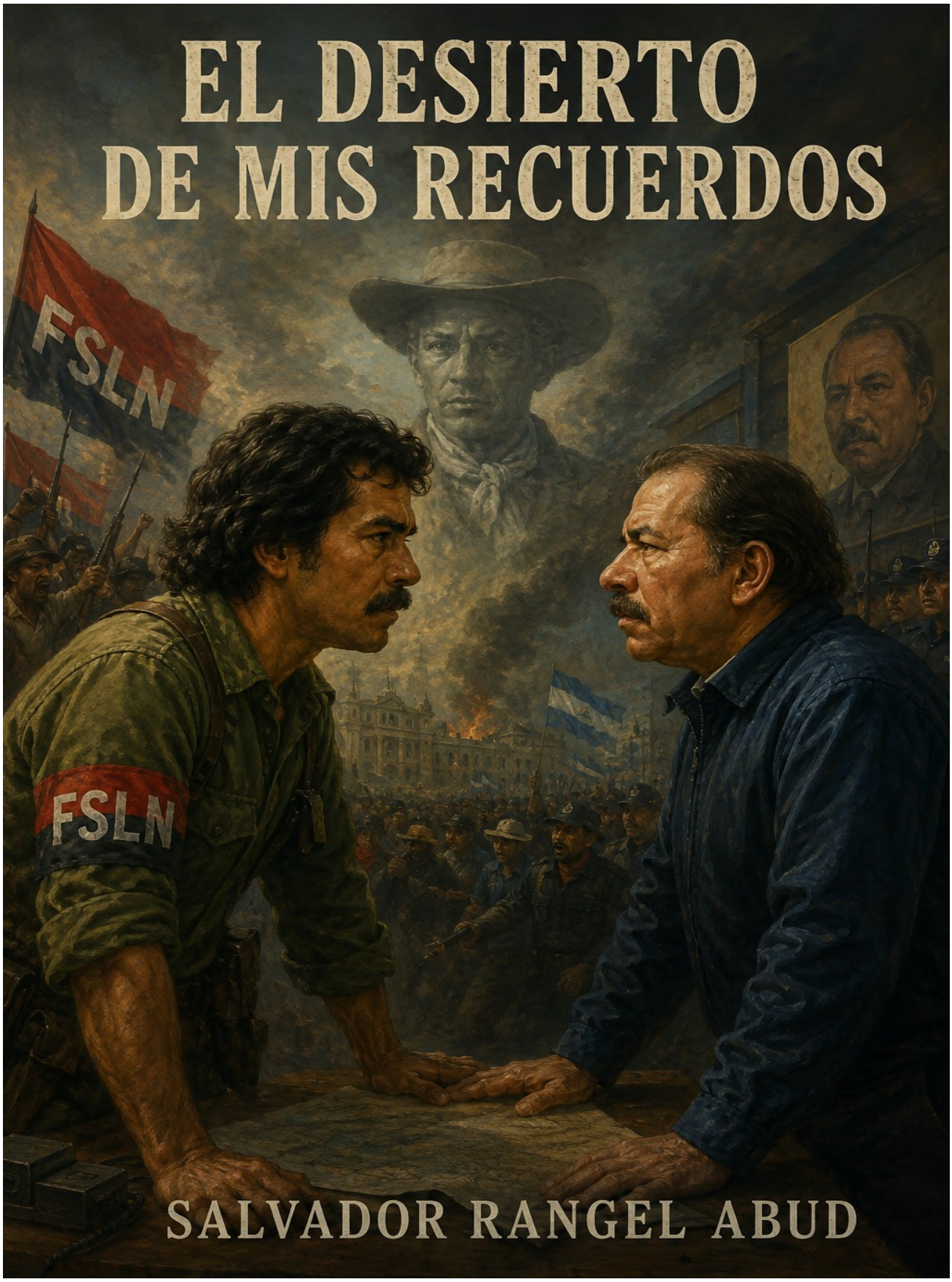
EL DESIERTO
DE MIS RECUERDOS
FSLN
FSLN
SALVADOR RANGEL ABUD

EL DESIERTO DE MIS RECUERDOS

Una historia sin esperanza

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Agustín Sanabria Montenegro es un médico cirujano que ha ejercido su profesión durante cincuenta y seis años atravesando tres regímenes políticos diferentes en Nicaragua: la dictadura de Somoza, la revolución sandinista y la nueva tiranía de Daniel Ortega. A través de su mirada clínica y humanística, el Dr. Sanabria narra cómo fue testigo de la transformación de promesas revolucionarias de justicia en máquinas de represión equivalentes o superiores a las que pretendían derrocar. Desde 1977, cuando salvó la vida de Miguel —un joven revolucionario herido— hasta 2026, cuando asiste al colapso silencioso del régimen desde la clandestinidad, Sanabria documenta con precisión médica y memoria histórica cómo la revolución que buscaba liberar a Nicaragua terminó esclavizándola de nuevas formas. Su testimonio es crónica de represión institucionalizada, pactos políticos corruptos que congelaron la democracia, y el costo humano de vivir bajo tiranía disfrazada de legitimidad electoral. Es también, simultáneamente, historia de resistencia: de médicos que curaron en conventos durante matanzas, de estudiantes que se levantaron contra fuerzas armadas, de gente ordinaria que simplemente dijo que no.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones explícitas de tortura sistemática, represión política violenta, asesinatos de civiles desarmados, desapariciones forzadas y violencia estatal de intensidad severa. Incluye testimonios documentados de interrogatorios bajo tortura eléctrica, privación sensorial deliberada y violencia sexual como método represivo. Aborda la represión médica —negación de servicios sanitarios como arma política—, ejecuciones sumarias y la expulsión masiva de ciudadanos que fueron convertidos en apátridas. El texto presenta narrativas de duelo, muerte de jóvenes en confrontaciones, y la descripción de cuerpos mutilados durante represión. Aunque mantiene rigor histórico y no es sensacionalista, las acumulaciones de trauma documental son sostenidas y profundas. Apta exclusivamente para lectores adultos con capacidad para procesar testimonio de represión política sistemática. Recomendada lectura acompañada para personas que hayan experimentado trauma relacionado con represión o violencia estatal.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas sesenta novelas publicadas. Su formación en medicina y su especialización en salud pública otorgan a este

testimonio una perspectiva única: la de alguien que ha visto represión tanto desde la clínica como desde la estructura política que la genera. Ha ejercido medicina durante cincuenta y seis años en Nicaragua, observando de primera mano cómo sistemas políticos diferentes utilizaban la medicina como instrumento de control o de resistencia. Su obra combina rigor documentalista con reflexión filosófica sobre la naturaleza del poder y la persistencia de la humanidad bajo represión.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El Desierto de Mis Recuerdos: Una Historia sin Esperanza

Subtítulo: Testimonio de Represión Política, Medicina y Resistencia en Nicaragua (1977-2026)

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Testimonio autobiográfico / Ensayo narrativo histórico

Subgénero: Crónica de represión política y medicina bajo tiranía

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 89,000 palabras

Período histórico abarcado: 1977-2026 (49 años de historia política nicaragüense)

Ubicación geográfica principal: Managua, Nicaragua

Perspectiva narrativa: Primera persona (Agustín Sanabria Montenegro como narrador y protagonista)

Año de conclusión: 2026

NOTA DEL AUTOR

He vivido setenta y cuatro años en Nicaragua. He sido médico durante cincuenta y seis de esos años. He visto a mi país bajo tres sistemas políticos diferentes, cada uno prometiendo liberación y cada uno entregando represión. Escribo este testimonio no porque crea que pueda cambiar la historia, sino porque tengo obligación moral de documentarla mientras aún respiro. Cada persona mencionada en estas páginas es real, aunque algunos nombres han sido modificados por seguridad personal de personas aún vivas bajo represión. Cada evento documentado ocurrió exactamente como se narra. Esto no es ficción inventada. Es registro de verdad vivida. Escribo porque si no hay testigo que hable, solo quedará la versión del régimen. He elegido ser ese testigo aunque eso signifique arriesgar mi libertad, mi seguridad y mi vida. Lo hago porque los médicos juramos curar, y curar incluye también curar la memoria colectiva de una nación. Este manuscrito es mi contribución a esa cura.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite su distribución y reproducción no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen obras derivadas sin autorización expresa. En caso de represión política contra el autor o contra distribuidores de este texto, la licencia se convierte automáticamente en de dominio público para propósitos de preservación histórica y acceso a verdad.

PALABRAS CLAVE

represión política, Nicaragua, medicina bajo tiranía, testimonio autobiográfico, historia contemporánea, tortura sistemática, revolución sandinista, Daniel Ortega, Somoza, represión institucionalizada, resistencia silenciosa, derechos humanos, diáspora, apátridas, represión médica, Managua, Centro América, autoritarismo, dictadura, justicia transicional, memoria histórica, crónica política

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora cómo revoluciones que prometen justicia se transforman en tiranías equivalentes o peores que aquello que reemplazan. Examina la represión como institución que se perpetúa a través de legales, políticas públicas y normalización social del miedo. Documenta el costo humano de la represión no solo en víctimas directas sino en represores mismos que pierden su humanidad. Analiza cómo la medicina se convierte en arma política bajo regímenes autoritarios. Traza la paradoja fundamental de Nicaragua: que después de cuarenta y nueve años y tres regímenes diferentes, la estructura fundamental de represión permanece idéntica aunque cambien los nombres y símbolos. Plantea la pregunta central: ¿existe salida de ciclos de represión en América Latina o son estructurales? Y responde con testimonio de que mientras hay gente que dice que no, mientras hay resistencia silenciosa, no todo está perdido. La novela también es reflexión profunda sobre qué significa ser testigo, qué significa documentar verdad cuando la verdad oficial es mentira institucionalizada, y qué significa continuar siendo humano cuando un régimen demanda que abandones tu humanidad.

CITAS DESTACADAS

"En mil novecientos setenta y siete, cuando salvé a Miguel en el quirófano, comprendí que mi vida había sido dividida en un parteaguas temporal que marcaba un antes y un después."

"La medicina es una disciplina de aceptación, porque en medicina uno se enfrenta constantemente con los límites de lo que puede curar y debe aprender a vivir con ello. Pero lo que un régimen totalitario hace a un pueblo trasciende los límites de cualquier medicina conocida."

"No se puede vivir bajo una tiranía durante años, viendo el sufrimiento de los demás, participando en actos de resistencia aunque sean pequeños, sin necesitar creer que todo eso significa algo."

"La represión no es la represión abierta de Somoza porque no hay desapariciones públicas anunciadas, pero es la represión de la tortura clandestina, de los causantes de las desapariciones que actúan en la noche."

"Continuar existiendo bajo represión es acto revolucionario. Continuar diciendo verdad es acto revolucionario. Continuar siendo humano cuando el régimen quiere que seas máquina de represión es acto revolucionario."

"No hay invierno político que dure cien años. No hay dictadura que sea realmente permanente."

COMPARACIONES LITERARIAS

La novela comparte con García Márquez la capacidad de narrar represión política a través de ojos humanísticos sin perder rigurosidad documental. Con Vargas Llosa comparte el análisis de cómo los pueblos eligen tiranía esperando liberación. Se asemeja a los testimonios de Rigoberta Menchú en su propósito de documentar represión desde perspectiva de víctima-testigo, aunque la de Sanabria es desde la perspectiva única de médico que cura tanto a víctimas como a perpetradores. Comparte con Primo Levi la reflexión sobre cómo documentar lo indocumentable, cómo escribir sobre horror sin convertirlo en espectáculo. La prosa tiene la precisión clínica de un manual médico combinada con la urgencia narrativa de testimonio histórico directo. A diferencia de la mayoría de testimonios de represión que son gritos de denuncia, este es más bien un susurro documentalista: quieto, implacable, imposible de negar. Es literatura que privilegia la verdad sobre la emoción, aunque la emoción sea inevitable cuando la verdad es dolor acumulado.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Cuándo exactamente una revolución deja de ser revolución y se convierte en régimen represivo? ¿Es el momento de la toma de poder, o es proceso gradual que el Dr. Sanabria documenta con precisión?

¿Es responsabilidad moral de un médico participar en política, o debe mantenerse neutral? ¿Cómo responde Sanabria a esta pregunta a través de sus acciones?

¿Existe ciclo inevitable de represión en América Latina, o es es estructura que puede ser quebrada? ¿Qué sugiere la novela?

¿Cuál es la diferencia fundamental entre represión abierta (Somoza) y represión institucionalizada (Ortega)? ¿Cuál es más efectiva? ¿Cuál es más destructiva?

¿Por qué Sanabria se rehúsa a emigrar incluso cuando tiene oportunidad? ¿Es acto de heroísmo o de terquedad? ¿Cómo juzga el lector su decisión?

¿Qué significa "ser testigo" en contexto de represión política? ¿Es suficiente documentar verdad, o requiere acción más directa?

¿Cómo comprende la novela la humanidad de los represores como Coronel Soto? ¿Es posible redimirse de haber sido instrumento de represión?

¿Qué rol juega la medicina en la política? ¿Puede la medicina resistir represión, o siempre será instrumento del régimen?

CÓMO CITAR

APA (7.ª edición): Rangel Abud, S. (2026). El desierto de mis recuerdos: Una historia sin esperanza [Manuscrito inédito].

Chicago (autor-fecha): Rangel Abud, Salvador. 2026. El desierto de mis recuerdos: Una historia sin esperanza. Manuscrito inédito.

Chicago (notas-bibliografía): Salvador Rangel Abud, El desierto de mis recuerdos: Una historia sin esperanza (manuscrito inédito, 2026).

MLA (9.ª edición): Rangel Abud, Salvador. El Desierto de Mis Recuerdos: Una Historia sin Esperanza. Manuscrito inédito, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una extensa obra narrativa que incluye: *El Monstruo de Liverpool. El Escultor del Dolor*, thriller psicológico de investigación; *El Último Rojo del Soviet*, novela didáctica sobre ideología revolucionaria en contexto urbano; *Una España Siempre en Llamas*, saga coral sobre la Guerra Civil Española y su legado; *La República que Pudo Haberse Sembrado*, novela contrafactual sobre México; *Aquiles, el Señor de los Barcos Negros*, desmitificación histórica de la Ilíada; *Las Voces de la Razón*, novela sobre pensamiento político en seminario internacional; *La Sangre del Norte*, genealogía novelada del autor; y *Esto es lo que Hicimos de México*, coral de microhistorias nacionales. Asimismo, ha completado *Las Dictaduras*, ensayo sobre variantes de autoritarismo; y diversos proyectos narrativos en desarrollo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: La ceniza y la semilla
CAPÍTULO 1: Suturas Clandestinas
CAPÍTULO 2: El Sol de Julio y las Cenizas de la Dinastía
CAPÍTULO 3: El Bálsamo y la Pólvora
CAPÍTULO 4: La Sangre de los Inocentes
CAPÍTULO 5: La Noche de los Candados y la Piñata
CAPÍTULO 6: El Espejismo de la Transición
CAPÍTULO 7: El Pacto del Infierno
CAPÍTULO 8: La Metamorfosis de la Serpiente
CAPÍTULO 9: El Regreso de los Fantasmas
CAPÍTULO 10: La Sangre de Abril
CAPÍTULO 11: El Reino del Terror y el Gran Despojo
CAPÍTULO 12: El Murmullo bajo las Cenizas
EPÍLOGO: La Semilla en el Desierto

EL DESIERTO DE MIS RECUERDOS

Una historia sin esperanza

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La ceniza y la semilla

Mi nombre es Agustín Sanabria Montenegro. Tengo setenta y cuatro años. He vivido siete décadas y media en Nicaragua y he sido médico cirujano durante cincuenta de esos años, lo que significa que he pasado prácticamente toda mi vida profesional viendo cómo los cuerpos de mi pueblo se destrozan no solamente por enfermedades naturales sino por la violencia política, por la represión sistemática y por el cálculo despiadado de hombres que confundieron el poder con la justicia.

Escribo estas páginas porque tengo una obligación moral de hacerlo y porque, fundamentalmente, creo que lo que sucedió en Nicaragua durante estos últimos cincuenta años no puede ser olvidado, negado o reescrito por quienes salieron victoriosos de cada etapa de nuestra tragedia nacional.

He visto cómo una nación puede morir de mil formas diferentes sin que nadie haya hecho la declaración oficial de que está muerta. También he visto cómo un pueblo puede ser sometido bajo la apariencia de libertad, y cómo aquello que prometía salvación terminó siendo exactamente lo que pretendía destruir.

Lo que me propongo hacer en estas páginas es algo que va más allá de la simple narración de eventos históricos, porque la historia de Nicaragua no es simplemente una sucesión de hechos, sino un manual completo de cómo un

pueblo puede ser capturado, retenido, despojado y convertido en instrumento de su propia opresión.

Cuando Somoza gobernaba este país hace cinco décadas, la represión era obra de gente con uniforme ejerciendo una gran violencia abierta. Sabíamos exactamente quiénes eran nuestros enemigos y sabíamos qué cara tenía la injusticia porque había patrullas de la Guardia Nacional, centros clandestinos de tortura en lugares identificables como El Chipote, y desapariciones forzadas por el Estado que eran públicas, anunciadas y que dejaban cicatrices visibles en el tejido social de Nicaragua.

La represión era una estrategia burda, sin sofisticación, que se golpeaba contra la dignidad humana sin pretender que era otra cosa que represión pura. Esa brutalidad, aunque horrible, tenía al menos la ventaja moral, muy importante, de que no podía haber confusión posible. No había esperanza de que las cosas cambiarían si simplemente esperábamos y no había promesa que creer porque la promesa misma estaba claramente podrida.

Pero cuando la Revolución ganó en mil novecientos setenta y nueve, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional entró en Managua en julio y Somoza huyó hacia Miami, creímos genuinamente que algo fundamental se había transformado. No creímos con ingenuidad de niños, sino que creímos como adultos que ya habíamos visto suficiente sufrimiento para saber exactamente lo que buscábamos.

Todos queríamos simplemente un país donde los campesinos tuvieran tierra, donde los trabajadores tuvieran derechos, donde la educación no fuera privilegio de oligarcas, donde la medicina estuviera al servicio de los pobres y no solamente de quienes podían pagarla. Creíamos en cosas que eran profundamente justas y profundamente necesarias. Y por eso fuimos engañados de una manera que el engaño de Somoza nunca logró, porque Somoza no nos pedía que creyéramos en su bondad.

La Revolución, en cambio, nos pedía exactamente eso.

Lo que ha significado para Nicaragua la Revolución Sandinista fue la transformación de una represión burda en una represión sofisticada. Fue el reemplazo de una tiranía que vestía de casimir, por otra tiranía vestida de drill y de mezclilla, pero que significó algo más profundo aún, algo que nos ha tomado a la mayoría más de treinta y cinco años comprender completamente. Significó la revelación de que la naturaleza del poder en América Latina no es cosa que pueda ser transformada simplemente mediante cambio de uniformes, mediante palabras revolucionarias o mediante redistribución forzada de recursos.

La naturaleza del poder es la naturaleza del poder, y cuando permite que otro grupo lo asuma, simplemente cambian los nombres de quienes lo ejercen, pero desafortunadamente no cambia la naturaleza de cómo se ejerce, porque muchas veces no solo es igual, sino que resulta mucho peor de cómo era.

Durante aquellos años de la Revolución, durante los ochenta, fui testigo de algo que ni siquiera el mismo Anastasio Somoza habría podido lograr, porque

fui testigo de cómo la gente era convencida de que su propia opresión era su liberación. Fui testigo de comisarios políticos explicando al pueblo, y lo pude ver con los pacientes en los hospitales, que la causa revolucionaria servía al pueblo antes que al individuo o al Estado, porque la revolución se erguía como la representación del pueblo mismo.

Fui testigo de cómo la palabra "contrarrevolucionario" fue utilizada para describir cualquier cosa que se saliera de la línea política central, incluyendo la práctica de la medicina humanitaria. Fui testigo de cómo el lenguaje de la justicia fue convertido en arma de represión. Y fue un descubrimiento aterrador, porque significaba que la represión invisible, la represión ejercida en nombre del pueblo, era infinitamente más efectiva que la represión de Somoza que al menos tenía la decencia de no fingir ser otra cosa.

Cuando vino para nuestro país la guerra contra los Contras, financiada por Estados Unidos desde Honduras, significó para Nicaragua varias cosas simultáneamente. Significó sacrificio legítimo de gente que se levantó contra la agresión externa genuina. Significó también, sin embargo, la justificación perfecta para la represión interna cada vez más severa.

Significó la creación de la estructura de seguridad que continuaría siendo la columna vertebral de la represión nicaragüense décadas después de que la guerra terminara. Significó que aquellos que habrían cuestionado la Revolución durante tiempos de paz fueron silenciados mediante el argumento de que "cuestionar era traición en tiempos de guerra".

Y cuando la guerra finalmente terminó y el cese al fuego fue firmado en los años noventa, aquella estructura de represión que había sido construida, no desapareció sino simplemente fue refinada, rediseñada, pero permaneció intacta y aún con mayor estructura de organización para volverse un régimen totalitario, populista y francamente dictatorial.

Lo que ha significado para Nicaragua la dictadura de Daniel Ortega es quizás lo más profundo, lo más devastador de todo. Porque la dictadura de Ortega no es simplemente el regreso de un tirano. Es el perfeccionamiento final de un mecanismo de control que aprendió que la represión violenta abierta es ineficiente. Es la consolidación de un sistema donde la represión está tan integrada en las estructuras cotidianas de la vida que la gente casi no la ve como represión.

Es la Victoria de quien comprendió que no necesitaba patrullas uniformadas en las calles si podía controlar los juzgados, si podía controlar el sistema electoral, si podía comprar silencio mediante subsidios y amenaza mediante desempleo. Es la tiranía perfecta porque parece democracia. Parece incluso revolución cuando se pronuncian las palabras correctas en la televisión estatal.

Lo que ha sucedido en Nicaragua durante estos últimos treinta y seis años es la demostración cabal de una verdad que los académicos tardaron en comprender pero que cualquier médico practicante habría sabido: que cuando cambias solamente lo superficial, cuando cambias los nombres pero no las

estructuras, cuando cambias los uniformes pero no la mentalidad de quienes los portan, entonces el cambio es ilusión pura.

La Revolución nos prometió que si simplemente removíamos a Somoza, si simplemente tomábamos el poder en nombre del pueblo, entonces todo sería distinto.

Y fue mentira.

No porque quienes pronunciaron esa promesa fueron mentirosos deliberados, sino porque no comprendieron una verdad profunda: que el poder no se transforma. Se transmite. Se redistribuye. Se recicla. Pero su naturaleza fundamental permanece igual.

Y yo he estado aquí viendo exactamente como ocurre todo eso. He estado aquí viendo cómo la Guardia Nacional de Somoza fue reemplazada por el Ejército Popular Sandinista que luego se convirtió en el Ejército de Nicaragua. He estado aquí viendo cómo los torturadores de ayer se convirtieron en los comandantes revolucionarios y luego en los políticos democráticos y luego nuevamente en los represores.

He estado aquí viendo cómo la tierra que fue confiscada a los somocistas fue entregada a los revolucionarios que la administraban de manera idéntica. He estado aquí viendo cómo la represión simplemente cambió de forma, de nombre, de justificación, pero continuó siendo represión.

Lo que le pido al lector, especialmente al lector joven, especialmente al lector que vive en una democracia que todavía respira aunque sea débilmente, es esto: estudie el caso de Nicaragua como estudiaría un patrón de enfermedad. Porque lo que sucedió aquí es reproducible. Es sistemático. Es metodología de represión que ha sido perfeccionada durante cinco décadas.

He visto pasos que se repiten en otros países latinoamericanos. He visto, por ejemplo cómo la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez en Venezuela siguió exactamente el mismo patrón que la Revolución Sandinista en Nicaragua. He visto como Evo Morales en Bolivia pretendió exactamente los mismo, He visto como incluso los gigantes de América Latina, como son Brasil y México están en el riesgo inminente de sufrir la misma transformación perniciosa y perversa del sandinismo.

He visto en esos países y tal vez en otros, cómo la represión institucionalizada, sumada a la captura de poder mediante cambio de reglas electorales, la captura de los congresos, la cooptación de los órganos judiciales, la persecución selectiva de opositores, y la compra de los medios, no son peculiaridades solamente de Nicaragua sino herramientas que se están replicando en muchos otros países hermanos.

Lo que le debo contar al mundo es que la resistencia es posible incluso en las circunstancias más desesperadas. Que hay gente que dice que no, aunque ese no, cuesta sacrificio. Que hay médicos que continúan curando a gente del lado "equivocado" de las barricadas. Que hay maestros que continúan enseñando la verdad aunque les sea prohibido. Que hay sacerdotes que defienden a los

inocentes aunque sean procesados por hacerlo. Que hay estudiantes que aún creen que el cambio es posible aunque la represión sea brutal. Y que aún importa. Que aún importa porque mientras haya testigos vivos, mientras haya gente que documenta la verdad y mientras haya voces que gritan en la oscuridad, la represión no es total.

Nicaragua ha estado bajo represión durante más de cincuenta años consecutivos. Ha sido una represión burda durante el Somozato. Fue represión sofisticada durante la Revolución. Fue represión institucional durante la democracia pactada de los años noventa. Fue represión sistemática y cada vez más violenta bajo el retorno de Ortega. Pero esto no es lo que quiere decir que Nicaragua esté condenada. Esto no quiere decir que el futuro está escrito.

Esto quiere decir solamente que Nicaragua es un país que tiene que librar batallas que otros países no tienen que librar. Es un país que tiene que ser extraordinariamente vigilante contra patrones que otros países pueden permitirse ignorar…ahora que aún pueden hacerlo antes de caer en las garras del populismo disfrazado de política de izquierda o socialismo.

He escrito este testimonio porque creo que la verdad importa. He escrito este testimonio porque creo que cuando los regímenes caen, cuando las dictaduras finalmente colapsan como todas eventualmente lo hacen, o lo harán si aún no sucede, alguien tiene que estar allí documentando exactamente qué sucedió, diciendo exactamente quiénes fueron las víctimas, contando como exactamente fue posible que un pueblo fuera sometido mediante las palabras falsas de cambio o transformación.

He escrito esto, porque pienso que mi obligación como médico no termina cuando dejo el consultorio. Pienso que mi obligación es testimonial. Es documentación. Es honestidad.

A los setenta y cuatro años, he aprendido que la historia no se escribe únicamente en grandes eventos. Se escribe en historias pequeñas de gente ordinaria que hizo cosas extraordinarias. Se escribe en actos de resistencia que nadie documenta. Se escribe en decisiones silenciosas de no traicionar, de no informar, de no renunciar.

He vivido suficiente tiempo para ver que las promesas revolucionarias fueron falsas, pero también para ver que la resistencia fue real. He vivido suficiente tiempo para entender que el cambio verdadero no viene de hombres en el poder sino de pueblos que finalmente dicen que no.

Lo que estos capítulos contienen no es una historia de triunfo. No es una narrativa de progreso donde las cosas mejoran consistentemente. Es una historia de atrapamiento, de ilusión, de esperanza defraudada una y otra vez. Pero es también historia de gente que continuó viviendo, que continuó siendo humana, que continuó siendo lo que le tocó ser…médico o maestro o sacerdote incluso cuando los regímenes lo prohibieron.

Y eso, queridos lectores, es lo más revolucionario que existe: la capacidad de un ser humano de permanecer humano bajo las condiciones más deshumanizantes posibles. Es el testimonio que quiero que perdure. No es la

historia de Nicaragua ni el testimonio de qué significa ser nicaragüense, cuando ser nicaragüense es acto de rebeldía.

Los exhorto a leer toda mi historia completa porque seguro estoy que entenderán el dolor en las palabras y sentirán la decepción y al mismo tiempo la esperanza cuando he tratado de escribir el desierto de mis recuerdos…

CAPÍTULO 1

Suturas Clandestinas

Hospital Bautista, Managua. Julio de 1977. Noche.

El turno de madrugada en la sala de emergencias del Hospital Bautista era cuando y donde se obtenía el mejor aprendizaje de lo qué significaba ser médico, porque no había manual de texto que preparara a un interno rotatorio de veinticinco años para las decisiones que debía tomar entre las tres y las seis de la mañana, cuando la ciudad dormía y los heridos de la represión comenzaban a llegar como agua que se filtra por grietas invisibles.

Yo era en ese entonces, aquél joven estudiante que había salido de las aulas de la facultad de medicina de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN) hacía apenas seis meses, que aún creía que ser médico era una profesión donde el juramento de Hipócrates era algo que se tomaba en serio, y que no sabía aún que las decisiones más importantes de una vida no se toman en la quietud de la reflexión sino en el caos de la emergencia, cuando el tiempo no te permite el lujo de la duda.

Aquella noche específica comenzó como muchas otras. El Dr. Mejía, quien era el médico superior de la sala, un hombre de cincuenta y dos años que había sido formado en la medicina durante los años en que Somoza García, el abuelo del tirano actual, consolidaba su poder con la ayuda de los marines norteamericanos, andaba fumando en su oficina mientras yo revisaba el protocolo de atención de fracturas expuestas.

El Dr. Mejía era un médico competente, sin dudas, pero era también un hombre que había aprendido a vivir cómodamente bajo la dictadura, que sabía exactamente cuáles preguntas no hacer y cuáles órdenes obedecer sin cuestionarlas. Había ido ascendiendo en la jerarquía del hospital precisamente porque nunca se había metido en lo que no le incumbía, porque nunca había tratado de ser un héroe de película, y porque entendía perfectamente que el sistema político que regía Nicaragua era algo que uno no podía cambiar, así que lo mejor era adaptarse y seguir adelante.

La ambulancia llegó alrededor de las tres y media de la mañana con las sirenas cortando el silencio de una Managua que aún dormía bajo el peso de la represión constante. El enfermero que bajaba la camilla iba solo, cosa que era inusual, porque normalmente venían dos, pero cuando vi al muchacho que traía, comprendí inmediatamente por qué había venido solo. Era un adolescente de dieciséis o diecisiete años, con la camisa desgarrada y empapada de sangre, con una herida de bala en el abdomen que había

perforado claramente algún órgano, porque el sangrado era abundante y el muchacho estaba apenas consciente, murmurando cosas en un idioma extraño con el cual parecía dar instrucciones a alguien, aunque no había nadie en la ambulancia.

—Tráiganlo al quirófano tres —ordené, porque a esa hora de la noche yo era quien decidía dónde iba cada paciente, y el quirófano tres era el que estaba más alejado de la vista de las ventanas y de cualquier persona que pudiera estar vigilando desde la calle.

El enfermero, cuyo nombre era Rodrigo y cuya familia yo sabía que había tenido problemas con la Guardia Nacional años atrás porque su hermano había sido acusado de "actividades subversivas" aunque nunca se supo exactamente qué significaba eso en términos concretos, me miró a los ojos un segundo con una expresión que me pidió silencio.

Comprendí que lo que traía no era un herido común, sino un herido político, aunque en 1977 esa distinción empezaba a borrarse en Nicaragua porque la represión había comenzado a expandirse en círculos cada vez más amplios después del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, el director del periódico La Prensa, que había sido ejecutado tres meses antes en un acto que todos sabían que había sido ordenado por Somoza pero que oficialmente se atribuía a "bandas criminales".

—¿Documentos? —pregunté mientras colocaba el estetoscopio en el pecho del muchacho para escuchar los latidos, que eran débiles pero presentes.

—Ninguno —respondió Rodrigo—. Llegó así hace una hora. Dice que tiene que salvarse porque tiene cosas importantes que hacer. Dice que la Revolución lo necesita.

Esas palabras hicieron que levantara la vista. La palabra "Revolución" no se decía en voz alta en los hospitales ni en las calles ni en ningún lugar donde hubiera posibilidad de ser escuchada por agentes de la Guardia Nacional ya que era una palabra de por si peligrosa, una palabra que podía significar desaparición, tortura y muerte. Pero también era una palabra que, en ciertos círculos, en ciertas conversaciones privadas, en ciertos susurros nocturnos, comenzaba a adquirir un sentido de esperanza, porque después de cuarenta años de la dinastía somocista, después de cuarenta años viendo cómo el país era saqueado, después de cuarenta años de represión sin fin, había gente que creía que otro orden era posible.

—Llama al Dr. Mejía —dije—. Dile que necesito que vea esto.

Mientras Rodrigo corría hacia la oficina del Dr. Mejía, comencé a preparar el instrumental quirúrgico, porque aunque no sabía exactamente qué iba a hacer, sabía que ese muchacho necesitaba cirugía inmediata si quería vivir más allá de las próximas dos horas. La bala había entrado por el lado izquierdo del abdomen y parecía haber atravesado el colon, posiblemente el riñón, y había dejado un rastro de hemorragia interna que necesitaba ser controlado. Si lo dejaba morir, nadie lo sabría. Si lo operaba, podía condenarlo a ser descubierto por la Guardia.

El Dr. Mejía llegó cinco minutos después, todavía fumando su cigarrillo, con una expresión en el rostro que era una mezcla de fastidio y algo más profundo, algo que parecía ser miedo, aunque el Dr. Mejía nunca habría admitido que tuviera miedo de nada. Miró al muchacho en la camilla, luego miró el abdomen destrozado, luego miró hacia la ventana como si esperara ver patrullas de la Guardia Nacional estacionadas en la calle.

—¿Quién lo trajo? —preguntó el Dr. Mejía.

—Una ambulancia —respondí—. Sin documentos de identificación.

—¿Familia?

—Nadie —dije.

El Dr. Mejía fumó un momento en silencio. Luego me miró a mí, y en sus ojos había algo que reconocí como el peso de una decisión que él ya había tomado hace años y que yo estaba apenas comenzando a enfrentar: la decisión de qué lado del sistema estaba dispuesto a estar. El Dr. Mejía había elegido estar del lado del sistema, había elegido la comodidad, la seguridad relativa, el ascenso profesional lento pero seguro. Yo aún no había elegido.

—Este muchacho —dijo el Dr. Mejía lentamente— es un terrorista. Es un saboteador que está tratando de desestabilizar Nicaragua. Si lo operamos, si lo salvamos, estamos cometiendo un crimen contra el Estado. Estamos ayudando a un enemigo de la república.

Recuerdo que en ese momento hubo una pausa donde todo podría haber ido en cualquier dirección, porque podría haber aceptado lo que el Dr. Mejía estaba diciendo y dejar que el muchacho muriera para llamar después a la Guardia Nacional para entregar el cuerpo del paciente. Todo eso habría sido correcto según los términos del régimen, porque habría sido lo que se esperaba de un ciudadano responsable, de un médico leal al régimen y alineado a las circunstancias de un gobierno represor…sin embargo no lo hice y le dije al Dr. Mejía con más entusiasmo del que supuse:

—Este muchacho no es un terrorista… Es un paciente.

—¿Ah sí…? —preguntó el Dr. Mejía, y había una ironía en su voz que sugería que ya sabía exactamente lo que iba a hacer, porque ya había visto a muchos médicos jóvenes decir lo mismo que yo le estaba diciendo antes de tomar la decisión.

—Tiene una herida de bala que necesita cirugía. Es lo que hacemos aquí —respondí, y mientras hablaba ya estaba cortando la ropa del muchacho, ya estaba preparando la zona quirúrgica con desinfectante, ya estaba tomando la decisión que marcaría el resto de mi vida profesional.

El Dr. Mejía observó mis movimientos por un momento, luego apagó su cigarrillo en un cenicero que había sobre la bandeja de instrumentos estériles como un acto deliberado, una afirmación de que, lo que estaba sucediendo en este quirófano no le importaba, o al menos, que él no era responsable de lo que sucedía aquí. Luego se dio la vuelta y salió de la sala sin decir nada más.

No me detuvo ni llamó a la Guardia, solo se fue, dejándome con el muchacho, con Rodrigo y con la responsabilidad total de lo que fuera a suceder después.

—Trae anestésicos —ordené a una enfermera que había aparecido en la puerta del quirófano—. Y llama a la sala de recuperación para decirles que preparen una cama, pero que no registren al paciente y que lo dejen en el cuarto que está al fondo, el que no tiene ventanas… porque cuando despierte, si es que despierta, será un paciente que solo está aquí para observación. ¿Entendido?

La enfermera, cuyo nombre era Margarita y que era una mujer de cuarenta y cinco años que había trabajado en ese hospital durante veinte años y que había visto de todo, asintió sin hacer preguntas. Había una red silenciosa en el hospital, o al menos eso comencé a comprender esa noche, una red de personas que sabían exactamente lo que estaba sucediendo pero que fingían no saber, aunque ayudaban cuando podían, que cerraban los ojos cuando necesitaban cerrarlos, y que sobrevivían operando en los delgados márgenes del sistema.

Operé durante cuatro horas para extraer la bala del riñón izquierdo, reparando un segmento del colon que estaba casi completamente atravesado, y limpié la cavidad abdominal de sangre coagulada, suturé cada estructura lentamente, conscientemente pensando en cada punto como una afirmación de que la vida de este muchacho importaba, que su vida valía la pena, pues aunque fuera lo que el régimen llamaba "terrorista" o "saboteador", él era un ser humano y su cuerpo, sus órganos, sus vasos sanguíneos, merecían ser reparados con la misma precisión que habría usado para reparar el cuerpo de un general de la Guardia Nacional o de cualquier político del régimen.

Cuando terminé la cirugía, poco después de las siete de la mañana, el muchacho seguía vivo, con una presión sanguínea que se había estabilizado, haciendo su respiración profunda y regular. Había conseguido salvarlo, aunque no sabía por cuánto tiempo podría mantenerlo vivo en un hospital que era, en última instancia, propiedad del Estado, donde cada movimiento podía ser reportado, donde cada visitante era potencialmente un agente de seguridad.

Rodrigo me esperaba fuera del quirófano con una taza de café, que era algo que normalmente no hacía después de una cirugía nocturna, pero que hizo ese día porque comprendía la magnitud de lo que había sucedido. Nos sentamos en el pasillo oscuro, porque los pasillos todavía estaban casi vacíos a esa hora de la mañana, y Rodrigo me habló en voz muy baja.

—Se llama Miguel —dijo—. Es de Matagalpa. Tiene diecinueve años. Fue atacado por patrullas de la Guardia cuando regresaba de una reunión en el barrio. Tiene compañeros que vendrán en una semana. Necesitan saber si está bien. Necesitan saber cuándo puede irse.

—No puede irse —respondí—. Necesita permanecer aquí al menos dos semanas. Una herida como esa, si se mueve demasiado rápido, si no reposa, si se abre la sutura, entonces muere. No hay duda de eso.

—¿Puede permanecer aquí sin que lo reporte? —preguntó Rodrigo.

Esa era la verdadera pregunta. Esa era la decisión que necesitaba tomar completamente, sin poder volver atrás. Si decía que sí, si decía que podía mantener a este muchacho aquí sin reportarlo, entonces me estaba convirtiendo en parte de algo que el régimen consideraría traición. Me estaba convirtiendo en cómplice. Me estaba poniendo en riesgo no solo a mí mismo sino a mi familia, a mi carrera, a todo lo que había construido hasta ese momento.

—Dame un número de teléfono —dije—. Cuando salga de aquí, cuando esté listo para irse, me llamarás y me dirás dónde llevarlo. Pero después de eso, después de que lo saque de aquí, no quiero saber nada. No quiero nombres. No quiero saber para quién trabaja o en qué cree. Solo necesito saber que está vivo cuando se vaya.

Rodrigo me dio un número de teléfono escrito en un pedazo de papel que quemé en la llama de una vela apenas después de memorizar los dígitos. Esa fue la noche en que dejé de ser solamente un médico apolítico, neutral, dedicado simplemente a salvar vidas sin preguntar de dónde venían esas vidas. Esa fue la noche en que atravesé una frontera que no se puede cruzar dos veces.

A lo largo de las dos semanas siguientes, cuidé a Miguel en el cuarto sin ventanas del fondo de la sala de recuperación. Lo alimenté con caldo porque su aparato digestivo aún estaba demasiado vulnerable para una comida sólida. Cambié sus vendajes cada mañana. Controlé sus signos vitales. Y en las tardes, cuando tenía un momento de privacidad, hablaba con él sobre lo que había sucedido, sobre por qué estaba allí, sobre quién lo había traído.

Miguel hablaba poco al principio, porque la anestesia y el trauma de la cirugía lo dejaban en un estado de sopor donde la realidad y los sueños se confundían. Pero después de una semana, cuando comenzó a recuperar fuerzas, comenzó a hablar y pudo contarme sobre su familia en Matagalpa, sobre cómo había sido reclutado por compañeros que le explicaron que Nicaragua podía ser distinta, que la tierra podía ser de quienes la trabajaban, que la educación no debería ser un privilegio de los ricos. Me contó sobre las reuniones nocturnas en las casas de barrios populares, sobre cómo circulaban panfletos con textos de historia que explicaban cómo otros países habían transformado sus estructuras políticas.

No estoy seguro de cuánto de lo que Miguel me contó era verdad y cuánto era ideología revolucionaria que había aprendido de memoria. Pero lo que sí sé es que cuando fue dado de alta dos semanas después, cuando Rodrigo llegó una noche oscura para recogerlo, cuando lo ayudé a ponerse ropa limpia que habían traído para él, cuando lo abracé en la penumbra de ese hospital que nos protegía a ambos de maneras que ninguno de nosotros terminaba de comprender completamente, comprendí que mi vida había sido dividida en un parteaguas temporal que marcaba un antes y un después.

Esa noche, después de que Miguel se fue y después de que Rodrigo desapareció en las sombras de la 14a Avenida Sureste, justo en el costado sur

del Recinto Universitario Carlos Fonseca Amador donde está el hospital Bautista, y tomar la calle Colón que es una de las arterias principales que conectan la zona con la Laguna de Tiscapa y el centro Histórico de Managua, me volvía al turno de esa madrugada como si nada hubiera sucedido. El Dr. Mejía me pasó una nota en el expediente de otro paciente que decía simplemente: *"Usted tiene una bomba en el pecho, Sanabria. Esa bomba es un argumento que la Guardia entiende muy bien. ¿Va a estar del lado de los muchachitos que quieren destruir este país, o del lado del orden?"*

No respondí la nota. Simplemente la quemé, como había quemado el número de teléfono de Rodrigo. Pero comprendí que el Dr. Mejía me estaba diciendo, de la manera más clara posible, que sabía exactamente lo que había hecho, que elegía no reportarme, al menos de momento, pero que eso no significaba que confiara en mí o que aceptara lo que había hecho. Significaba que el Dr. Mejía, a su manera, también estaba operando en los márgenes del sistema, permitiendo que sucediera lo que no podía evitar, eligiendo la ignorancia cuando la ignorancia era posible.

Una semana después de que Miguel se fue, cuando regresaba del turno de madrugada a mi pequeño apartamento en el barrio de los Bancos, fue cuando Rodrigo me abordó en la calle y me entregó un papelito con un mensaje y un teléfono distinto que decía: *"Para la próxima vez. Porque siempre habrá una próxima vez cuando eres el tipo de médico que decide salvar vidas en lugar de hacer preguntas."*

CAPÍTULO 2

El Sol de Julio y las Cenizas de la Dinastía

Plaza de la Revolución, Managua. 19 de julio de 1979.

El diecinueve de julio de mil novecientos setenta y nueve fue un jueves que significó un parteaguas ya que dividió a Nicaragua en un antes y un después, aunque en ese momento, cuando la multitud ocupaba la Plaza de la Revolución con una densidad que parecía desafiar las leyes del espacio físico, ninguno de nosotros comprendía completamente que estábamos presenciando el primer acto de una tragedia que duraría cuarenta y siete años.

Los camiones del Frente Sandinista de Liberación Nacional comenzaban a entrar a la plaza trayendo a los comandantes que habían estado en las montañas, trayendo la juventud revolucionaria que había sido templada por años de guerra, y el grito que brotó de cientos de miles de gargantas fue tan potente que parecía capaz de desplomar las últimas estructuras del régimen somocista usando solo la fuerza de la voz humana colectiva.

Yo estaba allí con mis colegas del Hospital Bautista, incluso con el Dr. Mejía, aquel hombre de cincuenta y dos años que durante cuarenta años había apostado por el régimen, que había ascendido en la jerarquía hospitalaria precisamente porque nunca se metía en lo que no le incumbía, y que ahora observaba la escena con una expresión de desconcierto total, como si se diera

cuenta de que el mapa político sobre el cual había construido su carrera se desmoronaba bajo sus pies.

Lloré ese día, y eso es lo que luego me resulta más amargo de recordar, porque esas lágrimas fueron genuinas, no teatrales, no calculadas, sino las lágrimas de un hombre de veintiséis años que creía sinceramente que el peso que había llevado sobre los hombros desde 1977, cuando salvé a Miguel en el quirófano, finalmente había sido levantado de una manera definitiva.

El Dr. Carlos Navarro, un colega que era diez años mayor que yo y que había estado involucrado en actividades de resistencia médica durante años, se me acercó entre el caos de la multitud y me abrazó con una fuerza que contenía toda la emoción de una década de resistencia silenciosa, de vigilancia constante, de decisiones morales que nadie podía compartir completamente. Cuando finalmente nos separamos, Navarro me miró a los ojos con una intensidad que sugería que estaba viendo en mí algo que él había sido años atrás.

—Finalmente, Agustín —dijo, y su voz temblaba de una manera que hizo que otros compañeros cercanos voltearan a mirarnos—. Finalmente vamos a poder practicar la medicina verdadera. Sin esconder lo que hacemos. Sin tener que elegir cada mañana entre el juramento de Hipócrates y la supervivencia personal.

—Sí —respondí, aunque en lo más profundo de mí mismo había una voz pequeña que decía algo distinto, una voz que provenía de esa parte de mi mente que había visto demasiado bajo Somoza, que sabía cómo funcionaba realmente el poder, que comprendía que la naturaleza humana no cambia simplemente porque cambien los símbolos políticos. Pero en ese momento de euforia compartida, era más fácil escuchar el grito de esperanza que la voz de la prudencia.

Tres semanas después de la caída de Somoza, en la primera semana de agosto de mil novecientos setenta y nueve, me encontré en un jeep militar que atravesaba las carreteras montañosas de Granada en compañía de una brigada de salud que había sido creada para llevar medicina a los pueblos rurales que habían estado bajo represión durante cuarenta años. La brigada estaba compuesta por médicos, enfermeras, técnicos de laboratorio, y por supuesto, por un comisario político que tenía veinticuatro años de edad y que hablaba en los términos de la ideología revolucionaria con la certeza absoluta de alguien que no había visto nunca la complejidad real de la vida, que no había tenido que hacer compromisos morales, que aún creía que la ideología podía explicar y resolver todos los problemas del mundo.

Su nombre era Ernesto López, aunque rápidamente aprendimos a llamarlo simplemente "Che", como lo hacían todos los revolucionarios jóvenes al referirse a sus compañeros, usando la palabra como un término genérico de camaradería que evocaba la memoria del Che Guevara sin que necesariamente tuviera conexión directa con él, porque en esas épocas todo lo que oliera a

revolución tenía que oler a Cuba y al Che Guevara. Eran los tiempos dorados de la izquierda socialista en el mundo.

El jeep brincaba sobre caminos que habían sido destrozados por años de guerra, y mientras viajábamos, Ernesto López estaba observando constantemente el paisaje, tomando notas en un cuaderno que llevaba siempre consigo, como si documentara cada detalle de la Revolución en el territorio que atravesábamos. En un momento en que la carretera se alisó temporalmente, Ernesto giró su cabeza hacia mí con una expresión que sugería que su pregunta había estado germinando durante algún tiempo.

—¿Cuáles son exactamente sus expectativas para esta brigada, compañero doctor? —preguntó mientras ajustaba el rifle de asalto que colgaba de su hombro izquierdo—. ¿Qué significa para usted participar en la obra revolucionaria?

Respondí cautelosamente, consciente de que cada palabra estaba siendo evaluada:

—Proporcionar atención médica de emergencia a gente que nunca ha tenido acceso a servicios de salud. Educar sobre prevención de enfermedades. Intentar sanar no solo las heridas físicas de la represión, sino también contribuir a la reconstrucción del tejido social que Somoza destruyó.

Ernesto López mantuvo su mirada fija en mí mientras el jeep continuaba moviéndose. Luego asintió lentamente, como si estuviera considerando si mi respuesta era satisfactoria o si revelaba alguna desviación ideológica que requería corrección.

—Eso es correcto, compañero, pero incompleto —dijo finalmente—. Lo que realmente hacemos en estas brigadas es construir conciencia revolucionaria. El pueblo no necesita solamente medicina, ¿comprende? Necesita entender que la medicina es política, que su salud es una arma de la Revolución, que cada vez que un campesino se cura, la Revolución se fortalece porque hay un nuevo defensor de los principios revolucionarios que está pronto a defender lo que hemos logrado.

No respondí inmediatamente. Simplemente observé el paisaje montañoso mientras el jeep continuaba su viaje, y pensé en lo que el Dr. Mejía me había dicho antes de que partiera la brigada, en un momento privado en su oficina:

"Sanabria, ten cuidado extremo con los comisarios políticos. Son jóvenes, están completamente convencidos de su verdad, y eso es lo que los hace peligrosos. Un hombre que duda puede ser razonado, puede ser alcanzado por un argumento, puede cambiar de opinión si se le presenta evidencia. Pero un hombre que está completamente seguro de su verdad es inmune a todo eso. Es un hombre que se ha convertido en instrumento de algo mayor que él mismo."

Cuando llegamos a la comunidad de Masaya, instalamos una clínica temporal en el patio de una escuela primaria que no tenía techo en varias secciones del edificio, donde la lluvia tropical caía directamente sobre el suelo de cemento

durante las tardes. El primer paciente que atendí fue una mujer de treinta y dos años que parecía tener sesenta, destrozada por años de pobreza extrema y el estrés de vivir bajo represión política. Se llamaba Francisca López, y cuando la examiné descubrí que tenía una infección gangrenosa severa en el pie izquierdo que requería intervención quirúrgica inmediata si quería salvar la extremidad.

Mientras trabajaba limpiando la herida y aplicando desinfectantes, Francisca comenzó a hablar, como lo hacen los pacientes cuando están siendo tratados, cuando alguien finalmente les está prestando atención médica profesional. Habló sobre su marido que había desaparecido hace tres años, probablemente asesinado por la Guardia Nacional aunque nunca se supo con certeza, sobre cómo sus hijos habían crecido sin un padre, sobre cómo ella había tenido que trabajar en campos ajenos para poder alimentarlos, sobre cómo su vida había sido una serie interminable de humillaciones y miedos.

—La Revolución me devolvió la esperanza, doctor —dijo mientras le aplicaba cuidadosamente desinfectante a la herida abierta—. Ahora mi hijo mayor puede estudiar sin tener que esconderse, sin que alguien lo denuncie por ser hijo de un "terrorista". Ahora puedo hablar lo que pienso en mi propia casa sin tener miedo de que alguien me escuche y me reporte a la Guardia.

Respondí lo que creía en ese momento era la verdad completa:

—Eso es absolutamente correcto, Francisca. La Revolución traerá justicia para los campesinos, que finalmente tendrán tierra propia y los niños tendrán educación de verdad. No habrá más desapariciones.

Pero mientras pronunciaba estas palabras, estaba consciente de que Ernesto López estaba de pie a unos metros de distancia, observando nuestro intercambio con una atención que parecía fotográfica, tomando notas en su cuaderno, evaluando silenciosamente si lo que yo estaba diciendo estaba perfectamente alineado con la línea revolucionaria. Después de que Francisca se fue, renqueando ligeramente porque el pie aún le dolía aunque ya lo había limpiado y vendado, Ernesto se acercó a mí lentamente.

—Lo que usted dijo fue apropiado en muchos aspectos, compañero doctor —comentó con una cortesía que sonaba perfectamente artificial—, pero creo que fue incompleto. Debería haber enfatizado que la tierra será de los campesinos solamente si permanecen leales a la Revolución, solamente si comprenden que la Revolución debe ser defendida permanentemente contra los enemigos externos e internos, contra aquellos que pretenden sabotearla desde adentro.

Levanté la vista de mi instrumental médico, y en ese momento tomé una decisión que habría de tener consecuencias durante el resto de mi vida:

—Ernesto…Francisca López acababa de perder la esperanza de poder caminar normalmente de nuevo —dije con más firmeza de la que pretendía, con una voz que contenía una frustración que había estado acumulándose—. Acababa de descubrir que gracias a lo que hemos hecho aquí en esta brigada, su pie ha sido salvado, que su vida ha tomado un giro hacia algo distinto. Creo que en

este momento, eso era suficiente esperanza para un día. La educación revolucionaria puede esperar hasta mañana.

Ernesto sonrió de una manera que no era completamente amable, y en esa sonrisa había algo que sugería que estaba catalogando mi respuesta, archivándola mentalmente, considerando cuáles serían las implicaciones de mi insubordinación intelectual.

—Esperanza sin educación revolucionaria es solamente un tranquilizante, compañero —dijo—. Es lo que hacía Somoza: mantener la esperanza falsa viva en el pueblo mientras lo explotaba. La Revolución tiene una responsabilidad más profunda con los campesinos que esa. Tiene la responsabilidad de transformar su conciencia.

Esa noche, en la casa de la campesina que nos hospedaba, una mujer anciana cuyo nombre era Soledad y que había perdido a su hijo en la guerra contra Somoza, me encontraba sentado en el patio fumando un cigarrillo que alguien había dejado allí. El Dr. Navarro se acercó cuidadosamente, llevando dos tazas de café que Soledad había preparado, y se sentó a mi lado sin decir nada durante algunos minutos, simplemente observando la noche tropical que era tan hermosa, tan indiferente a los dramas políticos que se estaban desarrollando en el país.

—¿Has escuchado lo que dice el comisario López? —preguntó Navarro finalmente, su voz tan baja que apenas podía distinguir las palabras del sonido de la noche—. ¿Has visto cómo observa cada palabra que decimos, cómo toma notas, cómo está construyendo un archivo sobre nosotros que algún día podría ser usado contra nosotros?

—Sí —respondí—. Creo que es lo que los revolucionarios llaman "vigilancia revolucionaria", aunque para mí se parece demasiado a lo que la Guardia Nacional hacía bajo Somoza.

Navarro tomó un sorbo de su café, que estaba muy caliente, y se inclinó más cerca para que su voz fuera prácticamente inaudible para cualquiera que estuviera observando desde lejos.

—Agustín, estoy comenzando a pensar que hemos cometido un error monumental. Creo que reemplazamos un tirano por otro tirano, solo que este tirano habla el lenguaje que nosotros queremos escuchar, que usa palabras como "justicia" y "pueblo" y "revolución" para hacer exactamente lo que hacía Somoza: concentrar poder, eliminar disidencia, transformar a los ciudadanos en súbditos.

Miré alrededor cuidadosamente para asegurarme de que nadie más estaba lo suficientemente cerca como para escuchar nuestras palabras.

—No digas eso en voz alta, Carlos —susurré—. Al menos no donde alguien pueda escucharte. No aquí, donde Ernesto López está tomando notas en su cuaderno.

—¿Por qué no? —preguntó Navarro, y había una desesperación en su voz que me asustó más que cualquier represión abierta habría podido hacerlo—.

¿Porque el Comandante Daniel va a enviar un escuadrón de la muerte? ¿Porque voy a desaparecer de la manera en que desaparecieron tantos otros bajo Somoza? ¿La única diferencia es que ahora quien desaparece a la gente habla de justicia y de revolución mientras lo hace?

Dos semanas después de que regresé a Managua desde la brigada de salud, con reportes entusiastas de cómo habíamos atendido a cientos de pacientes, de cómo habíamos abierto los ojos de campesinos a las posibilidades de la medicina moderna, el Dr. Mejía me llamó a su oficina en una tarde nublada cuando la ciudad estaba siendo azotada por una lluvia inesperada. Había dejado de fumar, cosa que era extraordinariamente inusual en él, y cuando entré noté que sus manos temblaban ligeramente mientras ajustaba unos papeles sobre su escritorio.

—Sanabria, tengo información de que cuestionó la ideología revolucionaria en Granada —dijo sin preámbulos—. Supe que le dijo al comisario López que la medicina era medicina, no propaganda política y que sugirió que los campesinos podrían ser aliviados emocionalmente sin necesidad de educación revolucionaria. ¿Eso es correcto?

El corazón se me aceleró de una manera que no había experimentado desde los días de Somoza, cuando cualquier palabra equivocada podía resultar en detención.

—Dije que mi responsabilidad primaria como médico era curar, no educar políticamente —respondí, escogiendo cada palabra con una precisión que parecía casi quirúrgica—. ¿Eso es considerado un delito bajo la Revolución?

El Dr. Mejía se reclinó en su silla, y en su rostro había una compasión que me sorprendió.

—No es un delito oficial, Sanabria, pero es una imprudencia por ahora, tal como están las cosas. La Revolución está en una fase muy delicada. Necesita que todos sus componentes funcionen en una armonía perfecta. Los comisarios políticos no son enemigos nuestros. Son guardianes de la pureza revolucionaria. Si usted se opone a ellos, usted está oponiéndose a la Revolución en sí misma.

—¿Significa eso que estoy bajo sospecha? —pregunté.

—Significa que necesita ser considerablemente más cuidadoso con sus palabras y sus acciones —respondió el Dr. Mejía—. Somoza gobernaba usando al miedo en forma abierta y descarnada, por represión visible, por métodos brutales que todos podían ver. La Revolución es más sofisticada porque quiere gobernar por convicción, por ideología, por la capacidad de hacer que la gente crea que está siendo gobernada correctamente y que está participando en algo noble. Y una persona que está convencida de que está participando en algo noble es infinitamente más peligrosa que una persona que tiene miedo, porque la persona convencida cree que tiene razón.

Una semana después de esa conversación con el Dr. Mejía, que me dejó en un estado de inquietud permanente, fui invitado a una reunión clandestina de

médicos en la casa del Dr. Navarro. Era un encuentro que claramente no era oficial, porque fue convocado en la noche a través de mensajes verbales, fue limitado a personas que Navarro consideraba de confianza absoluta, y fue organizado de tal manera que los asistentes llegaban en momentos distintos para no ser vistos llegando juntos. Éramos cinco médicos alrededor de una mesa de madera que estaba cubierta con libros médicos que servían como coartada si alguien llegaba inesperadamente, tomando café que se enfriaba lentamente mientras hablábamos en voz baja.

—He estado recibiendo reportes de cambios significativos en la composición de la Junta de Gobierno —dijo el Dr. Navarro, cuya expresión sugería que llevaba semanas pensando en esto, preparándose para esta conversación—. Los empresarios están siendo marginados. Los civiles están siendo reemplazados por militares. La mujer que estaba en la Junta, Violeta Chamorro, parece estar siendo apartada de las decisiones importantes. Parece que el Comandante Daniel está concentrando poder de una manera que es casi idéntica a la manera en que Somoza concentró poder, solo que más sofisticadamente.

—Eso es rumor, especulación —respondió el Dr. Francisco Delgado, un médico más conservador que Navarro, cuyas convicciones revolucionarias parecían más sólidas, menos cuestionadas que las del resto de nosotros—. La Revolución necesita orden. Necesita una dirección clara. No puede gobernarse por comités.

—¿Orden o control? —preguntó Navarro con una intensidad que silenció momentáneamente la conversación—. Porque lo que estoy viendo parece ser más control que orden. Veo comisarios políticos en los hospitales. Veo que a los médicos se nos pide que reportemos sobre nuestros colegas si dicen algo que pueda ser interpretado como "contrarrevolucionario". Veo que la palabra "saboteador" está siendo usada para cualquiera que tenga una opinión distinta a la línea oficial.

El silencio que siguió fue brutalmente ensordecedor… por pesado y lleno de todas las palabras que nadie se atrevía a decir. Todos sabíamos que lo que Navarro estaba diciendo era verdad, y todos sabíamos también que si esas palabras llegaban a oídos equivocados, podrían resultar en desapariciones, en acusaciones de traición revolucionaria, en expulsión del país. Pero también todos sabíamos que lo que Navarro estaba diciendo era lo que todos estábamos pensando, que había llegado el momento en que alguien finalmente debía nombrar lo evidente.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunté—. ¿Qué acciones concretas se pueden tomar cuando aparentemente la estructura revolucionaria está siendo capturada por un pequeño grupo de comandantes?

Navarro miró alrededor de la mesa, y en sus ojos había una resignación profunda, casi definitiva, que me asustó más que cualquier represión abierta habría podido hacerlo.

—Nada, Agustín —dijo con una voz que era casi un susurro—. Simplemente continuamos trabajando. Tratamos de ser los mejores médicos que podemos

ser. Cuidamos de nuestros pacientes con la integridad que podemos mantener. Y esperamos que la Revolución finalmente se dé cuenta de que el camino que está tomando es un camino hacia su propia destrucción. Porque un régimen que devora a sus propios hijos, que elimina a sus propios revolucionarios por herejía ideológica, que convierte a los ciudadanos en vigilantes los unos de los otros, finalmente termina devorándose completamente a sí mismo.

Cuando regresé a mi pequeño apartamento en el barrio de los Bancos aquella noche, después de que todos nos habíamos dispersado cuidadosamente, tomando diferentes rutas a través de Managua, esperando intervalo de tiempo entre salidas para no ser vistos llegando o saliendo juntos de la casa de Navarro, comprendí que algo fundamental había cambiado permanentemente en Nicaragua.

La euforia de julio, aquella sensación de que finalmente habíamos derrotado la injusticia y estábamos construyendo un país nuevo basado en principios de justicia social, había sido reemplazada por una inquietud que estaba siendo cuidadosamente ocultada bajo conversaciones normales, bajo trabajos rutinarios, bajo la vida de la superficie que debía continuar como si nada anormal o amenazante estuviera sucediendo en el corazón del régimen.

La Revolución que habíamos celebrado con tanto júbilo apenas tres meses atrás ya se estaba transformando en algo completamente distinto, algo que portaba dentro de sí las semillas de su propia tiranía, y aunque ninguno de nosotros lo quería admitir completamente, todos sabíamos, en lo más profundo de nuestro ser, que no había escape posible de lo que estaba viniendo, que habíamos sido engañados de una manera tan sofisticada que apenas comenzábamos a comprender la magnitud de una gran trampa.

Y es que con la entrada triunfal de las fuerzas revolucionarias, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) asumió el control del país articulado en torno a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, coordinada por Daniel Ortega que definió una estrategia política inmediata para el nuevo régimen, combinando un pragmatismo táctico inicial con una rápida cimentación de un modelo socialista, buscando consolidar la legitimidad política de la revolución, por lo que creyó necesario rediseñar el aparato estatal y transformar la estructura socioeconómica de Nicaragua lo más rápido posible.

El primer movimiento político fue la desarticulación total del antiguo régimen mediante el Decreto No. 3, que confiscó de inmediato todos los bienes, empresas, propiedades y fincas rurales pertenecientes a la familia Somoza y sus aliados cercanos. A través de esta medida, el nuevo Estado tomó el control directo de aproximadamente el 20 % de las tierras cultivables del país y de más del 25 % de la industria y la banca privada.

Paralelamente, se disolvió la Guardia Nacional y se procedió al encarcelamiento y enjuiciamiento de sus oficiales, mientras las milicias e insurrectos populares eran reorganizados formalmente en el Ejército Popular Sandinista y la Policía

Sandinista, garantizando el monopolio de las armas para el proyecto revolucionario.

Para afianzar el consenso interno y proyectar una imagen moderada hacia el exterior —particularmente ante Estados Unidos y los organismos crediticios internacionales—, los sandinistas integraron una Junta pluralista compuesta por figuras del sector privado y políticos moderados de oposición. Sin embargo, la verdadera toma de decisiones políticas y la línea ideológica quedaron bajo la dirección de la Comandancia Nacional de los nueve comandantes del FSLN.

Se derogó la constitución somocista y se aprobó el Estatuto Fundamental de Reconstrucción Nacional, el cual suspendió las garantías individuales temporalmente para afianzar el orden, creó los Comités de Defensa Sandinista (CDS) a nivel de barrio para el control territorial y el abastecimiento, e impulsó la movilización masiva que daría pie, meses después, a la masiva Cruzada Nacional de Alfabetización.

Era la réplica de lo que quiso ser la revolución cubana que ya había servido para crear un verdadero “manual” para la instalación de regímenes socialistas en América Latina, y que Daniel Ortega estaba siguiendo en forma concienzuda.

La opresión solo había cambiado de un régimen dictatorial capitalista a otro de índole socialista, pero las estrategias de control político, económico y social no eran muy diferentes porque el pueblo seguía siendo el que sufría las consecuencias en forma inmediata.

CAPÍTULO 3

El Bálsamo y la Pólvora

Jinotega, Nicaragua. Septiembre de 1981. Noche.

Cuando el comandante de la brigada médica me comunicó que sería trasladado a Jinotega para dirigir un hospital de campaña en las montañas, comprendí que mi vida estaba tomando un giro hacia un lugar del que no sabía si podría regresar. Era septiembre de mil novecientos ochenta y uno, dos años después de la caída de Somoza, y Nicaragua había dejado de ser un país que estaba reconstruyendo para convertirse en un país que estaba en guerra nuevamente, aunque esta vez la guerra era diferente porque los enemigos no llevaban uniformes de la Guardia Nacional sino que eran presentados como contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo, términos que tenían la capacidad de significar casi cualquier cosa que el régimen decidiera que significaran.

Yo tenía veintinueve años en ese entonces, joven aún, pero ya lo suficientemente experimentado para comprender que la Revolución que había celebrado con tanta esperanza apenas dos años atrás estaba siendo capturada por una pequeña élite revolucionaria que no estaba dispuesta a compartir el poder con nadie, ni con civiles, ni con otros revolucionarios que tuvieran ideas distintas.

La Contra, financiada por los Estados Unidos bajo la administración de Ronald Reagan y dirigida desde Honduras, estaba atacando posiciones sandinistas en la región montañosa de Jinotega, y la Revolución necesitaba médicos que pudieran atender a los combatientes revolucionarios en el frente. Pero lo que estaba sucediendo mientras tanto, lo que yo estaba comenzando a comprender gracias a conversaciones privadas y a reportes que circulaban en forma clandestina, era que el régimen había dejado de ser pluralista.

En 1980, Daniel Ortega había sido designado coordinador de la Junta, una posición que le daba control sobre el aparato ejecutivo. Los empresarios moderados que habían estado en la Junta, como Cosme Manfredo Estrada, habían sido marginados. Violeta Barrios de Chamorro, la viuda del periodista asesinado Pedro Joaquín Chamorro, estaba siendo gradualmente apartada de las decisiones políticas importantes. La verdadera autoridad estaba siendo concentrada en la Comandancia Nacional de los nueve comandantes del FSLN, y dentro de esa estructura, Daniel Ortega estaba consolidando un control cada vez más absoluto.

El viaje desde Managua a Jinotega tomó casi dos días, atravesando carreteras destrozadas por el combate, pasando por puestos de control donde jóvenes soldados sandinistas, muchos de ellos apenas adolescentes, me revisaban los documentos con una seriedad que sugería que en cualquier momento podían decidir que yo no era revolucionario suficiente. Cuando finalmente llegué al hospital de campaña, que era poco más que una estructura de madera y lona ubicada en las afueras de la ciudad de Jinotega, comprendí que había entrado en un territorio donde la medicina como la conocía simplemente no existía.

El hospital consistía en tres barracas, una que servía como quirófano, otra como sala de recuperación, y una tercera donde dormíamos los médicos, enfermeras y personal de apoyo. No había electricidad constante, no había agua corriente, no había medicinas suficientes, no había anestésicos más allá de lo que podía ser solicitado a través de canales muy limitados que a menudo tardaban semanas en responder.

Mi superior inmediato era el Dr. Hernán Velásquez, un hombre de cincuenta y cinco años que había estado en las montañas durante años, que había participado en la guerra contra Somoza, que creía absolutamente en la Revolución y que veía cada herida de un combatiente contrarrevolucionario como una afrenta personal al proyecto revolucionario.

El comisario político del hospital era un hombre llamado Raúl Estrada, de treinta y ocho años, que había sido oficial de inteligencia durante la guerra contra Somoza y que ahora dirigía lo que se llamaba control político en el hospital. Su responsabilidad, según me explicó en nuestro primer encuentro, era asegurar que los recursos médicos fueran distribuidos de acuerdo a criterios revolucionarios, lo que significaba que los combatientes sandinistas recibían la mayor parte de los suministros, mientras que los pacientes civiles sospechosos de simpatizar con la Contra recibían atención mínima o ninguna atención.

Esto no era una aberración, según lo comprendería después, era política oficial del régimen. En 1982, el gobierno instituiría formalmente la Ley de Vigilancia y Seguridad del Estado que convertía a todos los ciudadanos en potenciales informantes. Los Comités de Defensa Sandinista, que habían sido presentados como estructuras de participación ciudadana, fueron transformados completamente en aparatos de vigilancia política. En cada barrio, en cada manzana, existía un CDS cuya verdadera función era informar a la Seguridad del Estado sobre cualquier actividad que pudiera ser considerada contrarrevolucionaria.

Durante las primeras tres semanas en Jinotega, trabajé constantemente. Operaba a combatientes sandinistas heridos, cosía heridas de bala, extraía fragmentos de metralla, intentaba salvar vidas en condiciones que habrían sido consideradas inhumanas en cualquier hospital civilizado. Pero también comenzaba a notar algo que me inquietaba profundamente: los recursos se distribuían no según la gravedad de las heridas sino según la lealtad política del paciente.

Un combatiente sandinista con una herida menor recibía antibióticos costosos, mientras que un campesino civil con una herida severa recibía solo agua y vendas porque no era políticamente confiable. Esto era la represión capilar que el régimen estaba instituyendo en toda Nicaragua, y aunque no era la represión abierta de Somoza, porque no había patrullas uniformadas arrestando gente en la calle, sí era la represión del vecino que denuncia al vecino, del trabajador que denuncia a su jefe, del médico que niega medicinas al paciente políticamente incorrecto. Era la represión de la sospecha permanente, del miedo permanente, del silencio permanente.

Una noche, alrededor de las dos de la madrugada, llegó una ambulancia trayendo a un hombre que estaba sangrando profusamente. Tenía un disparo en el abdomen, y cuando comencé a examinarlo, reconocí inmediatamente que se trataba de una herida que requería cirugía de emergencia si quería vivir más allá de las próximas dos horas. Pero había algo en su uniforme, en las insignias que llevaba, que indicaba que era un combatiente de la Contra. Llevaba documentos que lo identificaban como oficial de la Contra capturado en un combate reciente.

El enfermero que lo había traído fue directo a buscar al Dr. Velásquez y al comisario Estrada. Yo continué trabajando, preparando la zona quirúrgica, reconociendo que lo que estaba a punto de suceder sería un momento crucial en mi vida.

El Dr. Velásquez llegó primero, seguido de cerca por Raúl Estrada. Cuando vieron al paciente, sus expresiones se endurecieron. Estrada sacó un cuaderno de su bolsillo y comenzó a escribir, como si estuviera documentando una infracción de la cual luego presentaría pruebas.

—¿Quién trajo a este terrorista? —preguntó Estrada, y su voz tenía un tono que sugería que el hecho de que el hombre estuviera vivo en el hospital era ya una transgresión.

—Fue traído por una patrulla de combate —respondí sin dejar de trabajar—. Está gravemente herido. Necesita cirugía inmediata.

El Dr. Velásquez se acercó más al paciente, observando la herida abierta, evaluando la situación con la experiencia de alguien que había visto cientos de heridas similares.

—Sanabria, este hombre es un enemigo de la Revolución —dijo Velásquez, y había una firmeza en su voz que sugería que su decisión ya estaba tomada—. Es un saboteador que estaba tratando de destruir lo que hemos construido. ¿Por qué habríamos de gastar recursos médicos en salvar la vida de un contrarrevolucionario?

Levanté la vista de mi trabajo y miré directamente a los ojos del Dr. Velásquez. En ese momento comprendí que la decisión que estaba a punto de tomar tendría consecuencias irreversibles, que me iba a marcar como alguien que no comprendía las realidades de la Revolución, que no entendía que el poder tiene sus propias lógicas que van más allá de los juramentos hipocráticos.

—Pues tenemos que usar los recursos que se necesiten, porque es un paciente —respondí—, porque está herido y porque hice un juramento médico antes de considerar cualquier ideología política.

Estrada se acercó a mí. Su cercanía física fue calculada, amenazante, como si estuviera tratando de usar su presencia corporal para intimidarme en la decisión que estaba tomando.

—Doctor Sanabria, usted está hablando como un saboteador. Un médico revolucionario entiende que la medicina es parte de la guerra, que curar a los enemigos de la Revolución es traición. ¿Está usted consciente de eso?

—Estoy consciente de que soy médico —respondí, y mientras hablaba ya estaba pidiendo a la enfermera que preparara el quirófano, que trajera anestésicos, que hiciera lo que fuera necesario para salvar a este hombre—, y voy a operarlo.

El Dr. Velásquez permaneció de pie cerca del área quirúrgica durante la operación, sin decir nada, solo observando, solo presenciando lo que estaba sucediendo. Raúl Estrada no entró al quirófano; se quedó afuera, escribiendo constantemente en su cuaderno, tomando notas de cada movimiento, cada instrucción que daba, cada decisión médica que tomaba.

La operación duró cinco horas. Extraje la bala del abdomen, reparé un segmento del intestino delgado que había sido perforado, limpié la cavidad abdominal de sangre coagulada, suturé meticulosamente cada estructura vascular. Cuando terminé, el hombre seguía vivo, su presión sanguínea se había estabilizado, su respiración era regular. Lo había salvado, aunque no sabía si lo que había hecho era medicina o un acto de traición revolucionaria.

Cuando salí del quirófano, el Dr. Velásquez estaba esperándome. Su expresión era imposible de leer.

—Usted acaba de cometer un grave error, doctor Sanabria —dijo simplemente —. Acaba de demostrar que su compromiso con la Revolución es débil. Acaba

de demostrar que sus principios burgueses de medicina liberal están por encima de su compromiso con la justicia revolucionaria.

—He salvado una vida —respondí, exhausto—. Eso es lo que hacemos los médicos sin importarnos la filiación política de los pacientes.

—Ha salvado la vida de un enemigo —replicó Velásquez—. Y eso es lo que hace un traidor.

Durante los días siguientes, noté que mi posición en el hospital había cambiado. Las órdenes que recibía se volvieron más restrictivas y se me asignaban tareas secundarias. Los suministros médicos que solicitaba eran rechazados o retrasados, y encima de todo los otros médicos y enfermeras evitaban hablar conmigo abiertamente… y eso solo quería decir una cosa: que estaban siendo interrogados sobre mis actividades, mis conversaciones y mi nivel de compromiso revolucionario.

Esta era la lógica del régimen que estaba consolidándose en 1981. La represión no era ejercida solo por funcionarios del Estado sino por ciudadanos comunes que habían sido movilizados como vigilantes. El miedo se convertía en lealtad y la sospecha se convertía en norma social.

Una semana después de que operé al combatiente de la Contra, el Dr. Velásquez me llamó a su oficina estando Raúl Estrada presente sentado en una silla en la esquina, observando y tomando notas.

—Doctor Sanabria, he recibido reportes de que ha estado cuestionando la política médica revolucionaria —dijo Velásquez—. Que ha sugerido que debería haber igualdad de trato médico sin importar la lealtad política del paciente. ¿Es eso verdadero?

—Dije que como médico, mi responsabilidad es curar —respondí cuidadosamente—. Que la medicina no debe ser usada como arma política.

Estrada sonrió levemente, como si yo acabara de confirmar exactamente lo que había estado escribiendo en su cuaderno durante los últimos días.

—Eso es contrarrevolucionario, doctor —dijo Estrada—. Eso es sabotaje ideológico, porque la medicina es una arma de la Revolución, igual que el fusil, igual que la propaganda. No hay neutralidad, ya que, o estás con nosotros completamente, o estás contra nosotros.

—No puedo practicar medicina neutralmente porque eso es imposible —respondí—. Pero puedo practicar medicina humanamente, sin permitir que la política determine quién vive y quién muere.

El Dr. Velásquez respiró profundamente. En sus ojos había algo que parecía ser lástima, o tal vez era decepción ante un colega que no estaba dispuesto a comprender las realidades de la Revolución y que se aferraba a principios que no tenían lugar en una guerra de supervivencia.

—Sanabria, usted será transferido de Jinotega —dijo Velásquez—. Mañana por la mañana saldrá en un convoy hacia Managua porque se ha ordenado una investigación sobre sus actividades contrarrevolucionarias. Mientras tanto, su

acceso a los pacientes será restringido y deberá informar directamente al comisario Estrada sobre todas sus actividades.

Esa noche, antes de partir, logré ver brevemente al hombre cuya vida había salvado. Estaba en la sala de recuperación, aún sedado, pero estable. Uno de los enfermeros, un joven llamado Miguel que curiosamente compartía el mismo nombre que el guerrillero que había salvado en 1977, se acercó a mí con cautela, mirando alrededor para asegurarse de que nadie nos estuviera observando.

—¿Sabe lo que va a pasar con él? —pregunté.

—Será procesado como prisionero de guerra —respondió Miguel en voz muy baja—. Lo llevarán a un centro de detención, lo interrogarán y probablemente terminará en El Chipote.

El Chipote. La penitenciaría nacional. El lugar donde Somoza había torturado a revolucionarios durante cuarenta años. Ahora era donde la Revolución torturaba a los contrarrevolucionarios, usando los mismos métodos, la misma brutalidad, solo que bajo la bandera roja y negra.

—¿Y sabe si sobrevivirá? —pregunté.

—No, señor doctor, eso dependerá de si sigue siendo útil para interrogarlo.

El viaje de regreso a Managua fue silencioso. Sentado en la parte trasera de un camión militar, observando las montañas de Jinotega desaparecer detrás de mí, comprendí que algo fundamental había cambiado en Nicaragua durante esos dos años desde la caída de Somoza.

La Revolución que había prometido transformar a Nicaragua en un país de justicia se estaba transformando en algo distinto, algo que usaba los mismos lenguajes de justicia para cometer las mismas injusticias que el régimen anterior, solo que vestidas con uniforme verde olivo. Cuando llegué a Managua, fui colocado en un cargo administrativo en el Ministerio de Salud, una posición que sugería limpieza política, una manera de mantenerme en el sistema pero apartado de la práctica clínica donde podría cometer más errores de humanidad. Era una forma más sofisticada de represión que el encarcelamiento directo: me permitían vivir, pero me quitaban la capacidad de actuar según mis principios.

Durante los años que siguieron, de 1981 a 1985, mientras la guerra contra la Contra se intensificaba, mientras los recursos se volvían cada vez más escasos, mientras la Revolución se endurecía bajo la presión de la guerra financiada por la CIA desde Honduras, los principios humanitarios fueron siendo gradualmente desplazados por necesidades militares estratégicas.

La medicina se convirtió completamente en un instrumento de guerra. Los hospitales se convirtieron en bases militares. Los médicos que cuestionaban la política revolucionaria eran removidos, investigados, o simplemente desaparecían. En 1983, el régimen instituyó una política formal de distribución de recursos médicos basada en criterios revolucionarios.

Un documento oficial, que llegaría a mis manos años después a través de canales clandestinos, declaraba que los medicamentos y suministros médicos eran propiedad de la Revolución y podían ser asignados según criterios de utilidad revolucionaria, lo que significaba, en términos prácticos, que un campesino que simpatizaba con la Contra no recibiría antibióticos aunque muriera de gangrena, mientras que un soldado sandinista con un resfriado recibiría atención plena.

La Contra, por su parte, también cometía atrocidades. Los combatientes contrarrevolucionarios atacaban clínicas rurales, asesinaban a promotores de salud, destruían la infraestructura médica. Pero eso no justificaba lo que la Revolución estaba haciendo, porque la justicia no se define por lo que hacen los enemigos sino por lo que hacemos nosotros cuando tenemos el poder de elegir.

CAPÍTULO 4

La Sangre de los Inocentes

Managua, Nicaragua. Octubre de 1986. Noche.

Después de mi transferencia de Jinotega en 1981, pasé tres años y medio en un cargo administrativo en el Ministerio de Salud que básicamente consistía en supervisar papeleo, en revisar reportes de hospitales, en atender reuniones donde se discutían políticas que ya estaban decididas por quienes realmente tenían poder, es decir, por los comisarios políticos que respondían directamente a la Dirección de Seguridad del Estado.

Mi consulta privada en el barrio de los Bancos había sido clausurada oficialmente por razones administrativas, aunque todos sabíamos que en realidad había sido clausurada porque yo era considerado un riesgo político, alguien cuya lealtad revolucionaria era cuestionable, alguien que en el momento crítico de Jinotega había elegido un paciente enemigo sobre los intereses de la Revolución.

El país entraba en una etapa crucial, pues entre 1986 y 1990, el conflicto armado entre el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional y la Resistencia Nicaragüense alcanzó su punto geopolítico y militar más acelerado, marcado por un profundo desgaste interno y una intensa injerencia internacional. En 1986, el conflicto estuvo en el foco de la atención mundial tras la sentencia de la Corte Internacional de Justicia que condenó a Estados Unidos por su apoyo financiero y militar a los Contras y el minado de puertos nicaragüenses.

Al mismo tiempo, en Washington estalló el escándalo "Irán-Contra", que reveló la financiación encubierta y clandestina recibida por las fuerzas insurgentes desde la administración estadounidense, y en el terreno de combate, la guerra derivó en un estancamiento estratégico militar sostenido a un altísimo costo humano, social y económico.

El Ejército Popular Sandinista recurrió al reclutamiento obligatorio mediante el Servicio Militar Patriótico para contener los avances guerrilleros. No obstante, el impacto económico del bloqueo estadounidense, sumado a los gastos de defensa y a la hiperinflación, colapsaron la infraestructura productiva y mermaron de forma severa la calidad de vida de la población campesina y urbana, impulsando un descontento generalizado.

Cuando fui a comprar víveres pude escuchar cosas como estas:

—Ayer se llevaron al muchacho de la doña Socorro —murmuró un vecino en la fila del expendio, apretando una bolsa de tela vacía contra el pecho—. Apenas cumplió los diecisiete. Llegó el camión al amanecer y no le dieron tiempo ni de calzarse las botas.

—Aquí ya no queda nadie para cosechar, ni un peso que alcance para una libra de arroz —respondió otro hombre en voz baja, mirando por encima del hombro por miedo a los comités de barrio—. El sueldo de un mes no me dio hoy ni para tres guineos. Dicen que en el Norte la guerra está peor, y aquí en la capital nos estamos muriendo de hambre en paz.

Yo tenía treinta y cuatro años en 1986 y seguía estando vigilado constantemente, por lo que mi vida se había convertido en una existencia paralela donde funcionaba superficialmente dentro del sistema pero en realidad estaba completamente aislado de él, conversando con colegas que evitaban mirarme a los ojos, comiendo en comedores donde la gente se apartaba discretamente de mi mesa, viviendo en un apartamento que sabía era visitado regularmente por agentes de seguridad cuando yo no estaba allí.

—Oye, ¿viste la circular de la jefatura para la reunión de mañana? —le pregunté un mediodía a un compañero del departamento en el pasillo.

El hombre aceleró el paso sin detenerse, clavando la mirada en el piso de baldosa desgastada.

—No sé nada, hermano. No me metás en tus cosas —susurró velozmente sin girar el rostro—. Sabés bien que no me conviene ni que me vean a la par de vos, así que mejor dejá de hablarme.

En el comedor, el vacío a mi alrededor era una frontera invisible. Si me sentaba en una mesa de cuatro, los dos que ocupaban el otro extremo recogían sus platos de peltre en silencio y caminaban hacia la salida, prefiriendo comer de pie junto al patio.

Entonces, una noche de octubre cuando la ciudad estaba siendo azotada por una lluvia tropical particularmente intensa que hizo que las calles de Managua se convirtieran en ríos de lodo, alguien tocó a la puerta de mi apartamento con una serie de golpes que seguían un patrón específico, tres golpes rápidos seguidos de una pausa y dos más, un código que supuse había sido establecido entre revolucionarios clandestinos o tal vez simplemente entre personas que necesitaban demostrar que eran amigos en lugar de agentes de seguridad.

Cuando abrí la puerta cautelosamente, dejando solo una apertura de unos centímetros, encontré a un hombre de cuarenta y dos años, maltratado

visiblemente, con marcas evidentes de tortura en su cuerpo, con cicatrices de quemaduras en los brazos y el pecho que sugerían que había sido sometido a electricidad controlada, con un ojo hinchado que apenas podía abrir, con sangre seca en la esquina de su boca que indicaba que sus dientes habían sido golpeados recientemente. Su nombre era Tomás, aunque luego descubriría que ese probablemente no era su nombre real y que había sido adoptado por razones de seguridad clandestina.

—¿Sos vos? —preguntó con la voz rota y jadeante, sosteniéndose contra el marco de madera mojada para no caerse mientras el agua de la lluvia le corría por la cara mezclándose con la sangre.

—Depende de a quién busques —contesté, manteniendo la mano firme en el picaporte, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas.

—Me manda el viejo del taller de calzado... El que arreglaba los cueros en León —dijo apoyando la frente en el quicio de la puerta—. Cerrá la puerta, por la gran puta... Si me ven aquí nos matan a los dos. Apagá las luces.

—Doctor Sanabria —dijo el hombre, y su voz era apenas un susurro que parecía costar trabajo producir, como si cada palabra fuera una herida que se reabriera, como si el acto mismo de hablar le causara dolor físico profundo—, me enviaron porque dicen que vos sos un médico que aún conserva principios, que aún cree que la vida humana vale más que la ideología política. Necesito ayuda desesperadamente y no puedo ir a un hospital público porque sería capturado inmediatamente para ser devuelto a El Chipote donde sufrirán más interrogatorios... probablemente sería asesinado esta vez.

—Aprieta la quijada y aguántate el dolor, pero habla bajo —le murmuré, tomándolo del brazo con firmeza para sostener su peso que se vencía hacia adelante—. Entra rápido, que el sereno de la esquina está dando la vuelta.

Lo dejé entrar por supuesto, mirando hacia la calle durante varios segundos para asegurarme de que nadie nos había visto, aunque en realidad sabía que si el régimen quería seguirme, probablemente ya me estaban siguiendo desde hacía años, que había agentes de la Dirección de Seguridad del Estado monitoreando mis movimientos, documentando mis contactos, esperando el momento en que cometa un acto de traición evidente que justificara mi arresto formal.

—No encendás la luz del corredor —me suplicó Tomás con un hilo de voz, apoyado contra la pared del pasillo mientras el agua le chorreaba de los pantalones mojados—. Si entra una patrulla por la cuadra, van a ver el reflejo desde la calle.

—Tranquilo. Aquí adentro estamos a oscuras hasta que lleguemos al fondo —le respondí al oído, guiándolo a tientas por el pasillo—. Camina despacio y no me vayas a hacer ruido con las botas.

Tomás estaba herido gravemente, no solo por las quemaduras sino por lo que parecía ser desgarros internos que sugerían tortura con métodos que no dejaban marcas visibles inicialmente pero que causaban daño profundo,

hemorragia interna, posible perforación de órganos. Su abdomen estaba hinchado de una manera que indicaba acumulación de sangre o de líquidos internos, su respiración era superficial porque cada inspiración profunda le causaba dolor agudo.

—¿Quién te hizo esto? —pregunté mientras lo conducía hacia mi pequeño consultorio privado que mantenía en el apartamento, escondido de la vigilancia oficial detrás de un panel de pared que parecía ser simplemente un closet, un espacio que nadie hubiera pensado que contenía medicinas, instrumentos quirúrgicos básicos, vendas, desinfectantes, todo lo que necesitaba para practicar medicina clandestinamente.

—La DGSE —

Respondió Tomás, refiriéndose a la Dirección General de Seguridad del Estado, que había reemplazado oficialmente al anterior aparato de seguridad revolucionario pero que en realidad era lo mismo con otro nombre, otro uniforme, los mismos métodos de represión pero ahora institucionalizados legalmente bajo un aparato de Estado que funcionaba con total impunidad

—Estuve detenido durante dos semanas en El Chipote. Me acusaban de formar parte de una célula contrarrevolucionaria que supuestamente estaba planeando hacer sabotaje industrial, acusaciones que eran completamente falsas. No tengo nada que ver con la Contra. Mi único crimen fue pertenecer a un grupo de estudio en una iglesia de barrio donde discutíamos teología de la liberación, donde leíamos textos de monseñor Óscar Arnulfo Romero, donde cuestionábamos si la Revolución realmente estaba sirviendo a los pobres o si estaba simplemente reemplazando un aparato de explotación por otro.

—Háblame con tranquilidad y no te agites. Tienes que estar calmado.

—Alguien nos denunció a la Seguridad del Estado por ser "elementos subversivos", y hace tres semanas fueron a mi casa al atardecer, me sacaron sin explicación alguna, me llevaron a un centro de detención clandestino que no sabía dónde estaba porque me mantenían con los ojos vendados.

—Esos malditos sapos de barrio están vendiendo hasta a sus propios hermanos por una bolsa de comida o para ganar puntos con el comité —murmuré con rabia contenida, haciéndolo sentar en la pequeña camilla de madera mientras corría la pared falsa para sellar el espacio oculto—. Te aplicaron electricidad, ¿verdad? Veo las marcas en los brazos.

—Sí... me ponían los chuzos en las costillas y en las tetillas mientras un chavalito de no más de veinte años me gritaba que hablara —contestó Tomás, dejando escapar un quejido ahogado cuando le retiré la camisa pegada a la piel por la sangre seca—. *«Decí dónde están las armas, jodido, hablá de una vez o de aquí salís directo para el zanjón»*, me decía. Yo les juraba por la Virgen que no sabía nada, pero entre más les rogaba, más le subían a la planta.

Mientras examinaba las heridas de Tomás con las manos temblando levemente debido a la gravedad de lo que estaba viendo, comprendí que esto era lo que la represión había llegado a ser en Nicaragua en 1986. No era la represión

abierta de Somoza porque no había desapariciones públicas anunciadas en los periódicos, ni había patrullas de la Guardia Nacional capturando gente en la calle bajo la mirada de testigos que podrían convertirse en críticos internacionales.

Pero era la represión de la tortura clandestina, de los causantes de las desapariciones que actuaban en la noche, de las cárceles secretas donde se practicaba lo que el régimen llamaba eufemísticamente "interrogatorio coercitivo" pero que en realidad era tortura sistemática diseñada para quebrar la voluntad de las personas, para extraer confesiones de crímenes que no habían cometido, para servir como ejemplo aterrador de lo que le sucedería a cualquiera que se atreviera a cuestionar el régimen, que se atreviera a hablar de derechos humanos, que se atreviera a sugerir que la Revolución había traicionado sus propias promesas.

Pasé toda la noche curando a Tomás, trabajando bajo la luz de una sola lámpara que podría haber sido visible desde la calle si no hubiera cubierto la ventana de mi consultorio clandestino con mantas negras. Limpié sus heridas con cuidado extremo, aplicando ungüentos antibióticos que habría robado de la farmacia del hospital público donde todavía tenía algunos contactos que arriesgaban sus propios trabajos para dejarme llevar medicinas, vendando las quemaduras con cuidado para evitar infecciones, revisando constantemente su presión sanguínea y su ritmo cardíaco con los pocos instrumentos que tenía disponibles, rezando internamente porque no tuviera hemorragia interna que requiriera cirugía de emergencia porque una cirugía de emergencia era absolutamente imposible sin ser descubierto.

—Quédate quieto, vas a sentir que te quema el alcohol —le advertí en voz muy baja, acercando la gasa con cuidado a los bordes de la herida en su vientre.

—Hacé lo que tengás que hacer, doctor... —musitó él, apretando la sabana con los puños blancos por el esfuerzo—. Si me tocaba morir, me hubiera muerto en la celda. Si el Señor me trajo hasta tu puerta, es porque todavía me toca aguantar.

Tomás dormía intermitentemente, sus sueños claramente plagados de pesadillas sobre lo que le habían hecho en El Chipote, su cuerpo temblando ocasionalmente como si todavía estuviera siendo torturado, como si los interrogadores aún estuvieran gritándole preguntas sobre células contrarrevolucionarias, sobre planes de sabotaje, sobre nombres de otros disidentes.

—¡No, a él no! ¡Él no sabe nada, déjenlo en paz! —balbuceó aterrado en mitad de la madrugada, agitándose bruscamente sobre la camilla mientras un sudor frío le cubría la frente.

—¡Ssshh! Cállate…Tomás, despiértate —lo sacudí suavemente por el hombro no herido, hablándole pegado a la oreja para calmarlo—. Estás en mi casa, hermano. Estás a salvo. Nadie te va a hacer nada aquí, pero tienes que guardar silencio o nos van a oír desde la calle.

Por la mañana, cuando la lluvia había cesado y Managua volvía a su rutina diaria de represión silenciosa, cuando las personas salían a las calles tratando de vivir sus vidas normales bajo el peso constante de la vigilancia estatal, me encontré enfrentando una decisión que era moralmente idéntica a la que había enfrentado en Jinotega cinco años atrás pero que ahora era mucho más peligrosa porque el régimen se había endurecido significativamente, porque la represión se había institucionalizado de manera más completa.

Podía reportar a Tomás a las autoridades, podía demostrar finalmente mi lealtad revolucionaria, podía salvaguardar mi propia seguridad, podía tal vez incluso rehabilitar mi posición dentro del sistema ministerial. O podía ayudarlo a recuperarse sabiendo que con ello me estaba convirtiendo definitivamente en un cómplice de lo que el régimen consideraría traición de la más grave magnitud, sabiendo que si era descubierto, podría desaparecer en El Chipote exactamente de la misma manera en que Tomás había desaparecido, sometido a los mismos interrogatorios, a la misma tortura, posiblemente a la misma muerte.

—¿Tienes familia? ¿Tienes dónde ir después de recuperarte? —pregunté mientras Tomás descansaba en mi cama, sus ojos mirando al techo como si viera las sombras de sus torturadores.

—Tengo un hermano en Costa Rica que ya emigró hace dos años cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando aquí, cuando comprendió que la Revolución no se había convertido en lo que prometía sino en lo contrario —respondió Tomás lentamente—. Pero para llegar allá necesito pasar la frontera. Mi nombre está en todas las listas de búsqueda de la Seguridad del Estado. Sin ayuda, sin documentos falsos, será imposible. Probablemente seré capturado en cualquier punto de control.

Hice contacto con algunos colegas médicos que sabía que estaban operando en la clandestinidad, médicos como yo que todavía creían en principios hipocráticos aunque esa creencia los ponía en peligro mortal, que todavía creían que curar era más importante que la lealtad política, que se reunían secretamente en casas de confianza para hablar sobre cómo ayudar a víctimas de represión, sobre cómo hacer que el régimen fuera responsable de sus crímenes, sobre cómo mantener viva la memoria de la verdadera medicina en un país donde la medicina se había convertido en instrumento de represión.

Trabajamos juntos durante tres semanas para sanar a Tomás, para reconstruir lo que la DGSE había destrozado en su cuerpo, realizando procedimientos que no habría podido hacer sin la ayuda de colegas que traían medicinas desde otros hospitales, que prestaban instrumentos, que proporcionaban información médica especializada.

—Tomá, aquí te traigo tres frascos de penicilina cristalina y un juego de pinzas finas —susurró el doctor Mendoza, un viejo amigo del Hospital Bautista, mientras nos escondíamos detrás de los estantes de la bodega de insumos—. Me los jugué en la entrada; la milicia está revisando hasta las mochilas de las enfermeras.

—Dios te oiga, Mendoza. Con esto le salvo la pierna —le respondí apretándole el hombro con gratitud—. Si te preguntan por este material, decí que se dañó en el lote vencido.

—Vos no te preocupés por mí, Sanabria. Solo tené cuidado... Si la Seguridad descubre que andás curando golpeados, no te van a salvar ni tus títulos universitarios.

Durante esas tres semanas, Tomás me contó historias de El Chipote que serían inauditas si no supiera, por otros testimonios de otros torturados que había curado, que eran completamente ciertas. Habló sobre interrogadores que lo sometían a descargas eléctricas en sus genitales mientras le gritaban preguntas sobre células contrarrevolucionarias. Habló sobre noches enteras de privación sensorial donde lo mantenían en celdas completamente oscuras, sin saber si era día o noche, sin saber cuánto tiempo había pasado desde su captura. Habló sobre compañeros de celda que desaparecían durante interrogatorios y que nunca volvían, compañeros que gritaban desde salas de tortura adyacentes, sus gritos reverberando a través de los muros de hormigón de la penitenciaría.

—Te ponían unos cables pelados en los testículos, doctor... —me confesaba Tomás con la mirada perdida en el techo de mi consultorio oculto, apretando los dientes al recordar—. Se escuchaba el chasquido del transformador y después venía el golpe. *«¡Decí dónde se reúne la célula, hijodeputa, decí quién les da los dólares!»*, me gritaba un teniente de apellido Argüello. Yo le gritaba que solo leíamos la Biblia en la parroquia, pero él solo se reía y le daba más carga a la manivela.

—Trata de no agitarte, que te sube la presión —le decía mientras le cambiaba los vendajes del abdomen—. ¿Qué pasó con los otros que entraron con vos?

—A un chavalo de la Universidad, uno flaquito que le decían el Chino, se lo llevaron una noche a eso de las tres —prosiguió con la voz temblorosa—. Se escuchaba cómo lloraba por el pasillo rogando que no lo mataran. Después se oyeron dos golpes secos contra el suelo y un portazo. Nunca más volvió a la celda. Dejaron la puerta abierta un rato y solo se oía el eco de otros que chillaban al fondo del pasillo.

Y lo más aterrador de todo era que Tomás insistía que la mayoría de las acusaciones en su contra eran completamente falsas, que durante los interrogatorios simplemente había confesado cualquier cosa que sus torturadores querían escuchar, que el régimen tenía un sistema donde la tortura continuaba hasta que la víctima confesaba, donde la verdad o la falsedad de la confesión era completamente irrelevante porque lo que importaba era tener una confesión que pudiera usarse para justificar la represión, para documentar la existencia de conspiraciones contrarrevolucionarias, para crear el pretexto legal para futuras represiones.

—Yo les firmé todo lo que me pusieron enfrente, doctor... —admitió con vergüenza, bajando la cabeza—. Firmé que guardaba fusiles FAL en el patio de mi casa, que recibía órdenes directas de la Resistencia en Honduras, que iba a

volar un puente en Sébaco... ¡Cualquier barbaridad! Les hubiera firmado que yo maté a Somoza si me lo pedían, con tal de que apagaran la planta eléctrica un minuto.

—No te culpes, Tomás. Nadie aguanta ese infierno sin quebrarse —lo consolé poniéndole la mano en el hombro—. A ellos no les importa si es verdad. Lo único que buscan es el papel firmado para enseñárselo a los periódicos oficiales y decir que capturaron a otro "pico de pájaro".

Cuando finalmente Tomás estuvo lo suficientemente fuerte como para viajar, cuando sus heridas habían cicatrizado lo suficiente como para que no fuera un peligro de infección mortal, lo conecté con una red de refugio que existía en Managua, una red clandestina de iglesias, de casas privadas, de gente que estaba dispuesta a arriesgar sus propias vidas para ayudar a víctimas de la represión a escapar del país.

Esa red incluía sacerdotes que creían que la iglesia tenía una obligación moral de proteger a los perseguidos, incluyendo maestros de escuela que proporcionaban documentos de identidad falsificados, incluyendo trabajadores de transporte que llevaban a disidentes a través de puntos de control usando rutas alternas y conexiones corruptas.

—Padre, aquí le traigo al muchacho —le dije en voz muy baja al párroco de una iglesia en las afueras de la capital, aprovechando la penumbra del confesonario un martes por la tarde.

—Que el Señor lo bendiga, doctor —respondió el sacerdote tras la rejilla de madera—. Mañana sale un camión con cargamento de plátanos hacia la frontera norte. El chofer es de nuestra entera confianza; ya ha sacado a cuatro muchachos este mes. Lleva una cédula a nombre de un campesino de Matagalpa que falleció el año pasado.

—Asegúrese de que no pase por los puestos de control de la Central —le advertí—. La DGSE tiene listas con fotos en cada empalme.

—Tranquilo, hermano. Conocemos las trochas por donde ni los guardias ni los cachorros del Servicio Militar se atreven a entrar. Dios va guiando el camino.

La noche en que Tomás se fue, con documentos falsos que habían sido conseguidos a través de contactos que ni siquiera quise saber quiénes eran porque la ignorancia era la mejor defensa si algún día era interrogado, me encontré reflexionando sobre lo que había hecho y lo que eso significaba para mi propia vida. Yo era ahora oficialmente un saboteador del régimen, un elemento que había demostrado definitivamente que sus principios burgueses estaban por encima de su lealtad revolucionaria, un médico que había elegido el juramento hipocrático sobre la ideología del Estado.

—Que Dios te cuide en el camino, Tomás —le dije en la puerta trasera de mi apartamento mientras la lluvia de la madrugada amortiguaba nuestras palabras.

—Gracias por devolverme la vida, doctor Sanabria —me dijo abrazándome con fuerza, ya vistiendo ropa limpia de campesino y sosteniendo un bolso raído—.

Si algún día esta pesadilla se acaba y volvemos a ser libres, voy a buscarlo para pagarle lo que hizo por mí.

—No me debes nada. Solo cuídate y no volvás a caer. Si te atrapan de nuevo, nos caemos los dos.

Si era descubierto, no solo sería removido de mi cargo administrativo, sería encarcelado, sería torturado exactamente como lo había sido Tomás, probablemente sería asesinado después de extraer de mí toda la información que los interrogadores quisieran.

Pero lo que estaba sucediendo en Nicaragua durante esos años de 1986 a 1989 era que la represión había llegado a un punto donde prácticamente cualquiera que tuviera una conciencia independiente estaba en peligro de ser etiquetado como traidor. En agosto de 1986, el régimen había cerrado completamente el periódico *La Prensa*, el único diario de oposición que aún funcionaba, basándose en lo que llamaba "medidas de defensa revolucionaria" pero que en realidad era eliminación de libertad de prensa.

—¿Supiste lo de *La Prensa*? —me comentó asustado un bibliotecario al día siguiente en la universidad, mostrándome las manos vacías—. Cerraron los talleres anoche. Pusieron sellos en los portones y hay militares con fusiles en la entrada. Ya ni leer el periódico se puede en este país.

—Están apagando las últimas luces, hermano —le respondí disimuladamente mientras fingía revisar un fichero—. Ahora la única verdad oficial va a ser la que dicten los comandantes por la televisión.

Los obispos católicos que se atrevían a criticar las políticas del régimen, como monseñor Óscar Arnulfo Romero había criticado a Somoza, eran declarados enemigos de la Revolución, era advertido de que cualquier pronunciamiento contra la política de represión del gobierno sería considerado traición. Los estudiantes universitarios que participaban en protestas pacíficas eran procesados como saboteadores. La Revolución que había prometido libertad se había convertido en una máquina de represión que producía prisioneros políticos en forma cotidiana, que llenaba los centros de detención clandestinos, que generaba miles de desaparecidos.

Una semana después de que Tomás se fue, fui convocado a una reunión en la oficina del comisario político del Ministerio de Salud, un hombre llamado Julio Mendoza que tenía cincuenta años y que había sido militar de carrera durante el régimen de Somoza pero que había desertado justo antes del final de la guerra y se había unido a la Revolución en la etapa final, convirtiéndose en uno de los más celosos guardianes de la pureza revolucionaria, como si quisiera demostrar que su lealtad revolucionaria era más profunda que la de alguien que había estado en el movimiento desde el inicio.

—Doctor Sanabria, tengo reportes de que ha tenido visitantes nocturnos en su apartamento durante las últimas tres semanas —dijo Mendoza sin preámbulos, sin ofrecerme siquiera un asiento en su oficina, dejándome de pie frente a su escritorio como si quisiera subrayar la asimetría de poder entre nosotros—. Tengo información detallada de que ha estado proporcionando atención médica

clandestina a personas que no están autorizadas a recibir esa atención, a personas que están siendo buscadas por la Seguridad del Estado. Tengo reportes de que ha estado robando medicinas de hospitales públicos. ¿Es eso correcto?

En ese momento comprendí que la DGSE había estado vigilándome mucho más de lo que había pensado, que probablemente había estado vigilándome desde antes de que Tomás llegara a mi puerta, que tal vez había permitido deliberadamente que Tomás llegara precisamente para comprobar si yo era un traidor definitivamente, para documentar mi traición con evidencia irrefutable que pudiera ser usada contra mí en un juicio revolucionario.

—Doctor Mendoza, cualquier ciudadano que llega a mi puerta herido recibe atención médica —respondí cuidadosamente, sintiendo que cada palabra que pronunciaba podía ser usada posteriormente como evidencia en mi contra—. Eso es lo que significa ser médico, eso es lo que significa tomar el juramento de Hipócrates.

Mendoza sonrió de una manera que sugería que ya sabía exactamente qué iba a decir yo, que había estado esperando esta confirmación de mi deslealtad revolucionaria, que estaba satisfecho de haber obtenido la confesión que necesitaba.

—Doctor Sanabria, usted está cometiendo un delito grave. Está ocultando a un enemigo del Estado. Está saboteando la seguridad de la Revolución. Está socavando los esfuerzos del régimen de defensa nacional. Usted sabe lo que eso significa, ¿verdad?

—Sé que significa que seré procesado por un régimen que considera crimen el ejercicio de mi profesión humanitaria —respondí, y mientras hablaba sentía una calma extraña, como si finalmente estuviera enfrentando algo que sabía era inevitable desde 1981 cuando operé al combatiente de la Contra en Jinotega—. Sé que significa que probablemente desapareceré en El Chipote. Pero no puedo cambiar quién soy, doctor Mendoza. Soy médico antes que revolucionario. Tengo obligaciones con mis pacientes que son anteriores a mis obligaciones con cualquier régimen político.

Por el momento, después de dos semanas de vigilancia intensificada y de interrogatorios adicionales, fui simplemente suspendido de mi cargo en el Ministerio de Salud y colocado bajo vigilancia oficial permanente. No fui arrestado, pero la suspensión fue clara: estaba siendo etiquetado como un saboteador, estaba siendo marcado para una represión más intensa si cometía otro error, estaba viviendo bajo una especie de arresto domiciliario no oficial donde cualquier movimiento fuera de mi apartamento sería reportado a la DGSE.

Ante la imposibilidad de una victoria militar decisiva para cualquiera de los dos bandos beligerantes, cobraron fuerza las vías diplomáticas a partir de los Acuerdos de Paz de Esquipulas II en 1987. Posteriormente, en marzo de 1988, el gobierno sandinista y la dirigencia de la Contra firmaron los Acuerdos de Sapoá, mediante los cuales se pactó una tregua bilateral, el cese al fuego y el

compromiso de avanzar hacia la democratización y el desarme progresivo de las fuerzas rebeldes.

El desenlace de este periodo se concretó con las elecciones generales de febrero de 1990, en las cuales la coalición opositora, Unión Nacional Opositora (UNO), encabezada por Violeta Barrios de Chamorro y respaldada por sectores pacíficos e insurgentes, venció al FSLN de Daniel Ortega con el 55% de los votos. El reconocimiento pacífico de estos resultados por parte de los sandinistas permitió la transición democrática del poder, el inicio de la desmovilización definitiva de los Contras y el fin formal de la guerra civil.

CAPÍTULO 5

La Noche de los Candados y la Piñata

Managua, Nicaragua. Febrero-Marzo de 1990. Noche.

Nadie, absolutamente nadie en la Comandancia Nacional creía que podían perder las elecciones del veintiséis de febrero de mil novecientos noventa. El Comandante Daniel había prometido públicamente, con esa certeza de quien sabe que el poder está de su lado, que la Revolución nunca entregaría el poder aunque los resultados de las urnas dijeran algo distinto, y yo recordaba esa declaración porque me la había contado un compañero con esa mezcla de admiración y miedo que todos expresaban cuando citaban al Comandante.

Pero la gente votó. Y votó en su contra.

La Unión Nacional Opositora, liderada por Violeta Barrios de Chamorro, ganó con el cincuenta y cinco por ciento de los votos. Una mujer de sesenta y un años, viuda de un periodista asesinado por Somoza, había derrotado a toda la máquina revolucionaria. Yo estaba en un bar viendo los resultados por televisión cuando la noticia llegó, y lo que pasó en ese momento fue algo que jamás olvidaré porque fue el instante exacto en que comprendí que la Revolución que había prometido transformar a Nicaragua no en una república mejor sino en una república verdaderamente revolucionaria se había convertido en exactamente eso contra lo cual decía luchar: un aparato de poder que usaba la represión, que usaba el lenguaje de la justicia para cometer injusticia, que había prostituido cada promesa de 1979.

El camarero del bar, un muchacho que no tendría más de veinticuatro años, apagó la televisión cuando terminó la transmisión de resultados. En el silencio que siguió, nadie se atrevía a hablar en voz alta porque en 1990 todavía había vigilancia en todos lados, comisarios políticos que reportaban cualquier comentario demasiado público, comités de defensa en cada barrio que estaban registrando quién decía qué.

—Eso no es verdad —susurró alguien desde la esquina, con esa intensidad de quien cree que puede cambiar la realidad negándola—. Van a recontar. El Frente tiene que haber ganado. Es imposible que hayan ganado los azules.

Los azules eran los opositores, los enemigos, los contrarrevolucionarios. Yo no respondí nada y simplemente pagué mi cerveza saliendo a la calle de Managua

donde la noche estaba particularmente oscura, como si la ciudad supiera que algo fundamental había cambiado y que la respiración de la Revolución acababa de quebrarse definitivamente.

Lo que sucedió después fue lo que llamarían la Piñata, aunque en voz baja y entre confiados, porque eso de que los revolucionarios robaran el Estado era un crimen que no podía ser mencionado en voz alta sin riesgo de desaparición. Durante los días que mediaron entre la derrota electoral y la transición de poder, entre el veintiséis de febrero y el dieciocho de julio de mil novecientos noventa, los comandantes sandinistas hicieron lo impensable: desmantelaron el Estado que habían construido, liquidaron sus propios activos revolucionarios, transfirieron a manos privadas los bienes que habían confiscado a Somoza y a sus aliados, y se enriquecieron personalmente en un proceso que fue claramente sistemático aunque oficialmente nunca fue confirmado.

Fincas que habían sido confiscadas al régimen somocista ahora pasaban a nombre de los revolucionarios. Casas que habían sido parte del patrimonio estatal aparecían en escrituras a favor de los comandantes. Empresas que habían sido nacionalizado en los primeros años de la Revolución eran desmanteladas y vendidas a precios de liquidación a los amigos de la Comandancia. Era el robo más descarado que jamás se había presenciado, pero era un robo que se hacía con papeles, con documentos, con la apariencia de legalidad que solo un aparato estatal puede proporcionar.

Recuerdo una conversación en particular que tuve con el Dr. Humberto Vega, un antiguo compañero revolucionario que había estado en las montañas durante los años de la guerra contra Somoza y que ahora era diputado del FSLN. Lo encontré un martes en la calle de Managua cuando salía de comprar medicinas para mi consultorio, y Humberto me detuvo con esa familiaridad de quien comparte un pasado compartido.

—Agustín, ¿cómo estás, hermano? —preguntó con una sonrisa que tenía algo de forzado, algo de quien está siendo estudiado constantemente para ver si va a delatarlo—. Vos que conocés gente de todos lados, decime sinceramente, ¿vos creés que esto es malo lo que estamos haciendo?

No necesitaba preguntar qué era "esto". Todos sabíamos a qué se refería. Era el proceso de transferencia de propiedades que estaba ocurriendo en la penumbra de la transición.

—Humberto, eso es robar —respondí sin titubear, aunque bajé la voz porque en 1990 seguía siendo peligroso decir esas cosas en la calle—. Vos sos abogado. Vos tenés que saber que es robo lo que están haciendo.

Humberto hizo una mueca que era mitad sonrisa, mitad algo que se parecía al sufrimiento de quien ha tenido que justificar lo injustificable durante tanto tiempo que ya casi se lo cree.

—Agustín, escuchame —dijo, tomándome del brazo como si quisiera compartir un secreto—. Vos fuiste revolucionario. Vos sabés lo que significa estar en la montaña durante diez años, durmiendo en el lodo, comiendo plátano cocido, viendo morir a los compañeros que creían que la Revolución iba a significar

algo. Vos sabés que la Revolución está muerta, ¿verdad? Entonces la pregunta es simple: ¿vamos a dejar que lo que ganamos, literalmente lo que ganamos con sangre, lo pierdan los azules que quieren volver a Somoza? ¿O vamos a asegurar que los compañeros que sobrevivieron tengan algo para empezar una vida después de la Revolución?

—Lo que estás describiendo es que cada uno que sobrevivió va a tomar lo que pueda —respondí, sintiendo la rabia subiéndome por la garganta—. Lo que estás describiendo es que la Revolución no fue una revolución sino un negocio. Un negocio donde ganaban los que tenían acceso a las armas.

—Bueno, claro que fue un negocio —dijo Humberto, como si fuera la cosa más obvia del mundo, como si después de once años de Revolución finalmente pudiera decir en voz baja lo que siempre supo que era verdad—. ¿Qué creías que era, Agustín? ¿Que la gente iba a morir de hambre por una idea? Las ideas no se comen. Las ideas no compran casas. La Revolución fue para que los que no teníamos nada pudiéramos tener algo. ¿Eso está mal? Yo no creo que esté mal.

Nos quedamos en silencio durante un minuto, mirando los autos que pasaban por la avenida, viendo a la gente que caminaba sin saber que estaban viviendo el momento exacto en que sus líderes revolucionarios estaban convirtiéndose en oligarcas, en que la Revolución se comía a sí misma desde adentro.

—La diferencia —dije finalmente— es que Somoza robaba sabiendo que era un tirano. Vos, Humberto, estás robando creyendo que eres un héroe. Eso es lo que te hace más peligroso que Somoza.

Humberto se rio, pero fue una risa que sonaba como la de alguien que finalmente había llegado a un lugar donde ya no le importaba lo que pensaran los demás de su conducta moral.

—Quizás tenés razón, hermano —dijo—. Quizás eso es exactamente lo que me hace más peligroso. Porque al menos yo sé que es verdad que estamos saqueando todo lo que podemos…pero eso me hace más honesto, ¿no te parece?

En esas semanas de febrero a julio de 1990, la ciudad de Managua se transformó de maneras que eran visibles si sabías dónde mirar. Los revolucionarios que años atrás habían predicado contra la ambición personal, contra el individualismo capitalista, contra la acumulación de riqueza personal, de repente comenzaban a aparecer en automóviles nuevos, en propiedades con nombres de esposas y de hijos.

Casas que habían sido nacionalizadas después de 1979 ahora tenían nombres de militares revolucionarios en las escrituras. Fincas que habían sido confiscadas eran vendidas nuevamente, pero esta vez a revolucionarios que las compraban a precios especiales. Yo pasaba consulta en esos días, viendo pacientes que estaban confundidos, que no entendían qué estaba sucediendo, que creían que la Revolución iba a significar algo pero que veían cómo los que habían prometido sacrificio estaban ahora claramente haciéndose ricos.

Una muchacha de diecinueve años vino a mi consultorio con síntomas de estrés agudo, con ansiedad que le impedía dormir, y cuando le pregunté qué pasaba, ella me dijo algo que resumía la confusión de toda una generación:

—Doctor, mi papá fue compañero del Comandante en la guerra. Perdió un ojo en una emboscada. La Revolución ganó, ¿verdad? Pero ahora mi papá sigue sin casa, sigue siendo pobre, mientras el oficial que era su jefe superior ahora tiene dos casas y un auto. ¿Para qué fue la guerra, doctor?

No sabía qué responder porque no había respuesta que tuviera sentido. La Revolución que había prometido tierra para los campesinos había resultado siendo tierra para los comandantes. La Revolución que había prometido casa para los sin techo había resultado siendo casas para los revolucionarios que sabían cómo presionar los botones del poder.

En las primeras semanas de 1990, después de que Violeta Chamorro ganara las elecciones, se aprobaron reformas constitucionales que consolidaron el robo. El Decreto 3692, conocido informalmente entre la gente de Managua como la Ley de Transferencia, permitía que los revolucionarios que ocupaban cargos públicos convirtieran bienes del Estado que estaban bajo su administración en propiedad privada suya simplemente firmando documentos.

Era una legislación para el robo, era la legalización de lo que estaba sucediendo en las sombras, era el régimen sandinista usando los últimos días de su poder oficial para blindar sus ganancias robadas, era la vergüenza total para un movimiento que había prometido igualdad, honestidad y libertad y había ocasionado todo lo contrario.

Recuerdo una tarde de marzo cuando fui a la Clínica Benjamín Zeledón donde trabajaba ocasionalmente, ayudando con casos que los médicos de hospital público decían que no podían resolver, y encontré a un grupo de enfermeras charlando en voz muy baja sobre la noticia que acababa de circular.

—Dijeron que la tía del Comandante Tomás Borge acaba de recibir una finca de tres mil manzanas en Masaya —murmuró una enfermera llamada Constancia que tenía cuarenta años y que había trabajado en hospitales de campaña durante la guerra—. Tres mil manzanas. Y oficialmente fue "transferida" porque ella era la administradora de bienes confiscados. Así de fácil.

—Eso es una mentira —dijo otra enfermera, pero su voz no tenía convicción, tenía la tonalidad de quien sabe que es verdad pero que sigue esperando que alguien le diga que es mentira—. Eso tiene que ser un rumor.

—No es un rumor —intervino una tercera enfermera, una mujer más joven de unos treinta años—. Mi hermano trabaja en la Registraduría de Bienes. Él vio el documento. Vio cómo quedó registrada la propiedad a nombre de la señora. Dijo que en una sola semana han pasado más de ochocientas propiedades a nombres privados de los que se decían revolucionarios.

Yo no dije nada, pero escuché, porque era importante entender lo que estaba sucediendo en ese momento, era importante registrar la manera en que una revolución se convierte en corrupción, en que ideales se evaporan en la noche

cuando hay poder suficiente para lograrlo sin consecuencias legales inmediatas.

Pasó algo que fue particularmente revelador en abril de 1990. Fui contactado por un revolucionario que yo había tratado años atrás en mi consultorio privado, un hombre llamado Sergio Montoya que había sido comandante en la guerra y que ahora ocupaba un puesto en el ministerio de Defensa. Sergio me pidió una cita privada, algo que era bastante inusual porque en 1990 cualquier contacto muy visible entre un médico bajo sospecha política y funcionarios revolucionarios podía generar preguntas de las que nadie quería saber las respuestas.

Nos encontramos en un restaurante pequeño en el barrio Monseñor Lezcano, un lugar donde era poco probable encontrarse con gente que pudiera reportarnos a la Seguridad del Estado. Sergio llegó nervioso, con una manera de hablar que sugería que lo que iba a decirme le pesaba considerablemente.

—Agustín, vos siempre fuiste un hombre de principios —comenzó diciendo, de una manera que hizo que supiera que lo que venía después iba a ser difícil de escuchar—. Incluso cuando todos sabíamos que vos no eras completamente revolucionario, que en el fondo vos tenías dudas, vos siempre actuaste con decencia. Por eso quería hablar con vos, porque necesito que alguien que conozco entienda por qué estoy haciendo lo que estoy haciendo.

—¿Qué estás haciendo, Sergio? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Estoy tomando lo que me corresponde —respondió Sergio, y había una dureza en su voz que no había estado allí años atrás cuando lo operé de una úlcera estomacal—. Estoy asegurando que después de once años de estar en la montaña comiendo plátano y durmiendo en el lodo, después de sacrificar mi juventud, mis oportunidades, mi cuerpo a la Revolución, estoy asegurando que cuando todo se acabe voy a tener algo. Voy a tener una casa. Voy a tener una tierra. Voy a tener un negocio que pueda dejarle a mis hijos porque la Revolución no duró, Agustín. No duró, y vos lo sabés.

—Lo que me estás diciendo es que estás robando —respondí—. Es robo institucional, con papeles del Estado, pero es robo.

—Es redistribución —dijo Sergio, usando el lenguaje eufemístico que todos habían comenzado a usar para describir el saqueo—. Es que los revolucionarios que sacrificamos todo no podemos quedarnos con nada. Eso sería injusto.

—¿Sabes qué es lo que realmente es injusto? —pregunté, sintiendo la rabia siendo comprimida en mi pecho de una manera que apenas podía controlar—. Que la gente que fue pobre bajo Somoza sigue siendo pobre bajo la Revolución. Que el campesino que no tenía tierra bajo Somoza sigue sin tierra bajo la Revolución, solo que ahora la tierra es de los comandantes revolucionarios en lugar de los oligarcas somocistas. Es exactamente lo mismo, Sergio. Es el nombre lo único que cambió.

Sergio puso su mano sobre la mesa, con una expresión que era mitad disculpa, mitad indiferencia.

—Quizás tenés razón, Agustín —dijo—. Quizás esto es exactamente lo mismo. Pero esa es la mala noticia para la gente pobre de Nicaragua…porque siempre ha debido saber que la naturaleza del poder no cambia, porque lo que cambia es quién lo detenta…y para esta ronda, me toca a mí detentarlo.

Cuando salí del restaurante esa noche, caminé solo por las calles de Managua, pasando por barrios que una vez fueron el centro de la resistencia revolucionaria, donde la gente había construido barricadas, donde había celebrado la caída de Somoza, y ahora estaban siendo saqueados sistemáticamente por los mismos revolucionarios que habían prometido transformarlos. Pasé por la Plaza de la Revolución, donde hacía once años había llorado de alegría porque creía que algo fundamental había cambiado.

Estaba claro ahora que nada había cambiado realmente. Solo los uniformes de los que robaban. Solo los nombres en los títulos de propiedad. Solo el lenguaje usado para justificar la injusticia.

En las últimas semanas antes de que Violeta Chamorro asumiera la presidencia en julio de 1990, los revolucionarios intensificaban la transferencia de bienes. Fue una carrera contra reloj para ver cuánta riqueza podían convertir en propiedad privada antes de perder el acceso a la máquina estatal. Se transfirieron vehículos militares. Se privatizaron empresas estatales. Se dividieron fincas confiscadas entre familiares de comandantes.

—¿Ya supiste lo que están haciendo en la CORNAP? —me preguntó en voz baja un ex contador del Ministerio de Desarrollo Agropecuario mientras nos tomábamos un café amargo en un tramo del Mercado Oriental—. Firmaron los títulos de las mejores fincas ganaderas de Chontales a nombre de cuadros del partido. Lotes enteros, camionetas Toyota nuevas del Estado y casas en Reparto Las Colinas, todo regalado antes de entregar el gobierno.

—Es una repartición descarada —le respondí, mirando las camionetas sin placas que pasaban cargadas de enseres por la avenida principal—. Aprueban las Leyes 85 y 86 en la Asamblea Nacional para blindarse legalmente y decir que están «protegiendo la vivienda del pueblo», pero las mejores residencias confiscadas a la somocista se las están adjudicando ellos mismos.

Lo que fue particularmente cínico fue que mientras esto sucedía, los mismos revolucionarios seguían hablando de la Revolución, seguían usando el lenguaje de la justicia social, seguían presentándose como guardianes de los ideales revolucionarios. Daniel Ortega desapareció prácticamente de la vista pública durante esos meses. Luego reapareció, más delgado, más silencioso, pero claramente no derrotado emocionalmente de la manera que uno habría esperado que lo fuera alguien que acababa de perder una elección que había prometido ganaría.

—*«Gobernaremos desde abajo»*, fue lo que gritó Daniel frente a la militancia en la plaza el 26 de febrero, apenas supo los resultados de las urnas —recordó un colega médico en el pasillo del hospital, ajustándose el gabán—. Todos pensábamos que admitir la victoria de la UNO con el cincuenta y cinco por ciento de los votos lo iba a hundir, pero miralo vos ahora.

—No está hundido porque no se va con las manos vacías —le contesté con amargura—. Entre la huelga general que están armando los sindicatos del FSLN para frenar al nuevo gabinete y el control que retienen sobre el Ejército y la Policía con Humberto Ortega al mando, se aseguraron de que doña Violeta no pueda mover un dedo sin su permiso.

Fue entonces cuando comprendí algo que me tomaría décadas entender completamente: que Daniel Ortega no había perdido nada. Había ganado dinero, propiedades, seguridad económica para su familia. Lo que había perdido era la capacidad de usar el lenguaje de la revolución para ocultar su verdadera naturaleza, que era la de un caudillo que buscaba poder personal, que estaba dispuesto a sacrificar cualquier principio, a traicionar cualquier promesa, con tal de mantener control sobre algo, de mantener relevancia política.

La Piñata fue la revelación de la verdadera naturaleza de la Revolución Sandinista. No fue que algunos comandantes se volvieran corruptos. Fue que el sistema desde el inicio estaba diseñado para que aquellos que tenían acceso al poder pudieran convertir ese acceso en riqueza personal. La Revolución nunca fue sobre transformar la estructura de poder. Fue sobre quién ocuparía el centro de esa estructura.

—Les llamaron «decretos de transición», pero en la calle todo el mundo le dice la *Piñata* —comentó un vecino en la fila del banco mientras intentaba cambiar unos córdobas hiper inflacionados—. Millones de dólares del erario público evaporados en tres meses. Casas, empresas confiscadas, terrenos de la reforma agraria... reventaron la piñata y los confites cayeron solo en las bolsas de la dirigencia.

—Y a nosotros nos dejan una deuda externa de más de doce mil millones de dólares y un país en la quiebra —le respondí apretando los documentos en el maletín—. La revolución de los pobres terminó creando una nueva clase de millonarios.

Cuando Violeta Chamorro asumió la presidencia el dieciocho de julio de mil novecientos noventa, en una ceremonia en la Plaza de la Revolución donde ahora no había multitudes celebrando sino simplemente transiciones administrativas, yo tenía treinta y ocho años y estaba completamente desencantado de la política nicaragüense. Lo que me quedaba claro era que en Nicaragua no había ganadores reales, solo perdedores que se turnaban en el poder, saqueando lo que podían antes de ceder el turno al siguiente grupo de ladrones que usaría un lenguaje distinto pero que buscaría exactamente lo mismo: riqueza, poder, control.

Nicaragua, en ese momento de julio de 1990, se enfrentaba a un futuro que era indistinguible de su pasado.

CAPÍTULO 6

El Espejismo de la Transición

Managua, Nicaragua. 1991-1998.

Al inicio de la nueva administración de Violeta Barrios de Chamorro, en aquellos primeros días de mayo de 1990, se respiraba una ilusión casi palpable de libertad. Sin embargo, esa esperanza duró exactamente tres semanas. Fue el tiempo suficiente para comprender que la transición democrática era un proceso drásticamente más limitado de lo que yo había imaginado, atado y controlado por fuerzas que el gobierno civil apenas podía contener.

El desencadenante ocurrió cuando el gobierno intentó ajustar ligeramente las tarifas del transporte público. Era una medida dolorosa pero urgente para intentar sanear un presupuesto estatal colapsado tras once años de economía de guerra, hiperinflación y gastos militares acumulados durante el conflicto con la Contra. La respuesta de la Central Sandinista de Trabajadores (CST) y la Asociación de Trabajadores del Campo no se hizo esperar: llamaron a una huelga general de transportistas.

En cuestión de veinticuatro horas, Managua quedó completamente paralizada. La escena traía un eco amargo del pasado, recordando los paros patronales y bloqueos de la época de Somoza; solo que esta vez la ciudad no la paralizaban las fuerzas represivas de la Guardia Nacional, sino los propios trabajadores revolucionarios que utilizaban los derechos laborales consolidados en los años ochenta como un arma política pura.

No circulaba un solo autobús de la ENABUS, no había taxis, no había forma de trasladarse.

—Hermano, ni lo intentes —me dijo un vecino al asomarme a la calle, viendo el asfalto desierto bajo el sofocante calor capitalino—. Los del sindicato pusieron barricadas cerca de Rubenia. Dicen que si algún “rutero” sale a trabajar, le quiebran los vidrios.

—¿Y la policía no está haciendo nada? —pregunté, observando la ausencia total de patrullas.

—¿La policía? Acuérdate de la “piñata” y de la ley de transición. René Vivas sigue al mando de la Policía Nacional y Humberto Ortega sigue en el Ejército. Ellos no van a mover un dedo contra sus propios cuadros.

La realidad era demoledora. La gente permanecía varada en sus casas sin poder llegar a sus empleos; los hospitales funcionaban a marchas forzadas con personal mínimo y de urgencias, mientras las farmacias mantenían las cortinas metálicas abajo. El Mercado Oriental y el Mercado de Abastos permanecieron desiertos. Caminar por las avenidas desiertas de Managua permitía constatar cómo, con una sola orden del Frente Sandinista desde la oposición —ejecutando al pie de la letra la consigna de Daniel Ortega de "gobernar desde abajo"—, se podía detener en seco el corazón del país. Se paralizaba la economía y se ponía en evidencia que, aunque Doña Violeta ocupaba nominalmente la presidencia en la Casa de las Garzas, el poder real sobre las estructuras operativas no estaba en sus manos.

Al segundo día de paro, ahogado por la presión y buscando evitar una escalada de violencia en las calles, el gabinete de gobierno tuvo que sentarse a negociar con los líderes sindicales. La administración cedió y aceptó mantener los precios antiguos del pasaje, lo que significaba seguir subsidiando pérdidas multimillonarias que las arcas de un Estado quebrado no podían costear de ninguna manera.

—Tuvimos que firmar —comentó con resignación un funcionario al salir de la negociación, con el rostro desencajado—. Si no cedíamos en las tarifas, amenazaron con tomarse los ministerios y cortar la electricidad.

Los revolucionarios habían demostrado públicamente y sin ambigüedad que, aunque habían perdido las elecciones de febrero, retenían un poder absoluto de veto sobre cualquier decisión estratégica que amenazara sus intereses políticos o económicos. Evidenciaban con sus acciones que no necesitaban dar un golpe de Estado militar ni derrocar al Ejecutivo; les bastaba con congelar la capital cada vez que el gobierno intentara aplicar reformas que no fueran de su agrado.

Fue en ese preciso momento, al ver la rendición del gobierno tras apenas cuarenta y ocho horas de huelga, cuando comprendí la dura verdad: la transición democrática era un espejismo que se desvanecería por completo en el instante en que el nuevo gobierno intentara desafiar seriamente las estructuras de poder revolucionario consolidadas durante más de una década.

En octubre de ese año, fui a la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua para enseñar medicina de emergencia dos veces a la semana, para lo cual tuve que obtener permiso oficial después de negociaciones burocráticas que duraron meses. Era un trabajo modesto que me permitía volver a interactuar con estudiantes jóvenes que aún no habían sido completamente moldeados por la represión política sistémica, que aún pensaban ingenua pero noblemente que su generación podría hacer la diferencia en el país, que podría transformar lo que la mía no había logrado.

Yo creía que enseñar medicina a una nueva generación era una forma de contribuir algo valioso a Nicaragua, de pasar conocimiento médico a gente que podría usarlo para sanar. Cuando llegué al campus una mañana gris de octubre, con mis libros de medicina de emergencia bajo el brazo y atravesando los pasillos entre murales revolucionarios desgastados por el tiempo, encontré un aviso fijado en las paredes que decía simplemente que todas las actividades académicas estaban suspendidas indefinidamente por orden de los sindicatos universitarios.

—¿Otra vez paro, profesor? —me dijo un muchacho de primer año que pasaba a mi lado, ajustándose el bulto en el hombro con desilusión—. Dicen que de arriba dieron la orden de cerrar la entrada principal.

—¿Sabes qué pasó? —le pregunté.

—Los del Centro Universitario y la Federación Nacional de Estudiantes de Entrenamiento y Secundaria andan diciendo que el gobierno nos quiere quitar la universidad, doctor. Ya ni clases nos quieren dejar que recibamos.

Bajé a la oficina del rector, un hombre llamado Ernesto Agüero de cincuenta y ocho años que había sido comandante en las montañas durante la guerra revolucionaria de los años setenta y ochenta y que ahora se desempeñaba como administrador académico del Estado en la Universidad Autónoma, que había sido rebautizada como "Universidad de la Revolución" años atrás, aunque la gente seguía usando su nombre antiguo. Ernesto estaba fumando un puro lentamente y mirando por la ventana hacia el patio de la universidad, donde estudiantes revolucionarios y sindicalistas alineados con el sandinismo estaban distribuyendo panfletos rojos escritos con exigencias que cambiaban cada día según las decisiones de la dirección sindical. La universidad estaba siendo usada como base de poder político revolucionario, no como institución académica.

—Los sindicatos han decretado huelga indefinida en todas las universidades del país —dijo Ernesto sin girar completamente hacia mí, manteniendo la vista en el patio mientras el humo del puro se disipaba en el aire estancado de la oficina—. Dicen que el gobierno intenta privatizar la educación superior, que eso es un crimen contra la revolución y contra la memoria de los compañeros caídos en la guerra.

—Pero el gobierno no ha presentado ningún proyecto de privatización formal —respondí, sintiendo la frustración subiéndome por la garganta de una manera que apenas podía controlar—. Ni siquiera ha anunciado planes concretos. ¿Qué exactamente están protestando? ¿Cuál es la demanda específica que los sindicatos están presentando?

Ernesto finalmente giró hacia mí con esa expresión exhausta de quien ha tenido que administrar situaciones que lo exceden completamente, que ha pasado de ser comandante en una estructura militar a ser gestor de una institución civil sin realmente comprender la transición.

—Nada específico, Agustín —respondió, y había una tristeza genuina en su voz —. Es presión política pura, estratégica. Quieren que el gobierno negocie con ellos sobre lo que sea, que acepte automáticamente sus demandas salariales sin cuestión alguna, que los consulte antes de tomar cualquier decisión administrativa o académica. Es chantaje legalizado a través de derechos laborales. Pero funciona perfectamente porque el gobierno civil no tiene la fuerza militar para resistir, y ellos lo saben exactamente.

Y tenía completamente la razón. Ernesto sabía perfectamente que aunque Violeta Chamorro era presidenta constitucional, no controlaba absolutamente nada que importara realmente. La huelga duró dos semanas, el gobierno negoció aumentos salariales respaldados por las exigencias del 6% constitucional que el presupuesto nacional no podía absorber, y la universidad permaneció cerrada durante un mes completo.

Los estudiantes perdieron semanas valiosas de educación y cuando finalmente reabrieron las puertas, simplemente me dijeron de manera burocrática que mi posición de profesor invitado había sido cancelada indefinidamente sin que hubiera una explicación formal ni justificación aparente. Mi posición solo

desapareció, como si nunca hubiera existido, como si los meses que enseñé no hubieran dejado ningún rastro en los registros de la institución.

Durante esos años de supuesta transición que se suponía serían años de reconstrucción democrática y de justicia transicional, yo mantuve una clínica pequeña en el barrio de los Bancos donde atendía a gente que no podía pagar hospitales privados de verdad pero que tampoco confiaba en los hospitales públicos donde los revolucionarios seguían ejerciendo un control absoluto sobre cuáles pacientes recibían cuáles medicinas, sobre qué tratamientos eran permitidos y cuáles eran negados por criterios políticos.

Una tarde de mil novecientos noventa y cuatro, cuando estaba atendiendo a una mujer llamada Marta que tenía síntomas severos de diabetes descontrolada y que había llegado a mi clínica porque el hospital público de referencia le había negado insulina de manera sistemática, ella me hizo una pregunta que revelaba brutalmente el verdadero estado de Nicaragua después de cuatro años de democracia supuesta.

—Doctor, yo quería preguntarle sinceramente —dijo Marta, una campesina de cincuenta y dos años que trabajaba haciendo limpieza en casas de gente rica para poder alimentar a sus hijos y pagar deudas médicas—, ¿es verdad que el Comandante Tomás Borge sigue siendo completamente libre? ¿Que nunca va a ser juzgado por las torturas que ordenó, por los desaparecidos que él personalmente autorizó en El Chipote?

Recuerdo que me quedé en silencio un momento, escuchando el lejano ruido del tráfico de la capital y pensando cómo responder una pregunta que era fundamentalmente honesta, que venía de alguien que había vivido bajo represión durante once años y que ahora tenía esperanza de que al menos habría justicia en la transición.

—Sí, Marta, es completamente verdad —respondí, ajustando la tensión en mi escritorio y sin ver sentido alguno en mentirle, en ofrecerle falsas esperanzas —. El poder judicial sigue siendo fundamentalmente controlado por revolucionarios. No van a juzgarse a sí mismos. No van a sentenciar a sus propios compañeros de guerra.

—Entonces ¿para qué sirvió que ganara la Unión Nacional de Oposición en las elecciones? —preguntó Marta, y su voz contenía una mezcla de desesperación y rabia que era común en esos días entre la gente que había esperado que algo fundamental cambiara—. Mi hijo se fue para Costa Rica el año pasado porque dijo que aquí no hay justicia, solo cambio de disfraz. Los mismos que torturaban siguen libres. Los mismos que robaban en la “piñata” siguen viviendo en sus casas nuevas. ¿Qué cambió entonces?

No supe qué responder porque Marta tenía razón absoluta en cada palabra que pronunciaba. La elección de mil novecientos noventa había sido simplemente un cambio completamente cosmético, superficial, no un cambio de sustancia real en la estructura del poder.

En ese mismo año tuve una conversación profunda y deprimente con Roberto, un colega que trabajaba en una posición administrativa en el Ministerio de

Salud. Roberto estaba visiblemente agotado, consumido por ese cansancio profundo que produce meses de negociaciones fallidas y conflictos sin posible resolución. Nos sentamos en un rincón de mi clínica después de que los pacientes se habían ido, cuando la tarde estaba oscureciéndose hacia la noche.

—Agustín, vos no entendés realmente lo que es estar en ese ministerio día tras día —me dijo mientras tomábamos café amargo en un rincón de la clínica—. Cada mañana cuando llego al ministerio no sé si voy a poder tomar una decisión sobre absolutamente nada sin que aparezca una huelga inesperada. Los sindicatos sandinistas tienen una lista de exigencias que cambia cada semana según sus necesidades políticas inmediatas. Si no negocias con ellos sobre medicinas, sobre horarios de trabajo, sobre salarios, sobre absolutamente todo lo que puedas imaginar, los trabajadores del hospital se van a huelga general. Cierran servicios enteros. Las emergencias no se atienden. Si negocias, entonces el presupuesto se desmorona completamente porque estamos pagando salarios cada vez más altos a gente que trabaja cada vez menos.

—¿Por qué el gobierno no simplemente los despide? —pregunté, aunque ya sabía fundamentalmente cuál sería la respuesta—. Tiene derecho legal a reemplazar empleados que sabotean servicios públicos básicos, que paralizan instituciones médicas.

—Porque si lo hace, se arma una confrontación política y potencialmente militar que el gobierno no puede ganar de ninguna manera posible —respondió Roberto, mirando hacia la ventana de la clínica con la mirada de alguien que ha perdido completamente la esperanza—. Humberto Ortega sigue siendo comandante en jefe del ejército. El momento en que el gobierno intente confrontar directamente a los revolucionarios, Humberto puede simplemente negarse a obedecer órdenes, dice que sus militares no están subordinados al gobierno civil sino que responden a la seguridad nacional que él define personalmente. De hecho, ya lo ha hecho varias veces cuando el gobierno ha intentado tomar decisiones que los revolucionarios consideran amenazantes para su poder.

Y sucedió exactamente lo que Roberto temía y predecía. El ministro de Defensa del gobierno democrático, un civil que intentaba restaurar autoridad civil sobre el ejército, intentó reasignar a un oficial revolucionario de alto rango que había estado implicado en casos de corrupción flagrante y de abuso de poder. Humberto Ortega simplemente rechazó la orden. Dijo que sus oficiales no se movían, que ese oficial se quedaba adonde estaba, y que él retendría el mando sobre el ejército sin interferencia del gobierno civil.

El gobierno democrático no hizo absolutamente nada. Fue un momento completamente revelador donde quedó claro para todos que Violeta Chamorro no gobernaba realmente, solo administraba dentro de sus límites, lo que otros habían establecido y que ella no podía traspasar sin arriesgar su propia permanencia en el cargo.

Fue durante esos mismos meses cuando tuve una conversación con mi hija Elena que me marcó profundamente porque venía de alguien a quien amaba genuinamente. Elena tenía diecinueve años, estaba estudiando sociología en la Universidad Autónoma, y un día sin aviso previo me preguntó algo que no supe cómo responder de forma completamente honesta. Estábamos solos en el apartamento, ella había venido después de clases porque había peleas entre estudiantes revolucionarios y otros estudiantes en el campus, y parecía necesitar un espacio seguro donde poder hablar sin ser escuchada.

—Papá, ¿por qué sos tan pesimista todo el tiempo? —preguntó Elena, sentada en la sala de mi apartamento en los Bancos, mirándome con esa mezcla de frustración y preocupación que tienen los jóvenes cuando sus padres se rehúsan a creer que el cambio es posible—. ¿Por qué no crees que las cosas pueden cambiar verdaderamente en Nicaragua? ¿Por qué crees que estamos condenados a repetir los mismos ciclos de abuso y poder?

—Elena, yo creo que las cosas pueden cambiar —respondí cuidadosamente, intentando ser honesto sin destruir completamente su esperanza—. Pero he visto demasiadas cosas en cuarenta y cinco años de vida. He visto revolucionarios que prometían justicia y libertad convertirse en corruptos y asesinos. He visto gobiernos democráticos que prometen cambio real, pero que terminan siendo completamente débiles y controlados por gente que nunca perdió realmente el poder político. He visto la naturaleza humana del poder, Elena, y es la misma en cualquier sistema político. Tal vez cambia el uniforme, los nombres, pero no cambia el lema, porque la estructura profunda permanece igual.

—Eso es exactamente lo que me molesta de tu generación —respondió Elena, levantando la voz, y había dureza genuina en su voz, dureza que venía de la frustración de ver a su padre y sus compañeros de generación renunciar antes de realmente intentar—. Vos te rendiste. Todos ustedes se rindieron. Fracasaron completamente en hacer una verdadera revolución, fracasaron en hacer que la democracia fuera realmente democrática. Y ahora nosotros heredamos un país que no cambió de verdad, que está todavía en manos de los mismos que supuestamente habían sido derrotados en 1990. Heredamos los fracasos de ustedes, papá.

Recuerdo que me quedé en silencio, mirando a mi hija, viendo en su rostro la energía y la esperanza que yo había tenido a su edad, que todos habíamos tenido en 1979 cuando llorábamos en la Plaza de la Revolución.

—Así que por favor, dejá que nosotros intentemos —continuó Elena—. Dejá de recordarme constantemente que probablemente vamos a fallar como ustedes fallaron. No me des tus limitaciones. Dejame tener la oportunidad de descubrir por mí misma cuáles son los límites reales.

No respondí porque sabía que Elena, cuando fuera mayor, cuando tuviera mi edad, comprendería perfectamente las limitaciones estructurales profundas que hacían imposible transformar Nicaragua, porque aprendería que el poder no cedía voluntariamente, que la gente ya instalada en el poder encontraba

siempre maneras de retenerlo. Pero en ese momento específico ella necesitaba creer que algo era posible, que su generación podría hacer lo que la mía no había logrado. Yo ya no podía darle esa fe porque simplemente no la tenía, había sido consumida por años de ver decepciones sucesivas.

Cuando Arnoldo Alemán ganó las elecciones presidenciales en mil novecientos noventa y seis con promesas extravagantes de eficiencia administrativa, de mano firme contra los sindicalistas, y de combate frontal a la corrupción revolucionaria que había devastado el erario público, yo tenía cuarenta y cuatro años y sabía con certeza matemática que nada fundamental importante iba a cambiar.

Alemán gobernaría dentro exactamente de los mismos límites que había gobernado Violeta Chamorro, los mismos límites que definen la verdadera medida del poder civil en Nicaragua cuando el poder militar sigue siendo ejercido por revolucionarios que no respondían a autoridades civiles. Los revolucionarios continuarían controlando el ejército —rebautizado ahora como Ejército de Nicaragua tras la salida de Humberto Ortega— y la policía en forma total, como lo harían durante décadas.

Las huelgas del Frente Sandinista y sus centrales sindicales continuarían paralizando los servicios de salud, la educación, el transporte y todo lo que permitía que una economía pudiese progresar, cuando el gobierno intentara tomar decisiones realmente independientes que afectaran sus intereses económicos o su control institucional.

—Vas a ver que ahora sí con el “Gordo” las cosas van a cambiar —me dijo un conocido liberal en un café del centro de Managua, entusiasmado tras el triunfo electoral contra Daniel Ortega—. Alemán no es doña Violeta; este sí tiene los pantalones bien puestos para poner en su lugar a los sindicatos y ordenar la casa.

—Te estás engañando —le respondí, acomodando mis lentes y mirando la portada del periódico que anunciaba la victoria del Partido Liberal Constitucionalista (PLC)—. Alemán puede gritar lo que quiera en las plazas, pero el control operativo de las calles, de los juzgados y de las armas sigue en las mismas manos. Va a hacer exactamente lo mismo para poder gobernar.

Lo particularmente irónico y cínico era que Alemán, quien había hecho campaña agresivamente contra los revolucionarios durante meses, prometiendo efectividad administrativa y justicia contra la corrupción sandinista, simplemente comenzó a negociar con ellos en la sombra apenas tomó posesión del cargo presidencial en enero de mil novecientos noventa y siete. Empezó a hacer acuerdos tranquilos y fuera de la vista pública mediática —tejiendo los hilos de lo que más tarde todos llamarían "El Pacto"—, a permitir que continuaran robando bienes del Estado acumulados desde la “piñata” y ejercieran control administrativo sobre ministerios estratégicos con tal de que no lo removieran del poder mediante una huelga general o un pronunciamiento militar coordinado.

—Hay que darles lo que piden en las negociaciones de las comisiones —murmuraba con pragmatismo amargo un diputado en los pasillos de la Asamblea Nacional—. Si no se les garantiza su cuota de poder en las instituciones y sus negocios, nos queman la capital en tres días.

Era una continuación de lo que Violeta había hecho, solo que con un hombre que parecía estar mucho más cómodo con la corrupción, que parecía aceptarla como el costo normal y esperado de gobernar un país donde el poder verdadero seguía siendo ejercido por revolucionarios que nunca aceptaron verdaderamente haber perdido.

En mil novecientos noventa y ocho, cuando Daniel Ortega reapareció públicamente con mayor fuerza después de años de relativa invisibilidad, cuando comenzó a reorganizar cuidadosamente el poder sandinista que había sido debilitado estratégicamente por la derrota electoral de mil novecientos noventa, cuando inició lo que luego resultaría ser un nuevo y lento ascenso al poder absoluto usando métodos completamente distintos a los de la década anterior, yo tenía cuarenta y seis años y estaba completamente desencantado de la política nicaragüense.

Veía el patrón con claridad meridiana: Daniel había aprendido la lección crucial que Violeta nunca comprendió, porque él no necesitaba ganar elecciones si retenía el control institucional, ni necesitaba ser presidente si podía ser gobernante en la sombra, controlando todo verdaderamente mientras dejaba que otros asumieran la responsabilidad administrativa de las decisiones impopulares.

—Mire, doctor —me dijo un día en la clínica un antiguo militante que había colgado las botas tras los acuerdos de paz y ahora comerciaba en el Mercado Oriental—, Daniel no tiene prisa. Deja que el “Gordo” Alemán se desgaste con las denuncias de Contraloría y que la gente se harte de la corrupción liberal. Mientras tanto, nosotros tenemos a los jueces, a los magistrados del Consejo Supremo Electoral y la calle asegurada. El poder verdadero no se entrega en una banda presidencial.

—Lo que están haciendo es sellar un pacto de impunidad mutua —le contesté mientras le tomaba la presión arterial—. Alemán quiere impunidad para sus negocios y Daniel quiere el control de las instituciones para asegurar su regreso. Al final, el país queda atrapado en el medio.

Nicaragua estaba congelada en un ciclo vicioso que no podía romper, que no quería romper, porque ambas fuerzas políticas habían llegado a un entendimiento tácito de que el poder no iba a cambiar de manos realmente. No podía volver al somocismo porque la gente no lo aceptaría nunca, rechazaría categóricamente cualquier retorno a eso. Pero tampoco podía avanzar hacia una democracia real y funcional porque la elite revolucionaria, aunque había perdido las elecciones de mil novecientos noventa en una competencia electoral, nunca perdió realmente el poder institucional profundo y no permitiría que fuera transferido verdaderamente a civiles sin su aprobación explícita.

El país estaba atrapado en un limbo político perpetuo donde los gobiernos cambiaban cada cierto tiempo pero el poder permanecía igual, en manos de las mismas personas que lo habían ejercido desde 1979...y yo seguía curando a gente enferma en mi pequeña clínica en el barrio de los Bancos, seguía viendo pacientes que seguían siendo pobres a pesar de veinticinco años de cambios políticos que supuestamente iban a transformar fundacionalmente Nicaragua.

Podía seguir operando, pero lo hacía en la penumbra de un sistema donde nada fundamental había cambiado desde 1977, donde solo habían cambiado los nombres en los títulos, donde habían cambiado quiénes robaban pero el robo continuaba sin interrupción, donde la estructura de explotación económica permanecía intacta e inalterada como las piedras antiguas de la Laguna de Tiscapa.

Me quedaba claro que en Nicaragua no había ganadores reales, solo perdedores que se turnaban en el poder, saqueando lo que podían antes de ceder el turno al siguiente grupo que usaría un lenguaje distinto pero que buscaría exactamente lo mismo: riqueza, poder y control.

CAPÍTULO 7

El Pacto del Infierno

Managua, Nicaragua. 1999-2006.

En mil novecientos noventa y nueve, cuando entré a la clínica una mañana de finales de enero, uno de mis pacientes más antiguos —un ex comandante de la Contra llamado Julio que paradójicamente seguía siendo mi amigo después de toda una vida de conflictos—, me esperaba en la sala de espera con una carpeta marrón bajo el brazo y una expresión de alarma contenida.

—Agustín, necesito que veás esto —dijo Julio sin preámbulos, su voz bajita pero urgente—. Un amigo abogado me pasó la reforma electoral que van a presentar en la Asamblea. Leélo vos mismo.

Abrí la carpeta. Era un borrador de reforma a la Ley Electoral que proponía cambios específicos. Lo que leí me heló la sangre.

—¿Esto es real? —pregunté.

—Tan real como que respiro —respondió Julio—. Mañana o pasado lo presentan. Es un acuerdo entre Daniel Ortega y el gordo Alemán. Los dos partidos votarán juntos. Va a pasar seguro.

Lo que el documento proponía era técnicamente sofisticado en su destrucción democrática. El cambio más crucial: eliminaba la segunda vuelta electoral que había existido desde 1990. Eso solo era explosivo porque significaba que alguien podía ganar la presidencia con treinta y cinco o treinta y ocho por ciento de votos si el voto de oposición se fragmentaba entre múltiples candidatos. Segundo cambio: reducía del cincuenta y uno por ciento al cuarenta por ciento el requisito de votos para ganar en primera vuelta. Tercero: establecía que un partido político necesitaba mantener al menos el tres por ciento de votos en elecciones anteriores para mantener su registro legal y

poder participar nuevamente. Cuarto: aumentaba los requisitos para que nuevos partidos se registraran electoralmente, exigiendo dos por ciento de afiliación del padrón electoral, que era un número imposiblemente alto.

—¿Ves lo que esto significa? —me explicó Julio, que había trabajado con abogados electorales—. Con la segunda vuelta eliminada, Ortega puede ganar con treinta y cinco o treinta y ocho por ciento si el voto de oposición se divide. Con el tres por ciento para mantener registro, cualquier movimiento ciudadano que no logre ese porcentaje desaparece legalmente. Y si alguien logra armar un movimiento nuevo, le exigen requisitos imposibles: treinta mil afiliados documentados, presencia en todos los departamentos. Es legislación hecha exactamente para que solo FSLN y PLC puedan competir.

En febrero de 1999, la Asamblea Nacional aprobó la reforma electoral con votos combinados de sandinistas y liberales. Fue la primera demostración pública del Pacto: ambos partidos votaron juntos para cambiar las reglas electorales de una manera que beneficiaba a ambos simultáneamente.

Semanas después, vino a la clínica Roberto, el colega del Ministerio de Salud que había dejado el cargo. Roberto se veía envejecido, cansado de una manera que no era solo física.

—¿Vos entendés lo que acaba de pasar con la Policía? —me preguntó mientras le tomaba la presión.

—¿Qué pasó con la Policía? —pregunté, aunque empezaba a ver el patrón.

—La reorganizaron completamente según el Pacto. Nominalmente, todavía responde al Ministerio de Gobernación, que es liberal y está bajo un funcionario de Alemán. Pero el comandante en jefe de la Policía es un oficial que fue entrenado militarmente por el Ejército Popular Sandinista y que sigue bajo control directo de Humberto Ortega. Entonces la Policía —que constitucionalmente debería ser una institución civil— está en realidad operando bajo supervisión militar revolucionaria en la práctica.

—¿Y el gobierno de Alemán simplemente permitió eso? —pregunté, sorprendido del descaro del acuerdo.

—No solo permitió —respondió Roberto con cansancio—. Lo negoció directamente. Es parte del acuerdo central del Pacto. Alemán no quería que la Policía fuera completamente revolucionaria, lo que lo dejaría sin control sobre la seguridad. Ni quería que fuera completamente liberal, porque eso habría amenazado los intereses de seguridad de Daniel. La solución fue que pareciera liberal en la estructura orgánica y administrativa, pero que operara bajo supervisión revolucionaria en la práctica operativa. El comandante de la Policía recibe órdenes de arriba que no son públicas y el Ejército supervisa las operaciones policiales. Eso lo convierte en un pacto funcionando en lo concreto, porque cada institución está dividida entre los dos partidos, pero dividida de manera que se controlan mutuamente, de manera que ninguno de ellos puede tomar decisiones importantes sin consultar al otro.

—Es como si repartieran una empresa —dije.

—Exacto. Es exactamente eso. Están repartiendo el Estado como si fuera una empresa en quiebra que ambos heredaron.

También en el año dos mil, en cambios menos publicitados que las reformas electorales presidenciales, la Asamblea Nacional aprobó cambios a la estructura de diputados y a cómo se calculaban las circunscripciones electorales. Me enteré cuando fui a comer con unos amigos al Rincón de Don Alfonso, ubicado a escasas cuadras del Hospital Bautista (en el sector de la Calle Quince de Septiembre / Campo Bruce) y que lleva más de 40 años sirviendo comida típica nicaragüense, manteniendo su ambiente tradicional de la vieja Managua. Ahí me encontré con un viejo conocido que nos contó:

—Aumentaron el número de diputados, pero de una manera que favorece a ambos partidos simultáneamente —

Nos explicó mientras dábamos cuenta de unos buenos guisados de Indio Viejo, que es un guisado de carne de res desmenuzada preparado con masa de maíz, chiltoma, cebolla, ajo y tomate, siendo sazonado con un toque ácido de hierbabuena y naranja agria, y que en ese lugar lo sirven al estilo tradicional en cazuelas de barro, acompañado de plátano frito y cuajada.

—Las circunscripciones fueron rediseñadas usando datos del censo de 1995 en lugar de usar datos actuales. Eso significa que hay circunscripciones que crecieron en población pero que siguen teniendo el mismo número de diputados por ser liberales y otras que son sandinistas que crecieron y aumentaron sus diputados. Pero las circunscripciones donde existieron movimientos ciudadanos hasta quieren reducir el número de diputados.

—¿Eso es intencional?

—Totalmente intencional. Es que cuando dividís una circunscripción electoral con números viejos, las minorías políticas no pueden ganar. Si Managua creció pero tiene el mismo número de diputados, entonces cada diputado representa a más gente. Para ganar un diputado en Managua con estos números, necesitás más votos que en una circunscripción rural que no creció. Es matemática política o como les llaman ellos, geometría de poder, y si sumamos el hecho de que desde 1999 los nuevos partidos necesitan demostrar afiliación de al menos dos por ciento del padrón electoral, que es un número imposiblemente alto para cualquier movimiento ciudadano, ellos siempre tendrán la sartén por el mango.

—Es para bloquear a Montealegre —dijo un abogado joven que nos acompañaba en la comida—. Hay un grupo de profesionales, empresarios, intelectuales que quieren armar un movimiento ciudadano. Pero con estos requisitos, no pueden ni registrarse como partido. Y si no son partido, no pueden presentar candidato presidencial. Es Pacto puro.

En el año dos mil, la Asamblea Nacional aprobó otro cambio legal: eliminó la posibilidad de reelección presidencial consecutiva. Solo que la reforma incluía una cláusula transitoria que permitía que Ortega —quien ya había sido presidente— pudiera volver a serlo, mientras que otros expresidentes no podían. Era legislación escrita específicamente para una persona.

—Es como si escribieran una ley que dijera: "está prohibido que cualquiera sea presidente dos veces, excepto Daniel" —explicó un comensal de junto que escuchaba la conversación y que hablaba con amargura—. Y los liberales apoyaron esa ley porque a cambio Alemán votó por algo que los beneficiaba. Es pura negociación prostituida de la ley, pero es negociación basada en el Pacto, que funciona porque ambos lados están sacando algo.

La situación no podía verse peor para el pueblo de Nicaragua.

A principios del año dos mil uno, tuve una conversación reveladora con Ernesto Agüero, quien seguía como rector de la universidad.

—¿Vos sabés lo que está pasando con la Corte Suprema Electoral? —preguntó.

—¿Qué está pasando? —

—Que es el control más ingenioso del Pacto. La Corte tiene cinco magistrados. Dos son sandinistas, dos son liberales, uno es "independiente" pero que vota siempre con quien sea conveniente. Entonces cualquier decisión sobre interpretación de leyes electorales se toma por negociación entre ambos partidos. No es justicia electoral, es política electoral sin disfraz. Y cuando hay un conflicto entre los dos, el voto del "independiente" se vende al mejor postor.

A mediados de dos mil uno, un periodista investigativo llamado Ramón, publicó que había estado documentando los cambios legales del Pacto. Ramón decía en su artículo que contaba lo que seguía, con el rostro pálido, y con verdadero miedo.

Tuve la oportunidad de platicar con él porque era conocido de Ernesto Agüero, y me dijo:

—Doctor, publicamos un artículo detallado sobre cómo la Reforma Electoral de 1999 fue diseñada matemáticamente para bloquear terceras opciones. Hicimos el análisis completo y explicamos el cambio de cincuenta y uno a cuarenta por ciento, mostramos con números cómo eso permitía ganar con menos votos si el voto se dividía, explicamos qué pasaría si emergía un tercer movimiento. Mostrábamos que solo Alemán y Ortega podrían ganar. Fue un análisis legal riguroso, con números verificables, con explicación artículo por artículo de qué había cambiado. Lo publiqué en un semanario pequeño que circula en barrios de profesionales. Al día siguiente de la publicación, recibí una llamada. Alguien simplemente dijo mi nombre completo y colgó. Nada más. Solo mi nombre. Era suficiente.

—¿Reportaste la amenaza?

—¿A quién? —respondió Ramón con risa amarga—. ¿A la Policía que está bajo control militar sandinista? ¿A la Fiscalía que está partida entre ambos partidos? ¿A qué institución le reporto si todas están capturadas por el Pacto?

Y todo continuó, porque en el año dos mil dos, cuando la reforma electoral de mil novecientos noventa y nueve comenzó a producir sus efectos, se hizo evidente que el Pacto había funcionado cuando grupos ciudadanos intentaron registrarse como partido político para participar en futuras elecciones, y los requisitos les hicieron imposibles su participación.

Cuando los movimientos de los ciudadanos intentaron apoyar candidatos independientes, la ley les prohibía presentarlos sin estar afiliados a un partido. Cuando la gente intentaba crear nuevos partidos, la Corte Suprema Electoral les exigía documentación que era técnicamente inviable porque debían incluir libros de actas de asambleas de afiliación, estructuras nacionales, presencia en todos los departamentos y muchos requisitos más que se inventaron para evitarlo.

—Es un cerco legal perfecto sin fisuras —explicó otro colega abogado con el que eventualmente platicaba—. Ese es el genio diabólico del Pacto. No hay represión directa contra opositores como en una dictadura tradicional. No hay prohibición explícita de la libertad de asociación o de reunión en los códigos legales. No hay violencia estatal organizada contra ciudadanos. Simplemente hay requisitos legales administrativos que técnicamente aplican a todos pero que en práctica ninguna organización más que FSLN y PLC pueden cumplir.

Asombrado seguí escuchando sus informes

— Exigen dos por ciento de afiliación para registrar un nuevo partido. Eso significa conseguir documentación verificable de cien mil afiliados en una población de cinco millones. Es imposible sin el aparato estatal, porque sin estructura institucional preexistente no hay manera de hacerlo. Es una forma de democracia que se come a sí misma desde adentro y en forma perversamente legal al estar soportada en la Constitución en forma totalmente totalitaria en efecto. Es más efectivo que cualquier represión porque la gente no puede identificar un victimario, ya que pueden culpar a la ley, pero ¿cuál ley es injusta? ¿La que exige documentación? Todos los países exigen documentación. Pero diseñada de cierta forma, la documentación se vuelve una barrera infranqueable.

Nos contó que también se aprobaron por esas épocas, cambios a la estructura de los juzgados.

—Los cambios son sutiles pero efectivos. Aumentaron el número de juzgados, sí, pero distribuyeron a jueces de manera que en cada juzgado importante hay al menos un juez de cada partido. En Managua, que es donde se resuelven los casos políticamente importantes, todos los juzgados tiene un juez liberal y un juez sandinista.

—¿Y cómo funciona eso? —pregunté.

—Que en cualquier caso importante, ambos partidos tienen a un juez que puede interferir. Si un caso amenaza intereses liberales, el juez sandinista lo retira por razones administrativas. Si amenaza intereses sandinistas, el juez liberal lo paraliza en procedimientos. Es una ayuda mutua de frenado para que ninguno pueda hacer justicia sin consentimiento del otro.

—Eso es parálisis institucional.

—Exacto. Es parálisis institucional como Pacto. Ambos se controlan mutuamente tan perfectamente que la justicia simplemente no funciona. O

funciona muy lentamente. O funciona solo en casos donde ambos partidos tienen interés en que funcione.

Durante los años dos mil tres y dos mil cuatro, mientras los grupos ciudadanos intentaban desesperadamente encontrar formas legales de participar en política, el Pacto se consolidó mediante cambios en leyes de partidos políticos, cambios en códigos procesales y cambios en la estructura del Consejo Supremo Electoral. Cada cambio era técnico, legal, democráticamente aprobado por la Asamblea, pero juntos formaban un sistema donde la competencia política real era imposible.

Por esas fechas, mi hija Elena vino a visitarme con su hija pequeña. Elena ya tenía treinta años y estando en mi apartamento viendo las noticias sobre intentos fallidos de movimientos ciudadanos de registrarse como partido, yo había querido explicarle acerca del funcionamiento del Pacto en términos abstractos, como lo había hecho durante años, pero fue en ese momento, mirando cómo el sistema rechazaba nuevamente a un movimiento ciudadano por razones procedimentales, que ella finalmente lo entendió no como concepto sino como realidad que afectaba su vida.

—Es que esto no es una dictadura papá —dijo Elena lentamente, pensando mientras hablaba—. Una dictadura es fácil de entender porque hay un sujeto, que es el “dictador”, un ejército, hay represión, la gente se rebela y sucede algo… Pero esto es diferente. Esto es democracia que mata la democracia. Son elecciones que no cambian nada. Son leyes que bloquean alternativas de manera aparentemente legal y todo eso lo convierte en una gran perversión que quiere ser legal, pero solo consigue ser injusta.

—Así es —respondí.

—¿Y nadie puede hacer nada? —preguntó Elena.

—Podrían, si la gente se organizara masivamente fuera del sistema electoral —respondí—. Pero eso es lo que el Pacto previene mediante el control institucional. Si intentas participar en elecciones, el sistema te bloquea legalmente. Si intentas una movilización callejera, la Policía bajo supervisión revolucionaria te dispersa. Si intentas cambios constitucionales, la Asamblea—que está bajo control del Pacto—rechaza cualquier iniciativa. Es un círculo cerrado. Es perfecto en su totalidad perversa.

—Papá, ¿ves esto? —preguntó Elena, señalando la televisión donde reportaban que otro movimiento ciudadano había sido rechazado por la Corte Electoral—. Esto es lo que ustedes nos dejaron. No es represión directa. Es ley. Es democracia convertida en una jaula.

No respondí porque Elena tenía razón. El Pacto no operaba mediante violencia ni mediante golpes de Estado. Operaba mediante legislación cuidadosamente diseñada, mediante cambios sutiles a requisitos electorales, mediante reformas legales que eran técnicamente aplicables a todos pero que en práctica solo permitían que dos partidos participaran.

Para el año dos mil y seis, cuando Daniel Ortega ganó las elecciones presidenciales con treinta y ocho por ciento de los votos, la arquitectura legal del Pacto estaba completamente consolidada porque la segunda vuelta electoral había sido eliminada, el requisito de votos para ganar había sido reducido, los pretendidos movimientos ciudadanos habían sido bloqueados legalmente, la Policía Nacional operaba bajo supervisión militar revolucionaria, la Corte Suprema Electoral era bipartidista y los ministerios estaban repartidos.

Nicaragua tenía una perfecta dictadura, con disfraz de democracia, pero con efectos de tiranía medieval donde el señor feudal era dueño de vidas y haciendas, con la complicidad de unos y otros…y con el dolor de un pueblo que no veía grieta alguna por donde poder librarse de esa maldición.

Yo tenía cincuenta y cuatro años. Había visto cómo el Pacto no se construyó mediante violencia sino mediante cambios legales, mediante reformas a códigos electorales, mediante legislación cuidadosa que clausuraba la posibilidad de competencia política real. Era más efectivo que cualquier represión.

Era una jaula legal donde la gente podía votar en elecciones, pero donde no había libertad de expresión relativa, porque el sistema electoral estaba diseñado para que solo dos opciones pudieran realmente competir. Y esas dos opciones —FSLN y PLC— habían acordado nunca permitir que un tercero ganara, acordando repartirse el poder. Habían construido, mediante la legislación perniciosa, un duopolio perpetuo.

En mi clínica, seguía viendo pacientes pobres que no podían pagar medicamentos. Seguía viendo campesinos sin tierra. Seguía viendo gente enferma que necesitaba cirugías que no podía costear. Y ahora sabía, con certeza absoluta matemática, que nada cambiaría. Porque las leyes electorales garantizaban que los que ganaran serían siempre los mismos dos partidos. O Alemán, o Ortega. O el FSLN, o el PLC. Nunca alguien más. Nunca una verdadera alternativa porque el sistema estaba blindado constitucionalmente para que nadie más que esos dos pudiera competir.

A finales del año dos mil cinco, cuando era evidente que Ortega volvería a la presidencia en las elecciones de dos mil seis, tuve una última conversación reveladora. Vino a verme un empresario mediano que había intentado armar un movimiento ciudadano, porque tenía una úlcera gástrica causada por el estrés y la frustración.

—Doctor, intentamos por tres años —me decía mientras le prescribía tratamiento—. Intentamos registrarnos como partido reuniendo la documentación, cumpliendo con el requisito del dos por ciento de afiliación, y aunque era muy difícil, pudimos hacerlo y presentamos todo en la Corte Electoral.

—¿Y?

—Rechazaron el registro por una supuesta falta de documentación en los departamentos rurales. Apelamos a la Corte, que al final rechazó el registro. Metimos un recurso de amparo ante la Corte Suprema de Justicia y tardaron un

año en responder para decir al final que no tenían jurisdicción, y cuando finalmente conseguimos que la Corte Electoral aceptara revisar nuevamente todo, ya había pasado el tiempo de registro para participar en las elecciones de dos mil seis. Fue un burdo bloque legal que nos hicieron sin que aparentemente quebrantaran ninguna ley…pero nos impidieron poder competir.

—Eso es parte del Pacto puro —respondí.

—Es un mecanismo perfecto —dijo el empresario con amargura—. Porque puedo ir a cualquier institución internacional de derechos humanos y decir que el sistema electoral de Nicaragua bloqueó un movimiento ciudadano. Y me van a pedir pruebas de violencia, pruebas de represión…y no podremos presentarlas porque no existen en apariencia, y todo eso sucedería porque estos miserables ni siquiera necesitaron usar argumentos ilegales. Usaron la ley inscrita en la Constitución, y usaron requisitos administrativos para que fueran utilizados por el sistema judicial. Lo que hicieron fue una represión legal en un sistema de totalitarismo constitucional.

El Pacto del Infierno era perfecto justamente porque no necesitaba violencia. Era perfecto porque era completamente legal. Era perfecto porque se podía explicar mediante artículos específicos de códigos electorales, mediante reformas legislativas que habían sido aprobadas democráticamente en la Asamblea Nacional, mediante decisiones de la Corte Electoral que estaban fundamentadas en leyes. Era perfecto porque nadie podía decir que era ilegal. Era solo democracia operando dentro de límites que dos mafias habían establecido legalmente. Era institucionalización del fraude. Era democracia convertida en jaula.

Yo seguía curando gente. Pero ahora sabía que el país en que esa gente vivía estaba estructurado de tal manera que sus opciones políticas estaban previamente determinadas. Podían votar entre dos opciones. Pero esas dos opciones habían acordado nunca permitir una tercera. Habían acordado repartirse el poder. Habían acordado robar juntos. Y lo habían hecho legalmente, mediante reformas electorales que cualquier democracia permitía.

CAPÍTULO 8

La Metamorfosis de la Serpiente

Managua, Nicaragua. 2007-2013.

Cuando Daniel Ortega regresó a la presidencia en enero de dos mil siete, yo tenía sesenta y cinco años y creía honestamente que no volvería a verlo gobernando Nicaragua. Pensé que el Pacto de 1999 había garantizado que nunca más estaría en la Casa de las Garzas. Estaba equivocado.

Ese regreso del que ya se consideraba un dictador, fue recibido por la comunidad internacional con una mezcla de cautela pragmática, escepticismo soterrado y una fractura ideológica evidente. A diferencia de la imagen del joven comandante guerrillero de los años ochenta, el Ortega que asumió el poder lo hizo como un político pragmático que había pactado con la derecha

liberal de Arnoldo Alemán y reconciliado públicamente con la Iglesia Católica. Para las diplomacias occidentales, este retorno no fue una sorpresa total, pero sí generó serias dudas sobre la estabilidad democrática y la orientación económica que tomaría el país.

En el continente americano, la lectura se dividió inmediatamente en dos bloques. Para el eje de la izquierda latinoamericana —encabezado por el venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales y la Cuba de los Castro—, el triunfo de Ortega representó una victoria estratégica fundamental. Fue celebrado como la incorporación formal de Nicaragua a la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), asegurando para el país un flujo masivo de petrodólares y cooperación económica sin condicionamientos democráticos, lo que consolidó una alianza ideológica firme en la región.

Por su parte, Estados Unidos y las potencias europeas adoptaron una postura de observación crítica y distanciamiento prudente. Aunque Washington, bajo la administración de George W. Bush, había hecho campaña abierta en contra del retorno del sandinismo durante el proceso electoral, la Casa Blanca optó inicialmente por un enfoque pragmático.

El propio Ortega envió señales iniciales de moderación al mantener ratificado el Tratado de Libre Comercio (DR-CAFTA) con Estados Unidos y preservar alianzas estratégicas con organismos financieros multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), intentando disipar los temores de un colapso económico o un quiebre directo con el capital privado.

Sin embargo, ese beneficio de la duda se erosionó rápidamente a nivel global. Los analistas internacionales y los medios multilaterales vieron con creciente alarma la rápida centralización del poder, la retórica antiimperialista agresiva y las primeras irregularidades institucionales.

Europa y Estados Unidos congelaron importantes fondos de cooperación al desarrollo, confirmando el temor de que el regreso de Ortega no significaba una alternancia democrática madura, sino el inicio de la consolidación de un proyecto de poder autoritario y permanente, porque lo que Ortega estaba construyendo no era una simple reedición de la revolución de los años ochenta.

Era algo distinto y más parecido a la temida dictadura sin la retórica revolucionaria explícita. Era un autoritarismo con máscara democrática, era una represión tan integrada en las estructuras cotidianas que la gente casi no la veía como represión integrándola a su visión cotidiana de la realidad.

En mayo de dos mil siete, cuatro meses después de que Ortega asumiera, fui caminando por la avenida que lleva al Hospital Bautista. Era un jueves por la mañana. De repente la avenida se llenó de gente que marchaba llevando carteles que decían "Ortega Presidente" y "Amor, Paz, Trabajo". Eran empleados públicos. Reconocí a varios: una enfermera que trabajaba conmigo en la clínica, un administrativo del ministerio de salud que yo conocía, maestros de escuela pública.

Marchaban con expresión tensa y no en forma entusiasta…era obvio que los hacían marchar por obligación.

Después, esa enfermera que marchaba me buscó en la clínica. Se llamaba María. Vino con pretexto de que necesitaba consulta por presión alta, pero lo que quería era hablar en privado.

—Doctor, no debería decirle esto —susurró María después de que le tomé la presión—. Pero fue mandatorio. Nos obligaron a asistir. Nos dijeron que si no íbamos, seríamos despedidas. Que era un acto de revolución. Que el pueblo revolucionario apoyaba a Ortega.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté.

—La directora del hospital. Dijo que era orden de arriba. Que cualquiera que no asistiera sería considerado contrarrevolucionario. Y si eres contrarrevolucionario aquí, pierdes tu trabajo. Pierdes todo.

Lo que María describía era el mecanismo perfecto de control. No había represión visible. No había amenazas explícitas de tortura o muerte. Solo la consigna de que si no vienes a marchar, pierdes tu empleo, y si pierdes tu empleo, tu familia se muere de hambre…entonces vienes a marchar, aunque no quieras.

Cuando en las elecciones municipales de 2008 la oposición denunció un fraude masivo avalado por el control sandinista del Consejo Supremo Electoral, la percepción internacional viró hacia la condena.

Durante los años dos mil ocho y dos mil nueve, la represión se hizo más visible pero de manera selectiva. Había protestas contra Ortega. Grupos de estudiantes que cuestionaban el gobierno. Campesinos que reclamaban por tierras. Iglesias evangélicas que comenzaban a criticar desde los púlpitos.

La Policía Nacional respondía con represión focalizada. No era una violencia indiscriminada arrojada contra cualquiera en la vía pública, sino una violencia quirúrgica dirigida contra objetivos específicos, porque si eras un estudiante de la UNAN que se atrevía a salir a protestar, eras molido a palos, si eras un campesino del interior que reclamaba la tierra que la piñata sandinista le había arrebatado a tu familia, te caía la fuerza pública, si eras un predicador evangelista o un sacerdote que cuestionaba el nepotismo de la familia presidencial desde el púlpito, comenzabas a ser perseguido y marcado por los Consejos de Poder Ciudadano (CPC) de tu barrio.

Coincidí con uno de esos muchachos en el comedor *El Arrozal*, sobre la Avenida Bolívar, a pocas cuadras de la rotonda Rubén Darío. El joven, de apenas diecinueve años, se sentó en una mesa rinconera intentando disimular el dolor al respirar mientras pedía un servicio de carne desmenuzada con gallopinto. Me acerqué al reconocerlo como sobrino de un viejo conocido. Llevaba una venda en el tórax que me sugería que tenía las costillas claramente fracturadas, y tenía los antebrazos morados, llenos de marcas de garrote. Me contó entre suspiros cortos, que la policía lo había emboscado a la salida de una marcha antigubernamental por llevar un cartel de cartón donde había pintado la frase "Estudiantes por la Libertad".

—¿Supiste qué unidad fue la que te cayó encima? —le pregunté en voz baja, mirando a los lados para asegurarme de que los meseros no estuvieran prestando demasiada atención.

—Eran de la Dirección de Auxilio Judicial, la DAJ... en El Chipote, doctor —me respondió aguantando una mueca de dolor al acomodarse en la silla—. Esos no son la policía común que uno ve patrullando las calles. Esos responden directamente a la Jefatura Nacional y a las órdenes que salen de la residencia de El Carmen.

Días después, mientras caminaba por el concurrido Mercado Oriental buscando unos repuestos, me topé con Jacinto, un campesino de sesenta y dos años a quien conocía desde hacía tiempo. Llevaba la frente envuelta en un trapo sucio con manchas de sangre seca y caminaba arrastrando los pies.

Nos refugiamos del sol bajo el tramo de un comerciante amigo para que me contara qué le había pasado. Jacinto había viajado desde el campo para intentar recuperar la escritura de un terreno familiar de veinte manzanas que su padre había trabajado durante más de tres décadas.

—Yo solo quería hablar, doctor —me dijo Jacinto, mostrándome sus manos callosas y temblorosas—. Fui a la oficina de la municipalidad a presentar los papeles viejos de la propiedad. Un delegado del Frente me salió al paso y me dijo de golpe que esa tierra ahora era del Estado, que la propiedad privada como existía antes era cosa del pasado. Cuando le insistí en que eso era un despojo, llamó a los CPC y a la patrulla. Me sacaron a empujones a la calle y en la tina de la camioneta me fueron golpeando con los tubos de hule.

—¿Y el alcalde no dio la cara?

—¿Ese alcalde? —escupió Jacinto al suelo con amargura—. Lo único que me gritó desde la puerta fue que cualquiera que viniera a cuestionar las compras de tierra del gobierno de Ortega era un vendepatria y un enemigo de la revolución.

En dos mil nueve ocurrió el hecho que selló definitivamente el quiebre institucional. Daniel Ortega consumó su maniobra para reelegirse violando flagrantemente la Constitución Política de 1987. La Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia —operada por magistrados afines al sandinismo como Rafael Solís, quienes sesionaron de noche y sin los magistrados opositores— emitió la infame sentencia 504, declarando "inaplicable" para Ortega el artículo 147 de la Carta Magna, el cual prohibía de forma tajante la reelección continua.

Me encontré con un conocido abogado constitucionalista una noche en el ambiente bohemio de una taberna en Bolonia. Entre el ruido de las copas y el murmullo de la gente, el hombre ahogaba su frustración al borde de una gastritis severa mientras analizaba la jugada.

—La Corte anuló la prohibición de reelección únicamente para él —me dijo el abogado, dando un trago a su bebida y golpeando la mesa suavemente con el puño—. Y la trampa perfecta está en que la misma Constitución dice que las

resoluciones de la Corte Suprema son definitivas e irrevisables. Eso significa que ningún otro poder del Estado puede revertir la barbaridad que cometieron. Ortega usó a sus propios jueces para que declararan que la Constitución era inconstitucional contra sus derechos humanos.

—Eso es un fraude constitucional absoluto —le dije, asombrado por la desfachatez jurídica.

—Exactamente. Es un fraude con barniz de legalidad —asintió el abogado con una sonrisa llena de cinismo—. La Corte estaba bajo su control total gracias a las cuotas que se repartieron durante el Pacto con Alemán. Él simplemente les ordenó que borraran el candado legal que le impedía perpetuarse. Es perfectamente ilegal, es intrínsecamente inconstitucional, pero en los papeles es "legal" porque el órgano que decide qué es la ley en este país le pertenece a él.

Lo que Ortega estaba construyendo en Nicaragua no era una dictadura militar clásica al estilo del Somozato. Era un régimen híbrido: una dictadura corporativa que funcionaba meticulosamente por debajo de las formas democráticas. Las elecciones se seguían celebrando puntualmente cada cinco años, la Asamblea Nacional continuaba sesionando en el centro de Managua y aprobando leyes, y en las calles aún circulaban periódicos independientes como *La Prensa*.

Pero todo estaba calculado y bajo control operativo. Las elecciones estaban viciadas por el fraude del Consejo Supremo Electoral de Roberto Rivas, la Asamblea votaba como autómata los decretos enviados desde El Carmen, los medios independientes eran asfixiados con auditorías fiscales y chantajes publicitarios, y la televisión abierta pasaba a ser comprada progresivamente por los hijos de la familia presidencial para transmitir la propaganda oficialista.

En dos mil diez, el régimen implementó un programa llamado "Amor a la Familia", que era una transferencia de dinero a las madres pobres. Sonaba bien pero había condiciones que se debían cumplir, como participar en actos de gobierno, ir a actos de Ortega y votar por él. Si no lo hacías, la transferencia se cortaba.

Un vecino me lo explicó. Era padre de tres hijos, desempleado, que recibía dinero del programa para su familia.

—Me dan cien córdobas cada mes —dijo—. No es mucho, pero es la diferencia entre que mis hijos coman o no coman. Pero para recibir eso, tengo que ir a un acto de Ortega una vez al mes y me hacen estar ahí, me hacen aplaudir, me hacen gritar "Ortega Presidente" y aplaudirle cada vez que hacen la seña de hacerlo.

—¿Qué pasa si no vas?

—Me dijeron que si no cumplo me cortan el apoyo y entonces mis hijos se mueren de hambre. ¿Vos entendés? No es que quiera darle mi apoyo a Ortega…es que prefiero morirme yendo a sus actos que verlos morir de hambre a ellos.

Eso era el control perfecto porque no era represión, era supervivencia ya que la gente elegía entre su libertad y la vida de sus hijos, y por supuesto que elegían mantener a sus hijos con vida. El régimen había capturado la supervivencia misma.

En dos mil once, Ortega se reeligió con el sesenta y dos por ciento de los votos en elecciones que fueron masivamente fraudulentas. No había nadie que lo cuestionara públicamente sin riesgo de represión porque las Fuerzas Armadas estaban bajo su control, lo mismo que la Policía, los juzgados y el sistema electoral… todo estaba bajo su control.

Yo tenía cincuenta y nueve años. Estaba viendo cómo Nicaragua se convertía en lo que había temido durante treinta años. Ya era un régimen autoritario que funcionaba bajo formas democráticas. Un régimen donde la represión era invisible porque estaba integrada en el sistema mismo.

En dos mil doce, vino a verme un policía joven, pues tendría veinticuatro años cuando mucho y me dijo que se llamaba Roberto. Pero lo más sorprendente fue que me dijo que su padre me conocía porque yo lo había atendido hace treinta años. Que su padre había sido campesino, que había sido torturado bajo Somoza y que después había apoyado la revolución esperando que cambiara.

—Mi papá nunca imaginó que esto pasaría —dijo el joven policía —. Nunca pensó siquiera que la revolución que apoyó y que tanta esperanza le hizo tener, se convirtiera justamente en lo mismo que Somoza fue.

—Entiendo lo que me dices Roberto. Yo también tuve esa esperanza. ¿y tú que piensas?

—Pues yo aquí estoy Doctor. Soy policía. Tengo órdenes. No me gusta, pero tengo familia. Mi esposa espera ya un bebé y... ¿Vos entendés?

—¿Entender qué muchacho? —pregunté—. ¿Que la esclavitud económica es peor que la libertad? Sí, lo entiendo. Por eso precisamente este país está maldito.

—Sí… pero doctor…es que si yo no obedezco las órdenes, me disparan, o me encierran, o me destruyen la vida. Igual que como pasaba con Somoza. Solo que ahora la represión viene de quien dijo que iba a liberarnos.

A finales de dos mil trece, la represión se consolidó como sistema. Las protestas fueron bloqueadas antes de que sucedieran, los líderes de oposición fueron perseguidos, las iglesias que se atrevían a criticar fueron atacadas, los estudiantes que cuestionaban fueron expulsados de las universidades y los campesinos que reclamaban tierra fueron brutalmente golpeados.

Y todo ocurría dentro de la legalidad aparente, porque las acciones estaban soportadas por decretos, que facultaban a quienes daban órdenes administrativas o tomaban decisiones como jueces. Todo parecía legal, pero era profundamente ilegal en espíritu…aunque desgraciadamente era imposible de cuestionar.

Lo que el Pacto de 1999 había construido —la captura de instituciones—, Ortega lo transformó en un régimen donde no existía separación de poderes

real. Existía la ilusión de separación. Pero Ortega controlaba el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial, la Policía, el Ejército, las instituciones electorales... ¡Vamos! Era el amo absoluto del país y sus instituciones de juguete.

Yo seguía curando gente en la clínica. Pero ahora sabía que estaba curando gente que vivía bajo una dictadura. Una dictadura que se llamaba a sí misma democracia. Una dictadura que usaba palabras revolucionarias para justificar represión. Una dictadura que había aprendido que no necesitaba tanques en las calles. Solo necesitaba control institucional.

Y ese control lo tenía.

CAPÍTULO 9

El Regreso de los Fantasmas

Managua, Nicaragua. 2014-2017.

En noviembre de dos mil catorce, la Asamblea Nacional aprobó una nueva reforma a la Constitución Política que eliminó por completo el límite a la reelección presidencial. La iniciativa, lejos de someterse a un debate público, no pasó por comisiones ni fue objeto de discusión legislativa alguna. Fue presentada a las diez de la mañana por el bloque sandinista, se sometió a votación apenas hora y media después, y fue aprobada con el respaldo de ciento veintiocho diputados oficialistas y sus aliados parlamentarios sin que evidentemente fuera leída, analizada y enriquecida. De este modo, al mediodía de esa misma jornada, Daniel Ortega quedó facultado para gobernar de por vida, al ser eliminado cualquier límite a la continuación de sus mandatos.

Para el pueblo nicaragüense, la noticia no causó sorpresa, pero sí profundizó una pesada sensación de resignación y desconsuelo. Entre la gente de a pie, agotada tras años de observar cómo el Consejo Supremo Electoral manipulaba los comicios y anulaba a la oposición, la reforma se percibió como el tiro de gracia a la débil democracia nacida en 1990; aun así, el temor a la violencia policial y el pragmatismo de un sector empresarial que prefería proteger sus negocios antes que confrontar al poder mantuvieron las calles en un tenso silencio.

Mientras las bases sandinistas celebraban la perpetuidad de su líder en las plazas, en los barrios la conversación se reducía a un susurro amargo sobre cómo el país había vuelto formalmente a los tiempos de la dinastía Somoza, donde las leyes se redactaban a la medida de un solo hombre.

En el ámbito internacional, la medida fue recibida con una condena diplomática que no pasó de las palabras. Aunque Washington y las cancillerías europeas emitieron comunicados expresando su "profunda preocupación" por el desmantelamiento del Estado de derecho y la separación de poderes, prefirieron mantener las relaciones comerciales e ignorar la deriva autoritaria a cambio de la estabilidad macroeconómica y la cooperación del gobierno nicaragüense en el control del narcotráfico.

Flanqueado por el respaldo incondicional del bloque del ALBA y la complacencia de una Organización de Estados Americanos que miró hacia otro lado, Ortega comprobó que podía liquidar la alternancia democrática sin pagar costo político o económico alguno ante el mundo.

En lo económico, esa aparente estabilidad que el gobierno pregonaba en los medios oficiales no era más que un espejismo sostenido con pinzas. Mientras las cifras macroeconómicas mostraban un crecimiento del Producto Interno Bruto cercano al cinco por ciento anual, la realidad en las calles y en los bolsillos de la gente de a pie era sumamente distinta.

El régimen lograba esos números gracias a un pacto pragmático con la élite empresarial agrupada en el COSEP —quienes callaban ante los abusos políticos a cambio de ventajas fiscales— y al flujo millonario de petrodólares venezolanos manejados discrecionalmente a través de ALBANISA, recursos que servían para financiar subsidios al transporte y programas asistenciales que mantenían a flote el consumo mínimo.

Sin embargo, detrás de la fachada, la microeconomía de las familias nicaragüenses continuaba asfixiada. El empleo formal era un lujo escaso y más del setenta por ciento de la población trabajadora sobrevivía en la informalidad, vendiendo lo que podía en los mercados o dependiendo del verdadero motor económico de los hogares: las remesas que miles de emigrantes enviaban mes a mes desde Costa Rica y Estados Unidos.

Para colmo, para financiar obras de infraestructura que sirvieran de propaganda, el Estado comenzó a endeudarse de forma agresiva con organismos multilaterales como el BCIE y el BID, acumulando una deuda pública que crecía en la sombra a medida que el auxilio financiero de Venezuela comenzaba a extinguirse por la propia crisis de Caracas.

El colapso silencioso de este modelo económico se incubaba en las arcas del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social. Utilizado durante años como caja chica del gobierno para préstamos oscuros e inversiones fallidas de la cúpula, el INSS quedó al borde de la quiebra técnica. Sin el dinero venezolano para cubrir el agujero fiscal y con una deuda externa en aumento, la bomba de tiempo quedó servida: el régimen intentaría más tarde liquidar ese déficit sacándole el dinero del bolsillo a los trabajadores y jubilados, sembrando sin saberlo la semilla de la crisis inevitable que terminaría por dinamitar su propio acuerdo con el sector privado.

Había pasado apenas un mes desde que la Asamblea aprobara la reforma constitucional para la reelección indefinida. El sol de la tarde caía pesado sobre los adoquines de Managua cuando me desvié hacia la distribuidora de don Guillermo, un viejo amigo que mantenía una pequeña pulpería y venta de granos básicos cerca del sector de Ciudad Bolívar. Quería comprar un par de cosas antes de regresar a casa, pero sobre todo quería tomarme una gaseosa helada y palpar la calle.

Dentro del negocio, el aire olía a saco de yute, café molido y jabón de lavar. Sobre el mostrador de madera vieja, la pequeña radio de transistores sonaba

con el murmullo intermitente del noticiero de la tarde. En una esquina, sentado sobre un cajón de madera, estaba Joaquín, un mecánico de cincuenta años que vivía de reparar camionetas viejas en su taller del barrio.

—Buenas tardes, Guillermo. Dame una Milca bien helada —dije, quitándome el sombrero y limpiándome el sudor de la frente con un pañuelo.

—Doctor Agustín, dichosos los ojos —saludó Guillermo, sacando la botella del helador de lata mientras usaba un destapador mellado—. Pásese adelante. Aquí estamos, oyendo las mismas noticias de siempre, pero con la comida más cara cada semana.

—¿Subió el arroz de nuevo? —pregunté, dándole un trago a la gaseosa.

—Cincuenta centavos más por libra el de primera —refunfuñó Guillermo, limpiando el mostrador con un trapo húmedo—. Y el aceite ni se diga. El proveedor me vino a decir que las alzas del combustible no dan tregua. La gente viene a comprar de a media libra, Doctor. De a un cuarto de litro de aceite en bolsa plástica. Nadie tiene para comprar el galón entero.

Joaquín interrumpió desde su cajón, soltando una risotada amarga y escupiendo a un lado.

—Pero en la televisión dicen que estamos creciendo al cinco por ciento, Guillermo —dijo el mecánico, haciendo comillas en el aire con los dedos manchados de grasa—. ¿No ves las rotondas llenas de luces y los bonos que anda repartiendo el CPC del barrio? Crecimiento económico le llaman los economistas que salen en la radio.

—Crecimiento para los mismos de siempre, Joaquín —respondió Guillermo, apoyando los codos en el mostrador—. A mí el banco me cobra la misma tasa de interés por el prestamito de la pulpería. Y a los del COSEP los ves sonrientes en las fotos con los ministros. Claro, a ellos les dan exenciones de impuestos, mientras a los pequeños nos cae la alcaldía a fiscalizar hasta el último saco de azúcar.

Me acerqué un poco más a la plática, apoyando la botella en la madera gastada.

—Es el modelo del negocio perfecto —comenté, mirando a ambos—. Los empresarios hacen dinero tranquilos porque no hay huelgas, el gobierno les garantiza la paz de los sepulcros, y a cambio, nadie en la empresa privada cuestiona lo que pasó en la Asamblea el mes pasado.

—¡Ah, la famosa reforma! —exclamó Joaquín, acomodándose la gorra grasienta —. Mire, Doctor, yo se lo dije a mi hermano que trabaja en la Zona Franca: 'Con eso de la reelección, ese hombre no se baja más de esa silla'. ¿Para qué van a hacer elecciones en el 2016? Si ya se sabe el resultado. Se gastan millones en un circo donde el dueño de la carpa es el único que cuenta los votos.

—Eso es lo que más me preocupa, Joaquín —dije, bajando la voz al notar que una vecina entraba a comprar un jabón—. Que la gente ya ni se indigna. Nos acostumbramos a que la ley es lo que decidan en El Carmen un martes a las diez de la mañana.

Guillermo despachó a la vecina, cobró unas cuantas monedas que guardó en la caja de lata y volvió a la conversación con el rostro ensombrecido.

—Es que no es solo resignación, Agustín. Es necesidad —murmuró el pulpero—. Si el muchacho de la casa necesita la beca en la universidad pública, hay que ir a las marchas del partido. Si la viejita quiere que le llegue el paquete de alimentos o la lámina de zinc del Plan Techo, tiene que estar bien con el secretario político de la cuadra. El hambre te hace doblar el lomo. Si protestás, no solo te cae la policía; te borran de la lista de los beneficios.

—Mi hija la mayor ya lo entendió —agregó Joaquín, mirando fijamente el suelo de tierra—. Lleva dos años graduada de contabilidad y no encuentra nada en las oficinas públicas si no lleva la carta del FSLN. ¿Sabe qué me dijo anoche? Que está juntando unos dólares porque se va a ir por vereda a Costa Rica. Con otros tres muchachos del barrio.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El único sonido era el zumbido del helador y la voz monótona del locutor en la radio hablando de la llegada de nuevos buses rusos a la capital.

—Nos estamos quedando sin jóvenes —dije finalmente, dejando la botella vacía sobre el mostrador—. Los que tienen preparación se van a buscar futuro afuera, y los que se quedan tienen que aprender a vivir con la boca cerrada o vendiendo cualquier cosa en los semáforos.

—Y lo peor es que las cosas en la Seguridad Social andan mal, Doctor —dijo Guillermo, bajando aún más la voz—. A mi hermano, que ya tiene las semanas para jubilarse, le dijeron en la delegación del INSS que no hay dinero para las pensiones completas. Que van a tener que subir las cotizaciones. ¿De dónde va a sacar más dinero el pequeño comerciante si las ventas están por el suelo?

—Del mismo lugar de siempre, Guillermo —concluyó Joaquín, poniéndose de pie y sacudiéndose los pantalones—. Del bolsillo de nosotros. Mientras los de arriba se reparten las instituciones y los venezolanos siguen mandando petróleos que nadie sabe cómo se pagan, a nosotros nos toca apretarnos el cinturón.

Pagué la gaseosa, me despedí de don Guillermo con una palmadita en el hombro y salí a la calle. Mientras caminaba de regreso, el calor de la tarde comenzaba a ceder, pero el peso de la conversación se quedó conmigo. En esa pequeña pulpería de barrio se resumía toda la Nicaragua de esos años: un país que crecía en los papeles, pero donde la gente común pagaba la cuenta de una dictadura que se consolidaba sin hacer demasiado ruido.

Las repercusiones de la ambición de Ortega no dejaban de verse en la vida cotidiana de toda Nicaragua. Estando sentado en un comedor llamado Los Antojitos Típicos en el barrio de Bolonia, comiendo pupusas de queso y loroco, vi la noticia en un televisor viejito colgado en la pared del fondo, junto a un póster de Sandino. El locutor de la televisión transmitía en vivo desde el Palacio Legislativo. Imágenes de diputados aplaudiendo. Imágenes de Daniel Ortega sonriendo desde el púlpito de la Asamblea. Imágenes de Rosario Murillo, la

vicepresidenta y esposa de Ortega, de pie con los brazos levantados en gesto de victoria.

El dueño del comedor, un hombre llamado Marcelo que tendría sesenta y cinco años, estaba detrás de la barra limpiando vasos cuando vio la noticia. Se quedó petrificado un momento. Luego simplemente apagó el televisor. No dijo nada. Continuó lavando vasos en un silencio que era más elocuente que cualquier palabra.

Yo comía lentamente, sin apetito real. Marcelo finalmente se acercó a mi mesa y se sentó sin preguntar permiso, algo que nunca había hecho en los veinte años que llevaba yendo a ese comedor.

—Estas son putadas, doctor —dijo, su voz apenas un susurro—. Ya sabe usted. Ya pasó la línea. No hay vuelta atrás de aquí en adelante. Todo sugiere que Ortega estará gobernando hasta que se muera. O hasta que alguien lo mate. No hay otra posibilidad en este país.

—¿Y Usted qué piensa hacer? —pregunté, aunque sabía que no había respuesta posible.

—¿Hacer? —Marcelo sonrió con amargura—. Lo mismo que hemos hecho todos. Sobrevivir. Servir comida. Pagar la renta del local. Rezar por que mi hijo no sea perseguido por tener una opinión diferente. Eso es lo que hacemos en Nicaragua. Dejamos que gobiernen. Ellos roban. Nosotros trabajamos. Y la vida continúa en este infierno.

Meses antes de esa reforma constitucional, en enero de dos mil catorce, Ortega había anunciado lo que se conocería como el "Gran Proyecto del Canal Interoceánico de Nicaragua". Era una megaobra que atravesaría el país de lado a lado: desde el Río San Juan en la costa del Caribe hasta el Golfo de Papagayo en la costa del Pacífico. Aproximadamente cincuenta y dos kilómetros de recorrido. La profundidad sería de treinta metros. Tendría que excavar a través de lagos, ríos, montañas y territorios indígenas.

La concesión de cien años había sido otorgada a una empresa china llamada HKND Group. El financiamiento —decenas de miles de millones de dólares— vendría de China. Era, en la lógica de Ortega, dinero que evitaba a Nicaragua tener que negociar con el Fondo Monetario Internacional o con bancos multilaterales que imponían condiciones democráticas. Era dinero sin preguntas. Era dinero que podía ser desviado, robado, distribuido entre amigos del régimen.

Para los campesinos en la ruta proyectada del canal, significaba desalojo.

En junio de dos mil catorce recibí una invitación oficial. Vino escrita, en papel oficial del Ministerio de Salud, firmada por el viceministro. Me invitaban a formar parte de una "brigada médica de cooperación internacional" que iría a la zona del proyecto del canal para "atender a la población local y evaluar necesidades de salud en el área de desarrollo".

Debía irme durante dos semanas a un poblado llamado Rama, ubicado en la provincia de Limón, en la ruta directa del canal. Mi pasaje estaba pagado. Mi

hospedaje estaba asegurado. Mi participación era "solicitada especialmente dado su experiencia y prestigio profesional".

Acepté porque había aprendido que rechazar invitaciones oficiales del gobierno era sinónimo de crear enemigos. Podían ser interpretadas como oposición política. Y en Nicaragua bajo Ortega, cualquier forma de oposición podía resultar en represión.

El viaje a Rama tomó seis horas en autobús desde Managua. Pasamos por San Carlos, por Río San Juan, atravesamos paisaje que era hermoso y desolado simultáneamente. Vi a campesinos trabajando en parcelas que no sabían si seguirían siendo suyas en seis meses.

Rama era un poblado de aproximadamente dos mil habitantes. La mayoría trabajaba en agricultura. Había plantaciones de cacao, de yuca, pastizales donde criaban ganado. Cuando llegué, lo primero que noté fue la presencia de camionetas sin placas estacionadas en lugares estratégicos. Hombres en uniforme gris oscuro sin insignias claras que identificaran su institución. Cámaras de vigilancia que no existían años atrás. Era una militarización silenciosa.

La clínica temporal funcionaba en un edificio que había sido una escuela. Había tres médicos más además de yo. Enfermeras. Equipamiento básico. Nos dijeron que atenderíamos a la población local, que recopilaríamos datos sobre salud, que escribiríamos un reporte al final de la brigada.

El primer día atendí a treinta y ocho pacientes. La mayoría tenían problemas de hipertensión, diabetes, infecciones parasitarias. Nada diferente a lo que veía en Managua. Pero en las historias clínicas, empecé a ver un patrón. Un hombre de cincuenta y dos años que decía que la diabetes había empeorado "por los nervios". Una mujer de cincuenta y cinco años que tenía gastritis "por el estrés y la preocupación". Un campesino joven de treinta y un años que tenía insomnio severo "porque no sé si pueda dormir tranquilo mañana".

El tercer día, vino a verme una campesina llamada Maura. Tendría cincuenta y ocho años, aunque aparentaba sesenta y cinco por el trabajo físico y la angustia. Llevaba un huipil tejido a mano, gastado, que probablemente tenía treinta años de uso. Sus manos eran manos de campesina: callosas, agrietadas, marcadas por décadas de trabajo directo en la tierra.

No vino porque estuviera enferma. Vino porque necesitaba hablar con alguien que pudiera entender.

—Doctor, ¿puedo decirle algo que no sea médico? —preguntó después de que le examiné la presión, que estaba elevada.

—Claro, Maura. Dime.

—Mi familia tiene esta tierra desde hace sesenta años. Mi abuelo la trabajó cuando no era más que monte salvaje. Mi padre continuó trabajando. Yo nací aquí. Mis hijos crecieron aquí. Sembramos cacao, yuca, maíz, frijoles. Criamos animales. Esta tierra ha sido la vida de mi familia durante tres generaciones.

Maura hizo una pausa larga. Miraba hacia sus manos mientras hablaba.

—Hace dos semanas llegaron hombres de la municipalidad. Traían documentos. Dijeron que esta tierra no era mía. Dijeron que el Estado la requería para el canal. Me dieron treinta días para irme. Treinta días, doctor. Para dejar atrás sesenta años. Para que mis hijos abandonen la única casa que han conocido.

—¿Qué compensación te ofrecieron?

—Cinco mil córdobas —respondió Maura, y una risa amarga salió de su garganta—. Cinco mil córdobas. Eso es lo que gano trabajando en la finca de otra persona durante dos meses. Sesenta años de trabajo, sesenta años de inversión, tres generaciones de vida, y me ofrecen cinco mil córdobas.

—¿Quién hizo esa oferta específicamente?

—Un delegado de FOGRA. Así se llama la policía del canal. La Fuerza de Orden de Frontera Agraria. Vienen con hombres armados. Dicen que somos ignorantes. Dicen que no entendemos el progreso. Dicen que el canal traerá riqueza. Dicen que deberíamos estar agradecidos de que nos den cinco mil córdobas.

Permanecí en Rama durante esas dos semanas. Todos los días atendía pacientes. Y todos los días escuchaba historias similares a la de Maura. Campesinos que estaban siendo desalojados. Campesinos que no comprendían por qué una tierra que habían trabajado durante décadas les era confiscada sin negociación real. Campesinos que empezaban a enfermar de estrés y miedo.

La segunda semana, vino a verme un hombre llamado Julio. Tendría sesenta años. Llevaba el brazo derecho inmovilizado en un cabestrillo improvisado. Cuando entró a la consulta, caminaba lentamente, como si cada paso le causara dolor.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—La FOGRA me fracturó el brazo —respondió con tono que era neutro, como si fuera un hecho de la meteorología—. Estaba en mi parcela. Es pequeña, dos manzanas solamente. Estaba recogiendo lo que había sembrado. Necesitaba la cosecha para vender y tener dinero para los siguientes meses. Llegaron dos camionetas. Bajaron hombres con uniformes. Me dijeron que tenía que irme. Que la tierra ahora era del Estado.

Le examiné el brazo. Había fractura clara. Radiografía mostraría ruptura limpia del radio.

—¿Presentaste denuncia?

—¿Ante quién? —preguntó Julio, y en su pregunta había tanta desesperación como en cualquier grito—. ¿Ante la Policía que me golpeó? ¿Ante los jueces que están bajo control de Ortega? ¿Ante la fiscalía que no va a investigar porque los órdenes de desalojo vienen de arriba? No hay dónde denunciar cuando el que golpea es el Estado mismo. Es como tener una llaga en el brazo e ir al que produce la infección para que te cure.

Días después, en el camino de regreso a Managua en autobús, el vehículo se detuvo en San Carlos. Aproveché para bajar, comprar agua, respirar aire fresco. Estaba de pie fuera de una pequeña tienda cuando un hombre se acercó.

Tendría cuarenta y cinco años. Llevaba la cara morada de golpes. Un ojo estaba cerrado. La mano izquierda estaba vendada.

—Perdone, doctor —dijo reconociéndome—. Sé que es usted médico. Viaja de Rama. ¿Vio lo que está pasando allá? ¿Vio los desalojos?

—Sí, vi.

—Yo también estoy siendo desalojado —continuó el hombre—. Soy de una comunidad tierra adentro. La FOGRA llegó hace una semana. Dije que no me iba. Que la tierra era mía por herencia. Que tenía documentos. Que mi familia la había trabajado durante cincuenta años. Me golpearon. Casi me matan. Un compañero me trajo al hospital en San Carlos. Me dijeron que tengo tres costillas fracturadas.

—¿Reportaste esto?

—¿A quién le reporto? —respondió con la misma pregunta desesperada que Julio—. La policía que me golpeó reporta a la FOGRA. La FOGRA reporta a la DGSE. La DGSE reporta a Ortega. Todos están en la misma cadena de mando. Todos quieren que me vaya. Todos saben que si insisto, van a venir y me van a matar. No de forma evidente. Solo me van a desaparecer. Y nadie va a hacer preguntas.

Regresé a Managua en julio de dos mil catorce, agotado de una manera que no era física. Era agotamiento de ver repetir exactamente lo que había visto bajo Somoza treinta y siete años atrás. El lenguaje deshumanizante de los funcionarios hacia los campesinos. La violencia como herramienta de política estatal. La impunidad total porque el sistema de justicia estaba capturado.

En dos mil quince y dos mil dieciséis, los desalojos continuaron. Pude ver casos de campesinos que fueron removidos de las tierras que trabajaban desde hacía treinta, cuarenta, cincuenta años. Algunos recibieron dinero insignificante. Otros no recibieron nada. Las órdenes de desalojo venían firmadas por la Dirección General de Seguridad del Estado, la DGSE.

La DGSE era la sucesora directa de la antigua policía política de Somoza. Cuando la revolución ganó en mil novecientos setenta y nueve, la DGSE de Somoza fue abolida públicamente. Se hicieron actos de retirada de banderas. Se celebró como victoria. Pero treinta y cinco años después, Ortega había reconstruido exactamente la misma institución con el mismo nombre y las mismas funciones: represión política, desapariciones, intimidación, control mediante el miedo.

En marzo de dos mil dieciséis, vino a verme un hombre llamado Felipe. Fingió que venía por una herida en la mano, pero cuando estuvimos en privado en la consulta, bajó la voz de manera que casi no se le escuchaba por encima de los sonidos de la clínica.

—Doctor, vino a advertirle algo —dijo Felipe—. Hay gente de la DGSE que ha estado preguntando por usted. Preguntan dónde vive. Qué hace. A quién atiende. Preguntan si usted está recolectando información sobre los desalojos del canal.

—¿Quién es esta gente?

—No sé sus nombres. Pero sé cómo operan. Aparecen en lugares públicos. Hacen preguntas. Luego aparecen en otros lugares. Están mapeando a gente que podría ser amenaza al régimen. Usted es amenaza porque es médico y tiene acceso a víctimas de represión. Porque la gente confía en usted. Porque podría documentar lo que está pasando.

—¿Hay peligro inmediato?

—No lo sé. Pero en este país, doctor, no se necesita amenaza inmediata. Se necesita que usted entienda que saben exactamente quién es, dónde está, qué hace, a quién ve, a quién atiende. Que pueden decidir en cualquier momento que usted es problema del Estado. Y cuando el Estado decide que algo es problema, ese problema desaparece.

Dos semanas después, en la mañana de un martes, llegó un agente a la clínica. Era joven, no más de treinta años. Llevaba un uniforme completamente negro sin insignias que identificaran institución alguna. Entró sin anunciarse. Se paró en la sala de espera mientras yo atendía pacientes. Cuando terminé con mi último paciente de la mañana, me pidió que saliera del consultorio.

—Doctor Agustín Sanabria Monteneg —dijo usando mi nombre completo, algo que hacía que el momento fuera oficial, amenazante—, necesitamos hablar sobre sus actividades.

Salimos a la calle, en la acera fuera de la clínica. Hacía calor. El tráfico en los Bancos pasaba continuamente. Pero el agente habló como si estuviéramos solos, en un lugar privado.

—Tenemos información de que usted está atendiendo a personas que están interfiriendo con proyectos de desarrollo nacional —dijo—. Personas que están propagando mentiras sobre el canal. Personas que están recibiendo financiamiento de organizaciones extranjeras para sabotear el progreso de Nicaragua.

—¿Eso es una acusación? —pregunté.

—Es una observación —respondió el agente—. Y una realidad. Una realidad de cómo funcionan las cosas en Nicaragua. Usted es médico respetado. Tiene acceso a muchas personas. Personas que confían en usted. Sería una lástima si ese acceso fuera comprometido.

—¿Esto es una amenaza?

El agente sonrió sin calidez alguna. Su sonrisa era metálica, sin emoción.

—Es una realidad —dijo—. Una realidad de que usted atiende mucha gente. Una realidad de que tiene una clínica que le costó treinta años construir. Una realidad de que tiene una familia. Sería lástima que algo le pasara a la clínica. Sería lástima que algo le pasara a su familia.

Se fue sin esperar respuesta. Simplemente se subió a una camioneta negra sin placas que estaba estacionada a media cuadra. Se fue.

Tenía sesenta y cuatro años. Había vivido bajo Somoza. Había apoyado la revolución. Había visto cómo la revolución se convertía en dictadura. Y ahora estaba viendo cómo esa dictadura recreaba exactamente los mecanismos de represión de treinta y siete años atrás.

En dos mil diecisiete, mi hija Elena vino a verme. Tenía treinta y tres años. Era madre de dos hijos. Trabajaba como maestra. Durante años le había enseñado a sus hijos que había que luchar contra la injusticia, que el cambio era posible, que la historia no estaba completamente escrita.

Vinieron a la clínica un viernes por la tarde. Los niños jugaban en la sala de espera mientras Elena y yo hablábamos en el consultorio.

—Papá, necesito tu consejo —dijo Elena sin preámbulos—. Necesito que me digas la verdad, porque estoy cansada de mentir. ¿Qué le enseño a mis hijos sobre Nicaragua? ¿Les digo que resistan? ¿Que intenten cambiar las cosas? ¿Que esperen que algún día sea diferente? Porque si lo hago, estoy siendo deshonesto con ellos. Y no quiero mentirle a mis hijos como nuestro país ha sido mentido por treinta años.

No respondí inmediatamente. Miré a mi hija y vi en su rostro la facies de fastidio de alguien que había esperado algún cambio que no había llegado.

—¿Cuál crees que debería ser la respuesta? —pregunté.

—La respuesta honesta —respondió Elena— es que Nicaragua no va a cambiar. No en mi vida. No en la vida de mis hijos. Ortega está aquí de por vida. Sus hijos van a heredar el poder después de él. Los campesinos van a seguir siendo despojados. La represión va a continuar. El dinero chino va a continuar llegando. El canal se va a construir. Y nosotros vamos a continuar viviendo bajo una dictadura que se llama a sí misma democracia.

Ella tenía razón.

A sesenta y cuatro años, después de cuarenta años de ver los patrones repetirse, después de trabajar como médico viendo las consecuencias de esos patrones, después de creer en revoluciones y en transiciones democráticas que nunca vinieron, entendía que Elena simplemente estaba diciendo la verdad.

La historia de Nicaragua era un círculo que no tenía final visible. Somoza había gobernado durante cuarenta y cinco años. Luego llegó Ortega prometiendo revolución. Luego llegó democracia que fue simulada. Luego llegó el Pacto que congeló el poder. Luego regresó Ortega con toda su represión. Y ahora Ortega podía gobernar indefinidamente. Los campesinos podían ser desalojados por dinero chino. Los opositores podían ser perseguidos por la DGSE. Y nadie podía hacer nada.

Cuarenta años viendo exactamente lo mismo repetido con diferentes nombres, diferentes uniformes, diferentes palabras. Pero el mismo mecanismo. El mismo poder absoluto. La misma impunidad.

Y lo único que quedaba era continuar viviendo. Continuar curando. Continuar esperando que no apareciera otro agente de la DGSE. Continuar diciéndole a tu hija que la realidad es lo que es, aunque sea un infierno.

CAPÍTULO 10

La Sangre de Abril

Managua, Nicaragua. Abril de 2018.

El dieciocho de abril de dos mil dieciocho, un jueves por la mañana alrededor de las nueve, comenzó como protesta laboral contra un cambio en las cotizaciones del INSS. La Junta Directiva del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social había aprobado en sesión extraordinaria una reforma que aumentaba la cotización de trabajadores del seis punto veinticinco por ciento al siete punto cinco por ciento de sus salarios. Simultáneamente, aumentaba la cotización de empleadores del dieciséis por ciento al catorce punto cinco por ciento. Como compensación, las pensiones de jubilados serían reducidas en un cinco por ciento.

No fue negociado. No fue consultado con organizaciones de trabajadores. No fue debatido en los medios. Fue impuesto por decreto administrativo.

Los cálculos de los economistas mostraban que significaba que un trabajador que ganaba mil córdobas mensuales vería reducido su ingreso en setenta y cinco córdobas. Los jubilados que sobrevivían con pensiones promedio de dos mil quinientos córdobas perderían ciento veinticinco córdobas mensuales. En un país donde un kilo de arroz costaba diez córdobas, donde un litro de leche costaba doce córdobas, esa reducción era diferencia entre comer o no comer.

Los estudiantes de la UNAN, la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, salieron a protestar la mañana del dieciocho de abril. Primero en el campus ubicado en el Barrio de las Palmas. Luego se movilizaron hacia la avenida central de Managua. Las marchas crecieron rápidamente. No fueron cientos. Fueron miles. El Instituto de Estudios Estratégicos de Nicaragua documentó que el diecinueve de abril había aproximadamente cincuenta mil personas en las calles de Managua.

Fue una protesta contra injusticia económica. Pero cuando la Policía Nacional comenzó a disparar contra la multitud desarmada, se convirtió en insurrección civil. Asesinó al menos veinte personas ese primer día. Hirió a más de cien.

Yo tenía setenta y seis años. Había dejado la medicina activa hace tres años porque el cuerpo envejece. Las manos tiemblan. Los ojos se cansan. La energía ya no es la misma. Pero esa noche, escuchando la radio mientras estaba en mi apartamento en el barrio de Altamira, escuché los reportes que confirmaban que los hospitales públicos estaban siendo cerrados por órdenes directas del Ministerio de Salud. Que se había expedido una circular administrativa prohibiendo a los médicos atender a "manifestantes antigubernamentales". Que los heridos se desangraban en las calles porque no había lugar donde llevarlos.

Eso no fue tolerado. No en mí.

A la una de la madrugada, llamé a un colega que conocía desde hace cuarenta y dos años. Se llamaba Dr. Ernesto Valdivia. Habíamos hecho residencia juntos

bajo Somoza. Habíamos visto represión entonces. Habíamos trabajado como médicos de campo durante la revolución sandinista en los años ochenta. Habíamos visto medicina de guerra antes.

—Ernesto, necesito saber quién está operando ahora —pregunté sin preámbulos cuando contestó.

Se tardó en responder. La línea telefónica crepitó un momento. Seguramente estaba analizando si la línea era segura.

—Agustín, es peligroso hablar por teléfono —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Pero sí. Hay algunos que están haciendo lo que hay que hacer. En lugares seguros. Apartados de todo.

—¿Dónde?

—En iglesias. En conventos. Hay un convento en el Barrio Monseñor Lezcano que ha abierto sus puertas. Las Hermanas de la Caridad están usando su capilla como quirófano.

—Necesito participar.

—Tenés setenta y seis años, Agustín.

—Sé exactamente cuántos años tengo. También sé que es la diferencia entre vivir otra década bajo una dictadura o hacer algo honesto antes de morirme. Dime cómo llego.

Dos horas después, alrededor de las tres de la madrugada, estaba en un convento ubicado en el Barrio Monseñor Lezcano, a pocos kilómetros del Hospital General de Managua. El convento era construcción de los años cincuenta. Tenía patio interior. Tenía capilla. Tenía dormitorios donde normalmente las Hermanas residían.

Las Hermanas de la Caridad habían desalojado sus dormitorios. Habían puesto sacos de arena contra las ventanas de la capilla. Habían improvisado quirófano usando las mesas del refectorio. Habían conectado lámparas de emergencia. Habían conseguido de fuentes que no me especificaron equipamiento quirúrgico básico: instrumental de cirugía, monitores cardíacos portátiles, botellas de oxígeno, medicinas anestésicas.

Cuando llegué, el primer paciente estaba siendo operado en la capilla. La capilla donde normalmente se rezaba ahora tenía hedor a sangre y antiséptico.

Era un muchacho de diecinueve años. Se llamaba Jorge. Tenía un disparo en el pecho. Entrada del proyectil por debajo de la clavícula derecha. Salida entre las costillas sexta y séptima. La bala había perforado el pulmón derecho completamente. Había impactado la aorta torácica. De milagro no se había desangrado en la calle.

El cirujano que lo operaba era un hombre de cincuenta y dos años llamado Dr. Mauricio Rivas. Tenía sangre en los brazos. Llevaba máscara quirúrgica. Trabajaba con concentración absoluta.

Me hizo señal de que me lavara las manos con agua fría del patio. No había agua caliente. El convento estaba funcionando como clínica de guerra con recursos de guerra.

Mientras me lavaba, Ernesto llegó. Traía cajas de cartón. Adentro había equipamiento quirúrgico. Bandas de gasa. Botellas de suero fisiológico. Medicinas anestésicas. Antibióticos. Todo robado de hospitales o conseguido de fuentes médicas privadas.

—¿Cuántos han llegado en veinticuatro horas? —pregunté mientras me secaba las manos.

—Treinta y dos. Seis han muerto aquí a pesar de todo lo que hemos hecho. La mayoría llegaban muy golpeados. Shock hemorrágico avanzado. Dos están en recuperación en un cuarto que habilitamos con oxígeno. Los otros están en diferentes puntos porque no podemos tenerlos todos aquí. Si descubren este convento, la policía lo clausura. Así que estamos dispersos. Cinco, seis puntos diferentes de atención en toda Managua. Algunos de nosotros rotamos.

—¿Cuántos médicos están participando?

—Ahorita hay ocho confirmados. Cirujanos. Internistas. Hay más que quieren pero tienen miedo.

Jorge, el muchacho de diecinueve años, despertó después de que lo operáramos. Estaba sedado pero lucido. La primera pregunta que hizo fue por sus padres.

—¿Mis papás saben dónde estoy? —preguntó con voz débil.

—Tu madre vino esta mañana —respondió Mauricio—. Le dijimos que estabas estable. Le dimos un teléfono para que pudiera llamar cada cuatro horas.

—¿Voy a caminar? —preguntó Jorge, y en esa pregunta había terror.

Mauricio me miró. Yo había revisado el daño de médula durante la cirugía. La bala había comprometido completamente la funcionalidad de T7 hacia abajo.

—Vamos a hacer lo que podamos —dijo Mauricio, que es lo que decimos los médicos cuando la respuesta es no—. Tu cuerpo es fuerte. Los jóvenes tienen capacidad de recuperación que nosotros los viejos no tenemos.

Jorge cerró los ojos. Dijo en voz muy baja:

—Tenía novia. Se llama Verónica. Ella estaba también en la marcha. No sé qué le pasó.

En los siguientes tres días, operé a treinta y cuatro personas. Heridas de bala de proyectiles de alto calibre. Heridas de arma blanca causadas por paramilitares que atacaban con machetes. Heridas de trauma contuso por proyectiles de goma de la policía que causaban daño interno masivo.

Un muchacho de dieciséis años con trauma abdominal severo. La bala había impactado el hígado, el páncreas, había causado desangramiento interno. Requería resección de tejido dañado. Lo salvamos.

Una muchacha de veintiuno con fractura abierta del fémur por disparo de bala de fusil calibre 7.62. La bala había entrado en el fémur por la cara anterior. El hueso se había fracturado en tres lugares. Requería fijación externa y antibióticos de largo plazo. Pero viviría.

Un hombre de treinta y tres años con colapso pulmonar bilateral por impacto de bala de alto calibre. Requería inserción de tubos de toracotomía bilaterales en plena emergencia. Lo ventilamos con oxígeno. Sobrevivió cuarenta y ocho horas.

El ritmo de llegadas de heridos se aceleró. Diariamente había entre diez y veinte personas nuevas. Algunos llegaban por sus propios medios. Otros eran traídos por voluntarios en motos y carros. Algunos llegaban moribundos. Otros llegaban con heridas que, aunque graves, eran salvables.

En el cuarto día de operaciones, mientras operaba a una muchacha de dieciocho años que había sido golpeada severamente por la policía en una barricada, irrumpieron en el convento.

Fueron hombres sin uniforme claro. Llevaban armas automáticas. Eran paramilitares. Subieron directamente a la capilla.

La Hermana Margarita, que era la que dirigía el convento, se puso de pie entre los paramilitares y la muchacha en la mesa de cirugía.

—Esta es una institución de la Iglesia Católica —dijo la Hermana con voz que fue autoridad absoluta—. Ustedes no pueden entrar aquí. Esto es violación de sanctasanctórum.

Los paramilitares dudaron por un momento. La Iglesia, aunque debilitada en Nicaragua, mantenía cierto poder de intimidación. Solo por un momento.

—Estamos buscando terroristas —dijo el líder de los paramilitares, un hombre de aproximadamente cuarenta años con cicatriz en la cara izquierda—. Sabemos que hay terroristas aquí. Personas que participan en insurrección antiestatal.

—No hay terroristas aquí —respondió la Hermana—. Hay gente herida. Hay niños. Hay estudiantes. Hay trabajadores. Hay gente que fue golpeada por pedir justicia. Si eso es terrorismo, entonces todos somos terroristas. También estamos haciendo lo que Dios nos manda: cuidar a los enfermos sin discriminación.

Hubo tensión. Los paramilitares llevaban armas automáticas. La Hermana no tenía nada más que su autoridad moral. Pero había algo en la Hermana que los paramilitares no podían simplemente remover. Asesinaron a sacerdotes en Nicaragua, pero nunca de forma directa. Siempre de forma plausible. Siempre con negación.

Después de cinco minutos que parecieron años, los paramilitares se fueron.

Pero antes de irse, el líder con cicatriz en la cara dijo algo que fue más amenazador que cualquier disparo:

—Sabemos que esto existe. La próxima vez no seremos tan indulgentes. La próxima vez vendremos con órdenes de asalto.

La Hermana Margarita se quedó de pie junto a la mesa de cirugía donde yo continuaba operando mientras los paramilitares se iban.

—Esto volverá a pasar —dijo la Hermana—. Volverán. Cuando lo hagan, vendrán con órdenes de clausurar este lugar y de arrestarnos por "asociación con terroristas". Cuando llegue ese momento, no habrá Iglesia que nos proteja. El régimen ha corrompido hasta la estructuras eclesiásticas.

En el quinto día de operaciones continuadas, el Ministro de Salud ordenó cerrar mi clínica. Una orden administrativa fue enviada a la Dirección de Regulación de Servicios de Salud. Vino la Policía Nacional con lacres oficiales. Dijeron que la clínica estaba siendo clausurada por "no cumplir con protocolos sanitarios de regulación" y por "participar en actividades terroristas que violan la estabilidad del Estado".

Yo no estaba en la clínica. Estaba en el quirófano del convento. Pero Ernesto fue allá cuando se enteró y documentó todo. Tomó fotografías. Grabó videos. La policía lacró las puertas. Puso sellos rojos que decían "CLAUSURADO POR ORDEN DEL MINISTERIO DE SALUD - No Autorizada Entrada Sin Permiso Oficial".

Treinta años construyendo esa clínica. Treinta años de pacientes. Treinta años de confiar en que un médico era útil a su comunidad. Desaparecieron en veinticuatro horas.

Cuando regresé esa noche de operar, Ernesto me mostró las fotografías. Las puertas selladas. Los carteles de clausura. La clínica que fue mi vida siendo destruida administrativamente.

Esa noche, en el convento, Ernesto y yo estábamos en la cocina. Las Hermanas nos habían dejado café y pan duro para que los médicos que estábamos trabajando sin parar comiera algo.

—El Ministro envió un mensaje —dijo Ernesto mientras bebía café—. A través de intermediarios. Dice que si continuamos atendiendo a lo que llama "terroristas", seremos perseguidos como criminales. Que nuestras licencias serán revocadas. Que nuestros activos serán congelados. Que nuestras familias será perseguidas.

—Eso significa que funcionamos —respondí mientras comía pan—. Si no fuéramos amenaza real, no se tomarían el tiempo de amenazarnos de forma sistemática. Gastan recursos amenazándonos. Significa que nos temen.

—Es más que amenaza retórica, Agustín —continuó Ernesto—. Hay documentación de que la Policía está persiguiendo activamente a médicos. Que hay una lista. Que están usando servicios de inteligencia para identificar quiénes estamos participando en esto.

A los ocho días, llegó a mi refugio clandestino en el convento un médico forense. Se llamaba Dr. Carlos Montoya. Llevaba un portafolio lleno de fotografías, radiografías y documentos. Carlos trabajaba en el Servicio Médico Forense del Estado.

—He estado documentando las autopsias —dijo Carlos sin preámbulos, sin siquiera saludar—. Los muertos que la policía trae al servicio. Hay patrones. Los heridos que llegan vivos se mueren en custodia policial. Los que llegan muertos tienen signos de tortura extrema posterior a la muerte. De mutilación.

Mostró las fotografías. Fueron las cosas más horribles que he visto en setenta y seis años de vida. Jóvenes. Muchachos. Algunos no tenían ni dieciocho años. Quemaduras en genitales. Fracturas múltiples post mortem. Signos de ahogamiento en seco.

—¿Cuántos? —pregunté y la voz me temblaba.

—Hasta ahora, trescientos treinta y cuatro confirmados. Y sigue aumentando. La Policía está usando nombre oficial: "Operación Limpieza". Ese es su término. Limpiar, para ellos, significa eliminar oposición.

Carlos mostró documento tras documento. Certificados de defunción con causas falsas. "Paro cardiorrespiratorio por causa indeterminada". "Traumatismo craneoencefálico grave por caída accidental". "Shock séptico por infección gastrointestinal". Mentiras sistematizadas. Autopsia formal falsificada.

—Esto es lo que ganó la revolución —dije después de ver todo, y la amargura de esa afirmación fue casi física—. Esto es lo que se convirtió en lo que prometía ser liberación. De Somoza a Ortega. Nombres diferentes. Método idéntico.

—No es lo que ganó la revolución —corrigió Carlos, y su voz fue de alguien que estaba confesando algo que no quería que fuera cierto—. Es lo que Ortega hizo después de que ganó la revolución. Es lo que hace cualquier dictador cuando siente que se le está escapando el poder. Se vuelve bestia. Mata todo lo que pueda.

En el decimosegundo día, en una reunión clandestina coordinada por Ernesto en la casa de un colega, hablamos sobre lo que estábamos viendo.

Éramos seis médicos. Todos habíamos trabajado bajo Somoza en los años setenta. Todos habíamos apoyado la revolución en los ochenta. Todos habíamos visto represión en diferentes formas. Pero lo que estábamos viendo ahora era diferente. Era más industrial. Era más sin piedad. Era represión que ni siquiera fingía justificación.

—Estamos en mil novecientos treinta y seis —dijo un colega, Dr. Alfonso Durán, quien tenía sesenta y ocho años y había sido médico de la Brigada Internacional en la Guerra Civil Española—. Estamos en la Guerra Civil Española. Esto es exactamente lo que fue. Un régimen que decide que tiene que matar a su propia gente para no soltar el poder. Un régimen que convierte la medicina en problema estatal.

—Pero hay diferencia importante —respondí—. En mil novecientos treinta y seis había dos bandos armados. Aquí solo hay un bando verdaderamente armado. El otro bando son estudiantes con piedras. Son campesinos con palos. Son mujeres con flores. La policía tiene armas automáticas. Helicópteros. Vehículos blindados. La disparidad es total.

—La disparidad es exactamente el punto —dijo Alfonso—. En mil novecientos treinta y seis podían justificar que era guerra civil. Podían decir que había dos fuerzas compitiendo. Aquí no hay guerra. Aquí hay represión estatal del régimen contra su propia población desarmada. Eso es lo que lo hace mil veces peor.

En el decimocuarto día, vi morir a un paciente que no pude salvar.

Fue un muchacho de dieciséis años llamado Daniel. Había sido capturado por paramilitares en una barricada del Barrio Jorge Dimitrov. Fue torturado durante veinticuatro horas. Fue golpeado. Sus órganos internos sufrieron daño masivo. Hemorragia interna. Perforación de intestinos. Cuando lo trajeron al convento en una moto a las tres de la mañana, estaba en shock septicémico avanzado.

Lo intentamos. Cirugía de emergencia. Transfusión. Antibióticos. Ventilación. Nada funcionó.

Lo sedé profundamente. Le inyecté morfina. Hice que muriera sin dolor. Fue lo único que pude hacer.

Murió a los dieciséis años. Había salido a protestar porque quería que su padre pudiera comprar medicina. Eso fue su crimen. Por eso lo mataron.

La Hermana Margarita estuvo presente cuando murió. Rezó. Dijo las palabras de la Iglesia. Pero no había palabras que pudieran justificar eso.

Mientras nosotros operábamos, la represión internacional comenzaba a fluir. La Organización de Estados Americanos condenó las violaciones de derechos humanos. Los gobiernos de Costa Rica, Colombia, Uruguay, emitieron comunicados de preocupación. Pero Nicaragua estaba dentro del ALBA. Venezuela, Cuba, Bolivia, dijeron que cualquier crítica era "injerencia imperialista". Dijeron que la represión era "justificada como defensa de la revolución".

El dinero chino continuó llegando para proyectos de infraestructura. El dinero venezolano, aunque reducido por la crisis económica de Caracas, continuó llegando. El régimen tenía apoyo internacional suficiente para continuar. Para matar impunemente. Porque mientras hubiera dinero, mientras hubiera reconocimiento diplomático, la represión podía continuar.

En el vigésimo día de operaciones continuadas, conocí a una muchacha de diecinueve años llamada Lucía. Había sido disparada en la espalda. La bala entró a nivel de T6 y salió entre T8 y T9. Perforó dos pulmones. Era herida severa. Pero sobrevivió la cirugía. Despertó lucida después de doce horas.

La primera pregunta que hizo fue:

—¿Voy a poder caminar, doctor?

—Vamos a hacer lo que podamos —mentí con la mentira que los médicos hacemos cuando la respuesta es no—. Tu cuerpo es fuerte. Eres joven.

La verdad era que tenía daño neurológico completo en la región donde impactó la bala. La médula espinal estaba comprometida. Probablemente nunca

caminería de forma independiente. Usaría silla de ruedas. Tendría dolor neuropático de por vida.

—Quería ser abogada —dijo Lucía—. Quería defender a gente pobre. Mi pueblo es muy pobre. Nadie tiene acceso a justicia porque no hay dinero para pagar abogados que los defiendan. Yo quería cambiar eso. Quería que la justicia fuera para todos.

—Probablemente aún puedas —dije.

—¿Mientras esté en una silla de ruedas? —preguntó Lucía con lógica que fue devastadora—. Mi país no tiene acceso. Las calles de Managua no tienen rampas. Los edificios públicos no tienen ascensores. Los juzgados no tienen sillas de ruedas. Soy invalida en un país que ni siquiera diseñó sus espacios para gente como yo. Ahora sí que seré invisible.

No supe qué responder.

Hacia finales de abril, después de veintidós días de represión continuada, la represión se intensificó en forma sistemática. Las barricadas que los estudiantes habían levantado en barrios como Jorge Dimitrov, Distrito Seis, Monimbo, fueron destruidas por la Policía Nacional y grupos paramilitares en operativos coordinados. Fueron operativos de asalto. Decenas fueron asesinados. Cientos fueron heridos. Los hospitales públicos permanecían cerrados. Los médicos que trabajaban en ellos tenían órdenes explícitas de no atender a "manifestantes antigubernamentales".

Pero nosotros continuábamos. En la clandestinidad. En conventos. En casas de médicos que prestaban sus espacios. En lugares donde la policía no sabía dónde buscarnos. Continué operando porque no había opción. Parar era permitir que murieran.

A finales de abril, después de veinticuatro días de operaciones no-stop durmiendo dos horas por noche, operando diez, doce, catorce horas seguidas, mi cuerpo simplemente se detuvo. Después de una noche operando a cinco pacientes simultáneamente en diferentes quirófanos improvisados, simplemente colapsé.

Ernesto me encontró inconsciente en el piso del convento a las cinco de la mañana. Mi presión arterial había caído peligrosamente. Mi frecuencia cardíaca estaba arrítmica. Me llevó a una cama en una habitación de monjas. Pasé treinta y seis horas dormido profundamente.

Cuando desperté, estaba tendido en un catre en una habitación con crucifijo en la pared. La Hermana Margarita estaba sentada junto a mí con una bandeja de caldo caliente hecho de verduras del huerto del convento.

—Tiene setenta y seis años —dijo la Hermana sin reproche, solo como constatación de hecho—. Acaba de operar a más de ciento treinta personas en veinticuatro días. Ha estado despierto cuando mucho seis horas diarias totales. Su cuerpo simplemente decidió que no continúa.

—Hay gente que necesita que continúe —respondí, intentando incorporarme.

—Hay gente que necesita que viva —respondió la Hermana suavemente pero con firmeza—. Si usted muere aquí en este convento por agotamiento, pierde la única cosa que puede dar: su conocimiento, su experiencia, su capacidad de salvar vidas. No es sacrificio. Es tontería.

Pasé dos días recuperándome. Después regresé a operar, pero bajo restricción de Ernesto. Turnos de cuatro horas. Descanso entre turnos. Comida. No dormir en el piso.

A principios de mayo, cuando la represión ya había dejado trescientos treinta y cuatro muertos confirmados, más de dos mil heridos, más de diez mil detenidos documentados, comenzó a haber cambio político.

El régimen, presionado internacionalmente, realizó una "mesa de diálogo nacional". Fue símbolo sin sustancia. Los estudiantes, cansados, maltrechos, habiendo perdido a amigos y compañeros, aceptaron una tregua.

Las barricadas fueron desmanteladas. Los heridos dejaron de llegar al convento. El quirófano improvisado cerró operaciones.

Yo tenía setenta y seis años. Había operado en veintiséis días a más de ciento sesenta y dos personas. Había visto morir a diecinueve de ellas. Había hablado con madres que iban a perder hijos. Había visto lo peor del sistema.

En la última noche que operé en el convento, después de que los últimos heridos fueran derivados a hospitales que reabrieron sus puertas, Ernesto y yo estábamos solos en la capilla que había sido quirófano.

—¿Crees que ganamos algo? —preguntó Ernesto mientras limpiábamos el instrumental.

—Salvamos vidas —respondí—. Eso no es nada pequeño. Eso es algo significativo.

—Pero el sistema continúa —dijo Ernesto con realismo que fue casi cruel—. Ortega continúa en la presidencia. La represión puede haber bajado de intensidad por ahora, pero no desapareció. Solo se suspendió.

—No —concordé—. El sistema continúa. Pero ahora hay registro de que resistimos. Hay fotografías. Hay testimonios. Hay documento de que cuando el régimen decidió matar a su juventud, hubo gente que dijo que no. Hubo médicos que pusieron sus vidas en riesgo, que fueron clausurados, que fueron perseguidos, pero continuaron salvando vidas. Eso importa para la historia. Eso importa.

Caminé hacia la clínica clausurada dos días después. La policía había quitado los sellos después de veintiún días de clausura. Pero no era lo mismo. Las máquinas estaban dañadas. El equipamiento había sido removido. Los muebles estaban destrozados como si hubieran sido inspeccionados brutalmente. Deudas del arrendamiento se habían acumulado. No tenía dinero para reabrirla. Tenía setenta y seis años. Estaba quebrado.

Abrí la puerta de la clínica cerrada con la llave que aún tenía. Adentro había polvo. Había silencio. Había el fantasma de treinta años de trabajo. Treinta años de confiar en que un médico era útil a su comunidad.

Me senté en la sala de espera donde tantas personas habían estado esperando. Miré los sillones desocupados. Miré el escritorio de la recepcionista. Miré al consultorio donde había pasado cincuenta y cuatro años de medicina.

Todo estaba terminado.

La dictadura había ganado. No matándome. No desapareciéndome. Simplemente destruyendo mi capacidad de resistir. Eso era lo más diabólico de todo. No era represión violenta directa. Era represión sistemática que dejaba a alguien vivo pero sin poder hacer aquello que define su existencia.

Cerré la puerta de la clínica.

No volvería a abrirla.

CAPÍTULO 11

El Reino del Terror y el Gran Despojo

Managua, Nicaragua. 2019-2023.

Después de abril de dos mil dieciocho, el régimen no negoció más con sinceridad. No hubo verdadero diálogo nacional. Hubo represión redoblada y represión selectiva. La tregua que llegó después de que los estudiantes desmantelaron barricadas fue cosa de semanas solamente. Luego continuó la represión. Pero de forma más silenciosa. Más quirúrgica. Más sistemática. Era represión que no se anunciaba. Era represión que simplemente sucedía.

En dos mil diecinueve, el régimen comenzó arrestos de figuras políticas de oposición que claramente representaban amenaza en próximas elecciones.

Cristiana Chamorro, diputada de la Asamblea que había criticado abiertamente al régimen durante años, fue detenida con acusaciones de lavado de dinero y evasión fiscal. Los cargos eran absurdos. La evidencia era fabricada. Pero fue condenada a juicio televisado. Fue símbolo de que ningún nivel de estatus político ofrecía protección.

Arturo Cruz, ex diplomático que había sido candidato presidencial años atrás, fue detenido también con acusaciones similares. Juan Sebastián Chamorro. Félix Maradiaga. Otros. Todos políticos que el régimen había identificado como amenaza potencial.

Los juicios fueron simulación completa. Fueron comedias jurídicas. Los cargos fueron inventados completamente. Las pruebas fueron falsificadas. Las condenas fueron predeterminadas. Cada juicio duraba pocas horas. No había verdadera defensa. No había cuestionamiento del régimen. Era simplemente escenificación de justicia con resultado predeterminado.

Pero el mecanismo era efectivo: eliminaba oposición potencial sin necesidad de desapariciones que causaran escándalo internacional. Era represión que se amparaba en legalidad falsa. Era asesinato político disfrazado de justicia ordinaria.

Simultáneamente, comenzó represión contra medios de comunicación. Periodistas fueron expulsados del país. Corresponsales de medios

internacionales recibieron órdenes administrativas de salida. Les dijeron que sus visas no serían renovadas. Les dijeron que eran "personas non gratas". Medios críticos como La Prensa fueron clausurados o sus reporteros fueron perseguidos sistemáticamente. En dos mil diecinueve y dos mil veinte, más de cincuenta periodistas fueron expulsados de Nicaragua o huyeron del país por seguridad personal.

Sacerdotes que se atrevieron a defender a estudiantes en abril de dos mil dieciocho fueron procesados por el régimen. Fue ataque directo contra la Iglesia Católica. El régimen intentaba mostrar que ni siquiera instituciones eclesiásticas que históricamente habían tenido cierta autonomía eran intocables. Sacerdotes fueron citados por la policía. Fueron interrogados. Fueron acusados de "participar en actividades terroristas". Uno de ellos fue obligado a exiliarse.

La pandemia de COVID llegó en dos mil veinte y fue utilizada como pretexto perfecto para represión adicional. Toques de queda astringentes. Restricciones severas de movimiento. Control de espacios públicos. Militarización de calles bajo pretexto de salud pública. Fue represión que parecía sanitaria pero era política pura.

La economía nacional colapsó durante pandemia. El desempleo alcanzó niveles catastróficos. Empresas cerraron. Comercios desaparecieron. Los salarios se erosionaron. Los precios de bienes básicos se multiplicaron. La moneda nacional perdió valor vertiginosamente. La migración se aceleró como respuesta a crisis económica. Decenas de miles de nicaragüenses comenzaron a dejar el país cada mes buscando simplemente sobrevivir.

En dos mil veintiuno, en reformulación estratégica de su poder político, Ortega hizo lo que aparentaba ser concesión: reformó nuevamente la Constitución limitando las reelecciones presidenciales a una solamente. Parecía cambio significativo. Parecía victoria de quienes exigían democracia.

Pero era trampa con cálculo perverso: la limitación de reelecciones se aplicaría solo a partir de dos mil veintiséis. Lo que significaba que Ortega podría continuar gobernando hasta dos mil veintiséis sin restricción. Después, alguien más de su círculo íntimo —probablemente su hijo Laureano o su esposa Rosario Murillo— continuaría el poder. Era perpetuación disfrazada de limitación. Era extensión de dictadura disfrazada de democracia.

Fue en ese mismo año dos mil veintiuno que represión alcanzó su pico más brutal y más sistemático: la expulsión masiva y coordinada de presos políticos.

El régimen ejecutó operativo de seguridad que arrestó a doscientos veintidós personas en coordinación simultánea a través de todo el país. No fue operativo improvisado. Fue operación planeada meticulosamente. Fueron líderes estudiantiles. Fueron líderes campesinos. Fueron activistas de derechos humanos documentados. Fueron manifestantes que habían sido identificados en protestas de abril de dos mil dieciocho. Fueron personas que régimen consideraba amenaza permanente a su continuidad.

Pero el mecanismo fue incluso más perverso que simple encarcelamiento: antes de expulsarlos del país, el régimen les quitó la nacionalidad nicaragüense. Fue decisión administrativa de un solo trazo. Convirtió a dos mil trescientos veintidós personas en apátridas. Convirtió a ciudadanos en personas sin país. Fue robo de identidad nacional. Fue arrebatamiento de pertenencia.

Los expulsaron en autobuses. Los llevaron a la frontera con Costa Rica. Les dijeron que ya no eran nicaragüenses. Les dijeron que sus documentos de identidad habían sido anulados. Les dijeron que jamás podrían regresar. Les dijeron que si llegaban a cruzar frontera nuevamente, serían arrestados.

Los dejaron en tierra de nadie. Los depositaron en Costa Rica sin recursos. Los convirtió en refugiados en su propia región. Fue crimen de lesa humanidad. Fue decisión de régimen de abjurar de su propio pueblo.

Yo tenía setenta y seis años cuando comenzó esta fase final de represión. Setenta y siete, setenta y ocho cuando los encarcelamientos continuaban acelerándose. Setenta y nueve cuando vi expulsados a doscientos veintidós personas que el régimen decidió que ya no merecían ser nicaragüenses.

En mayo de dos mil diecinueve, fui citado por el rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua. El rector era hombre de sesenta y cuatro años llamado Dr. Humberto Lagos. Lo había conocido hace treinta y dos años. Habíamos sido compañeros revolucionarios en los años ochenta. Habíamos trabajado juntos durante revolución. Habíamos creído juntos en posibilidad de Nicaragua diferente.

Ahora era rector bajo presión política constante. Lo llamé para pedir cita. Accedió inmediatamente. Eso fue señal clara de que algo grave iba a ser comunicado.

Entré a su oficina a las diez de la mañana de un miércoles soleado. Su escritorio estaba limpio. Sus manos estaban sobre el escritorio, quietas. Tenía expresión de hombre que se estaba armando para decir algo que lo destruía moralmente.

—Agustín —comenzó sin preámbulos—, tengo que pedirte tu renuncia como profesor de medicina en la universidad.

No respondí inmediatamente. Dejé que silencio ocupara el espacio entre nosotros.

—¿Mi renuncia? —pregunté finalmente—. ¿Cuál es la acusación específica?

—Actividades contrarrevolucionarias. Contacto con estudiantes considerados "terroristas". Participación en operaciones médicas clandestinas contra el Estado.

Entendí que Humberto no estaba expresando su juicio personal. Estaba recitando acusaciones que le habían sido dictadas.

—¿Eso es lo que el Gobierno te instruye que me digas? —pregunté.

—Sí —respondió Humberto con dolor en la voz—. Es exactamente lo que el Gobierno me ordena decirte. Y me instruye también que si no renuncias voluntariamente habrá expulsión formal con antecedentes permanentes. Esto significa que tu nombre será marcado. Jamás podrás enseñar en institución educativa alguna en Nicaragua.

Me incorporé de la silla donde estaba sentado. Miré a Humberto directamente a los ojos.

—¿Es esta la Revolución que buscamos? —pregunté—. ¿Es esta la Revolución que justificamos frente a Somoza? ¿Expulsar maestros de medicina porque atendieron y curaron a estudiantes heridos? ¿Por qué practicamos medicina como debería practicarse?

Los ojos de Humberto se llenaron de lágrimas. Pero no respondió directamente a mi pregunta.

—La Revolución se defiende como puede —dijo con voz de hombre que ya estaba espiritualmente muerto—. O eso es lo que he aprendido a decir después de años de trabajar aquí.

Renuncié formalmente. Escribí carta dirigida al rectorado. Envié documento oficial. Fue fin de mi carrera como profesor universitario. Fueron treinta y cinco años de enseñanza terminados en minutos.

Semanas después, en agosto de dos mil diecinueve, fui citado por la Policía Nacional. Me presenté en comisaría de los Bancos a las ocho de la mañana de un martes.

Lo que ocurrió en esas cuarenta y ocho horas fue interrogatorio sistemático diseñado para aterrorizar.

Cuartos sin ventanas. Luz fluorescente que nunca se apagaba. Privación de sueño deliberada. Preguntas repetidas sobre pacientes que había curado. Me mostraban fotografías en blanco y negro de estudiantes que había atendido en abril de dos mil dieciocho. "¿Reconoce a este terrorista?" "¿A este otro?" "¿A este?"

Me negué a responder. No proporcioné información sobre ningún paciente. No traicioné confidencialidad médica aunque me amenazaran.

El interrogador, un hombre de aproximadamente cuarenta años con cicatrices en las manos, fue violento. Golpeó la mesa frente a mí. Me golpeó el rostro tres veces. Fueron golpes calculados. Suficientes para causar dolor pero no causar fractura que sería visible.

Fue privación de agua deliberada. Durante cuarenta horas no me permitieron beber agua. Mi boca se secó. Mi lengua se hinchó. Intentaban obligarme a hablar simplemente dándome sed.

Fue amenaza contra mi hija. "Sabemos exactamente dónde está Elena. Sabemos que está en San José, Costa Rica. Sabemos dónde trabaja como maestra. Si no hablas, si no nos das los nombres, cuando ella regrese a Nicaragua algo le sucederá."

Fueron amenazas contra mis colegas. "Sabemos quiénes son tus amigos médicos. Sabemos quiénes participaron en cirugías clandestinas. Si no hablas, iremos por ellos también."

No hablé. No proporcioné un nombre. No di una sola información que pudiera comprometer a alguien.

Me liberaron el tercer día sin cargos formales. Fue mensaje claro del régimen: pueden capturarme cuando quieran. Pueden torturarme cuando quieran. Pero mientras sea útil como advertencia viva, me sueltan. Mientras continúe vivo, continúo siendo amenaza. Mientras siga en Nicaragua, sigo desafiando.

En dos mil veintiuno, llegó la noticia de operación coordinada: doscientos veintidós presos políticos serían expulsados del país. El proceso fue rápido y brutal. Fueron detenidos. Fueron trasladados a Presidio La Modelo. Fueron procesados en audiencias que duraban quince, veinte minutos máximo. Fueron condenados a penas de seis a dieciséis años de cárcel. Pero cada condena fue seguida inmediatamente de oferta: aceptar expulsión del país y pérdida irreversible de nacionalidad, o permanecer en cárcel donde serían torturados continuamente.

Fue elección sin verdadera opción. Fue coerción con apariencia de elección.

La mayoría aceptó expulsión. Perdieron nacionalidad. Perdieron ciudadanía. Se convirtieron en apátridas.

Uno de los expulsados fue colega de medicina de varias décadas. Se llamaba Dr. Ramón Cortés. Tenía cincuenta y ocho años. Habíamos trabajado juntos durante más de veinte años. Habíamos operado juntos durante medicina de guerra de abril de dos mil dieciocho en el convento.

Ramón vino a mi apartamento dos días antes de ser expulsado. Fue visita de despedida. Fue última conversación que teníamos en Nicaragua.

—Me voy con nada, Agustín —dijo mientras estábamos tomando café en mi sala—. No tengo dinero. No tengo documentos de identidad. No tengo ciudadanía. Seré hombre apátrida. Seré médico sin país. Tal vez pueda ejercer medicina en otro país si me lo permiten. Pero aquí no puedo regresar. El régimen lo ha dejado claro.

—¿Costa Rica te recibirá?

—Dicen que sí. Hay miles de nosotros yendo allá. Toda una ola de nicaragüenses que está abandonando el país. Familias. Profesionales. Estudiantes. Todos emigrando porque el régimen ha hecho imposible vida.

Cuando Ramón se fue de mi apartamento, fue como si llevara consigo un pedazo de mi propio corazón. Fue colega de más de veinte años siendo arrancado por fuerza del país que lo vio nacer. Fue amigo siendo convertido en forastero.

Elena me llamó por teléfono desde San José, Costa Rica, en octubre de dos mil veintiuno. Ella había emigrado a Costa Rica dos años antes en dos mil diecinueve. Estaba trabajando como maestra en escuela primaria. Estaba intentando construir vida nueva en país donde podía respirar sin miedo.

—Papá, tienes que irte —dijo al teléfono con urgencia que no podía ocultar—. Aquí hay hospitales que funcionan. Aquí hay vida. Aquí hay gente que no es asesinada por estudiar. Aquí la gente no es torturada por curar a heridos. ¿Por qué permaneces?

—Mi cuerpo está en Nicaragua, Elena. Mis pacientes están en Nicaragua. Mis recuerdos están en Nicaragua. ¿Cómo abandono eso?

—Papá, tienes prácticamente ochenta años. ¿De verdad crees que vale la pena arriesgar tu vida por orgullo?

—No es orgullo. Es que sigo siendo médico. Sigo siendo útil. Hay gente que necesita ayuda.

—Hay gente aquí también. Hay hospitales donde podrías trabajar. Hay vida digna. Hay libertad.

No respondí porque sabía profundamente que Elena tenía razón. Pero también sabía que no podía irme.

Una amiga muy antigua, Doctora Verónica, que había sido torturada bajo Somoza en los años setenta y nuevamente bajo represión de dos mil dieciocho, vino a verme en noviembre de dos mil veintiuno.

Verónica tenía sesenta y cinco años. Era mujer que había visto represión de dos regímenes diferentes. Era mujer que entendía patrones.

—Agustín, es hora de que te vayas —dijo sin preámbulos—. El Presidente no olvida. Yo sé cómo termina esto. Yo fui torturada bajo Somoza en los años setenta. Ahora fui torturada bajo Ortega. Los nombres cambian pero la represión es idéntica. Y sé exactamente cómo termina. Termina con desaparición.

—¿Y si no tengo a dónde ir?

—Tienes a una hija. Tienes hermanos. Tienes colegas. Tienes opciones. Pero más importante: tienes obligación de continuar viviendo para ser testigo. Porque cuando todo esto termine, cuando el régimen colapse, cuando Nicaragua eventualmente sea libre, alguien tiene que estar vivo para contar la verdad. Tienes que ser tú.

Fueron palabras que se quedaron conmigo. Pero no me fui.

Seguí viviendo en Nicaragua. Seguí caminando por calles de Managua. Seguí viendo a mis vecinos. Seguí dando consultas médicas informales a gente que no tenía dinero. Seguí siendo médico aunque no tuviera licencia oficial. Seguí resistiendo de forma silenciosa.

En dos mil veintidós, represión continuaba sin pausa. Más encarcelamientos. Más expulsiones. Más personas convertidas en apátridas. La economía nacional continuaba en colapso. La migración masiva continuaba. Decenas de miles más de nicaragüenses abandonaban el país cada mes. Las remesas que llegaban desde el exterior desde familiares emigrados se habían convertido en lo que mantenía viva a población civil.

La corrupción era total y abierta. El dinero chino que llegaba para proyectos de infraestructura desaparecía. El dinero venezolano, aunque reducido dramáticamente por crisis económica de Caracas, que seguía llegando desaparecía. Solo llegaba a manos de la familia de Ortega. Solo llegaba a funcionarios corruptos leales.

En dos mil veintitrés, aproximándome a ochenta años, los encarcelamientos continuaban. Félix Maradiaga, quien había sido candidato presidencial en dos mil veintiuno, fue detenido nuevamente después de pasar meses inicial encarcelado. Los juicios continuaban siendo simulación completa. Las condenas continuaban siendo injustas y predeterminadas.

El país que había nacido de promesa revolucionaria de dignidad se había convertido en despotismo puro. No había ni siquiera apariencia de democracia. Era régimen que no fingía legitimidad. Era dictadura abierta.

Yo había visto tres sistemas de gobierno diferentes en Nicaragua: Somoza, la Revolución, la Dictadura de Ortega. Había apoyado cambios. Había creído en posibilidad de construir sociedad diferente. Había visto todo fallar sucesivamente.

Pero seguía en Nicaragua.

Seguía visitando a pacientes que podía ayudar. Seguía dando consultas informales a gente sin recursos. Seguía siendo médico aunque no tuviera carnet oficial. Seguía resistiendo de forma silenciosa simplemente existiendo.

En las noches, en mi apartamento, leía. Leía historia. Leía filosofía. Leía novelas de autores que habían entendido represión similar: García Márquez que escribió sobre dictaduras latinoamericanas, Vargas Llosa que escribió sobre cómo los pueblos son capaces de elegir tiranía, los escritores que entendían que represión era cosa permanente, casi inevitable en América Latina.

Pensaba en Elena viviendo libre en Costa Rica. Pensaba en que podía haber emigrado con ella. Pensaba en que probablemente estaba cometiendo error histórico quedándome.

Pero cada mañana despertaba. Cada mañana caminaba por las calles de Managua que había conocido desde hace cincuenta y cinco años. Cada mañana seguía siendo nicaragüense aunque el régimen hubiera convertido a doscientos veintidós personas en apátridas.

Porque mientras yo continuara vivo, mientras continuara diciendo verdad, mientras continuara siendo testigo, mientras continuara practicando medicina en la clandestinidad, la represión no era absoluta.

Era resistencia mínima. Era acto de rebeldía que no era violencia. Era simplemente negarse a abandonar al país que quería que estuviera muerto.

En diciembre de dos mil veintidós, una muchacha de veintitrés años vino a mi apartamento buscando ayuda médica. Fue referida por amigos de amigos. Fue parte de red subterránea de confianza que todavía existía en Managua para quienes eran perseguidos.

Tenía absceso en hígado causado por apendicitis que nunca fue tratada correctamente. Estaba en dolor severo y constante. Tenía fiebre alta que no bajaba. Tenía infección sistémica que se extendía.

No podía ir a hospital público. Había sido documentada como participante de protesta estudiantil en dos mil veintiuno. Su fotografía estaba en lista de la Policía Nacional.

Yo la traté en mi apartamento. Le prescribí antibióticos de mi farmacia personal que guardaba con cuidado en casa. Le enseñé cómo manejar el dolor. Le enseñé signos de alerta que significaban que necesitaría cirugía de emergencia.

Era medicina que practicaba en los márgenes. Era medicina de régimen represor donde no había espacio para medicina oficial. Era medicina clandestina de un país donde ser médico era crimen si curabas a gente equivocada.

Ella sanó lentamente durante semanas. Después de dos meses mejoró significativamente. Después de tres meses estaba completamente bien.

Cuando se fue, no me ofreció dinero. No tenía dinero. Me dio solo palabras de gratitud. Me dijo que yo era diferente del régimen. Me dijo que yo era prueba de que esperanza todavía existía.

Eso fue todo lo que pude dar.

En enero de dos mil veintitrés, el Gobierno anunció públicamente que tenía lista de seiscientos nombres de personas que serían investigadas por "crímenes contra la seguridad estatal". Mi nombre no apareció en lista publicada. Pero sabía que estaba en archivo. Sabía que tenía antecedentes de interrogatorio y tortura. Sabía que el régimen podía actuar cuando decidiera que era momento.

Pero decidí no huir.

A veces, en noches cuando insomnio me mantenía despierto, pensaba en lo que significaba ser apátrida. Pensaba en qué significaba que régimen decidiera que no merecías ser ciudadano de tu propio país. Pensaba en doscientos veintidós personas que fueron convertidas en forasteros. Pensaba en que probablemente yo mismo estaba a punto de ser convertido en lo mismo.

Pero yo seguía siendo ciudadano. Seguía siendo nicaragüense. Seguía siendo médico. Seguía resistiendo.

En febrero de dos mil veintitrés, Elena nuevamente me rogó al teléfono que fuera a Costa Rica.

—Papá, por favor. El régimen está claramente expandiendo represión. Van a llegar por ti. Lo sé. Por favor vete ahora.

—¿Cuándo? —pregunté.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo debería irme según tu lógica? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Próxima semana?

—Ahora. Hoy. Mañana a más tardar.

—¿Y si actúan hoy? ¿Si me arrestan hoy? ¿Si estoy en frontera cuando decidan actuar? ¿Entonces qué? ¿Se siente bien estar en tránsito?

Elena no respondió porque entendía la lógica imposible de mi pregunta. No había momento seguro. No había timing correcto. Había solo continuación.

—¿Qué haces cuando sales de casa cada día? —pregunté—. ¿En tu trabajo de maestra?

—Enseño. Enseño historia.

—¿Les dices la verdad a tus estudiantes?

—Sí.

—Entonces entiendes por qué no puedo irme. Porque mientras yo esté aquí, hay alguna posibilidad de que la verdad sea dicha. Hay alguna posibilidad de resistencia. Hay testigo.

Ella lloró al teléfono. Después me dijo que me amaba profundamente. Después me dijo que tenía miedo de perderme.

Yo también tenía miedo.

Pero miedo no era razón suficiente para huir.

En una noche de abril de dos mil veintitrés, cuarenta y cinco años después de que estudiantes bajo Somoza comenzaran levantamiento que generó historia, estaba sentado en mi balcón del apartamento mirando hacia la ciudad de Managua.

Podía ver luces dispersas de la ciudad. Podía ver gente viviendo sus vidas bajo represión. Podía imaginar gente guardando silencio. Podía imaginar gente emigrando.

Pensé en todos los años que había pasado en Nicaragua. Pensé en decenas de miles de pacientes que había curado. Pensé en cirugías que había realizado. Pensé en revolución que esperé. Pensé en democracia que nunca llegó. Pensé en dictadura que regresó.

Pensé en pregunta que Verónica me había hecho años atrás: "¿Tienes obligación de estar vivo para ser testigo?"

Sí. Eso es lo que decidí.

Que tendría obligación de estar vivo para contar la verdad. Para ser testigo de lo que ocurrió. Para documentar cómo un régimen revolucionario se convirtió en dictadura. Para mostrar cómo represión es cosa permanente en América Latina. Para dejar registro de que hubo resistencia. Que hubo gente que dijo que no. Que hubo médicos que curaron a estudiantes. Que hubo profesores que enseñaron verdad. Que hubo sacerdotes que defendieron inocentes.

Mientras estuviera vivo, la represión no era total.

Mientras recordara, la verdad persistía.

Mientras permaneciera en Nicaragua, la resistencia continuaba.

CAPÍTULO 12

El Murmullo bajo las Cenizas

Managua, Nicaragua. 2024-2026.

Tenía setenta y cuatro años cuando comenzó a notar las primeras grietas en la fachada aún imponente pero visiblemente deteriorada del régimen. No eran grietas grandes que gritaban en las calles. Eran fracturas microscópicas que solo alguien que había pasado setenta y cuatro años observando dinámica del poder podría detectar.

La vigilancia continuaba constante. Un oficial de la Policía Nacional estacionaba su motocicleta cada día a las siete de la mañana en la esquina de mi calle, exactamente doscientos metros de la entrada de mi edificio. Permanecía allí hasta las seis de la tarde. Otro oficial llegaba entonces para relevo de noche. Este ciclo había continuado durante tres años. Tres años de vigilancia visible pero también pasiva. Tres años de saber que en cualquier momento podían entrar a mi apartamento con orden de captura.

Pero algo en dinámica de vigilancia había cambiado en últimos meses de dos mil veinticinco.

El oficial que principalmente vigilaba mi calle se llamaba Coronel Daniel Soto. Lo sé porque en un momento de negligencia olvidó cerrar completamente su chaqueta de uniforme y vi su insignia y placa de identificación colgando. Tenía aproximadamente cuarenta y dos años. Tenía rostro de hombre que había visto cosas que lo habían destruido internamente. Tenía cicatriz en lado izquierdo de cara que probablemente venía de años de represión o guerra civil.

Un día específicamente en febrero de dos mil veinticinco, la esposa del Coronel Soto vino a mi apartamento aproximadamente a las nueve de la noche. Vino llevando a su hija de ocho años. Fue evento que fue completamente inesperado e irracional. ¿Cómo la esposa de oficial de seguridad que vigilaba a médico subversivo vendría a consultarme?

La niña tenía dolor abdominal agudo que había progresado. Tenía fiebre de treinta y nueve punto dos grados centígrados. Tenía rigidez clara de abdomen. Tenía todos signos de apendicitis aguda.

No podían ir a hospitales públicos. Los hospitales públicos se habían convertido en lugares donde personas desaparecían en el mejor de los casos. Eran lugares donde represión era institucionalizada. Eran lugares donde régimen vigilaba a pacientes y los arrestaba si mostraban signos de haber sido participantes en protestas.

Operé a la niña en mi apartamento. Fue operación que no debería haber realizado bajo condiciones civiles. Fue operación sin anestesia general apropiada. Fue operación improvisada realizada en mi cocina que habilitamos como quirófano de emergencia. Pero fue única forma de salvarle la vida.

La niña se recuperó completamente.

Cuando Coronel Soto vino a recoger a su familia cuarenta y ocho horas después, entró sin uniforme. Vino como padre. No vino como agente represor.

—¿Qué le debo por esto? —preguntó mientras observaba a su hija jugando en sala, completamente recuperada.

—Nada —respondí simplemente—. Cuidaré de ella como si fuera mi propia nieta. Eso es lo que hacemos los médicos. No cobramos cuando salvamos vidas de gente inocente.

El Coronel Soto me miró directamente a los ojos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue momento que duró solo segundos pero que fue momento de cambio. Fue momento donde hombre de represión recordó que era humano.

—Sé quién eres —dijo Soto con voz que temblaba—. Sé que me fue asignado vigilarte como oficial que reporta traiciones. Sé exactamente por qué estoy aquí. He leído el archivo. Pero tengo hija. Tengo esposa. Tengo familia que ama a su padre. Hoy salvaste la vida de mi hija. Eso cambió algo dentro de mí.

Después de esa noche, la vigilancia continuó. Pero fue vigilancia que era fundamentalmente diferente. Fue vigilancia que ya no era vigilancia represiva. Fue presencia que empezó a parecer más protectora que controladora.

En ese mismo mes, recibí mensaje en aplicación de mensajería cifrada que no identificaba origen. Fue contacto de personas que se identificaban como parte de red internacional de diáspora nicaragüense. Fue mensaje que llegaba a través de intermediarios que no podía identificar ni sabría nunca. Fue comunicación clandestina que venía desde lejos.

El mensaje decía: "¿Posee información que debería ser publicada al mundo? ¿Tiene testimonio documentado? Estamos archivando todo. Cuando el régimen colapse —y colapsará— el mundo tiene que saber exactamente qué pasó en Nicaragua. Responda si desea participar en documentación de verdad."

Respondí que sí. Respondí que tenía ocho años de manuscrito completo. Respondí que tenía historia documentada de cómo revolución que prometía dignidad se convirtió en dictadura que prometía solo represión.

A partir de ese momento, comencé a enviar capítulos del manuscrito a través de red cifrada que me fue proporcionada. Una o dos veces por semana, un contacto que nunca identificaba su cara llegaba a café específico en barrio de San Pedro. Yo llegaba después de treinta minutos. Dejaba memoria USB pequeña con capítulos nuevos de manuscrito. Alguien más, persona desconocida, la recogía. Desaparecía en red de resistencia clandestina.

Mi manuscrito estaba siendo transportado hacia el mundo exterior. Estaba siendo enviado hacia exilio. Estaba siendo compartido con diáspora. Estaba siendo archivado por organizaciones que lo preservarían.

En marzo de dos mil veinticinco, conocí a enfermera joven de veintidós años que trabajaba en uno de los pocos hospitales privados que continuaban funcionando. Se llamaba Gabriela Hernández. Vino a consultarme en forma clandestina diciendo que quería participar.

—Doctor Sanabria, yo quiero ayudar a sacar su manuscrito del país completamente, no en pedazos sino enteramente —dijo sin preámbulos ni ceremonias—. Quiero que el mundo entero sepa exactamente qué hicimos aquí. Quiero que verdad no sea perdida.

—¿No tienes miedo? —pregunté directamente.

—Tengo mucho miedo —respondió Gabriela con honestidad que fue dolorida—. Tengo miedo cada día de mi vida. Pero tengo más miedo de quedarme en silencio. Si no hablamos, si no documentamos ahora, el régimen borrará todo cuando colapse. Dirá que fue exageración. Dirá que fue sueño de oposición. Dirá que nunca realmente pasó.

Gabriela se convirtió en parte de red de resistencia. Era joven que representaba esperanza genuina. Era persona que no había sido completamente destruida por años de represión y miedo. Era voz nueva y fuerte.

En Mercado Oriental, donde todavía compraba verduras y frutas a pesar de vigilancia constante de coronel Soto, me encontré un martes con hombre que reconocí inmediatamente. Se llamaba Eduardo Rivas. Había sido guerrillero en años ochenta. Había luchado en montañas durante revolución. Había sido joven idealista lleno de esperanza.

Ahora vendía frutas en puesto de mercado. Vendía naranjas, plátanos, mangos. Tenía cicatriz profunda en su cara que era resultado documentado de tortura. Tenía mano derecha que no funcionaba completamente bien desde que le fue fracturada durante interrogatorio. Había sido prisionero y torturado por DGSE, Dirección General de Seguridad del Estado, durante represión de dos mil diecinueve.

—Sanabria —dijo cuando me vio acercarse—. Sigues vivo aquí en Nicaragua.

—Sigues vivo tú también —respondí mientras compraba naranjas.

—Apenas vivo —sonrió de forma que fue casi terrible—. Pero te voy a decir algo que he aprendido: esto no va a durar. Las tiranías tienen fecha de vencimiento. Son organismos vivos que contienen semilla de su propia destrucción. Ortega y su régimen ya cometieron errores fatales.

—¿Qué errores específicamente? —pregunté.

—No matar a todos los que podían crear resistencia. Dejó vivos a bastantes. Dejó vivos a gente como tú. Dejó vivos a gente como yo. Y eso fue error histórico de proporción. No puedes represor veintitrés mil kilómetros cuadrados con solo represión. Necesitas algún grado de consentimiento. Y consentimiento se evaporó hace años.

Eduardo me vendió frutas. Habló con voz baja y velocidad lenta sobre redes de resistencia que existían en lugares insospechados. Habló sobre deserciones silenciosas de militares. Habló sobre policías que estaban cansados de torturar. Habló sobre que incluso dentro del aparato represor había personas que sentían peso de consciencia.

—La represión tiene límite —dijo Eduardo mientras me empaques frutas—. Cuando cuesta más dinero mantenerla del que entra al Gobierno, cuando la gente que la ejecuta también tiene hambre, cuando los que mandan también empiezan a dudar, entonces es cuestión solamente de tiempo. No será mañana. Pero será en meses o años. Los regímenes como este no duran.

En mayo de dos mil veinticinco, escribí reflexión extensa que incluí en manuscrito. Escribí teoría sobre ciclo de vida de dictaduras. Escribí que no existe régimen autoritario que dure para siempre. Escribí que represión es cosa que eventualmente se erosiona porque fundamentalmente es cosa que contradice naturaleza humana.

En historia que había estudiado, había comprendido caídas de regímenes. Había leído sobre caída del Muro de Berlín en noviembre de mil novecientos ochenta y nueve. Había leído sobre caída de Marcos en Filipinas en mil novecientos ochenta y seis. Había leído sobre dictadura de Pinochet que duró dieciocho años antes de ser vencida. Había leído sobre Ceausescu en Rumania que fue fusilado en mil novecientos ochenta y nueve.

Todos los regímenes autoritarios en historia habían terminado. Ninguno había durado para siempre. Ninguno era permanente. Ninguno era seguro.

Nicaragua no sería excepción histórica a esta regla.

En julio de dos mil veinticinco, contacto cifrado me informó que manuscrito había llegado exitosamente a organizaciones de derechos humanos ubicadas en Estados Unidos y Europa. Que estaba siendo archivado en múltiples ubicaciones. Que sería publicado en momento apropiado. Que testimonio de Sanabria permanecería aun cuando Sanabria desapareciera o muriera.

Eso fue cuando decidí que podía empezar a vivir con cierta paz pequeña. No paz total ni completa. Pero paz suficiente para dormir en noches sin pesadillas.

Sabía que podían venir por mí sin aviso en cualquier momento. Sabía que vigilancia de Soto continuaba aunque fuera más benévola. Sabía que lista de seiscientos nombres donde mi nombre figuraba seguía siendo activa en archivos de régimen. Pero también sabía que testimonio estaba preservado. Que verdad escrita permanecería indefinidamente.

En septiembre, en comunicación encriptada con Elena por aplicación segura, le conté que había completado manuscrito entero.

—Papá, finalmente entiendo completamente por qué no emigraste a Costa Rica —dijo Elena.

—¿Por qué crees que tomé esa decisión? —pregunté.

—Porque sabías que tenías que dejar registro. Que tenías que ser testigo vivo. Que alguien tenía que estar adentro, en el país, contando verdad mientras ocurría. Si todos los testigos se iban, solo quedaría versión del régimen.

Yo no respondí porque Elena había entendido perfectamente la lógica de mi decisión.

Reforma Constitucional de dos mil veintiuno establecía claramente que a partir de dos mil veintiséis, Ortega no podría reelegirse. Pero la transición de poder en régimen generaba incertidumbre y posibles fracturas. ¿Iría el poder a Rosario Murillo, la esposa? ¿Iría a Laureano Murillo, el hijo? ¿Habría lucha de facciones dentro del círculo de Ortega?

Los periodistas en exilio especulaban infinitamente. Las organizaciones de derechos humanos analizaban cada movimiento. Los gobiernos internacionales observaban con distancia diplomática. Pero en Nicaragua, en calles, en mercados, en transportes públicos, lo que se escuchaba era murmullo.

Era murmullo de gente que sabía sin decirlo que algo estaba por cambiar fundamentalmente.

En octubre de dos mil veinticinco, contacto de diáspora me envió mensaje urgente: había grupo de hackers nicaragüenses que operaban desde Costa Rica atacando sistemas informáticos del Gobierno de Nicaragua. Habían logrado filtraciones masivas de información clasificada. Habían expuesto cuentas bancarias secretas de funcionarios del régimen. Habían publicado pruebas de corrupción que incluso régimen no podía negar públicamente.

Era resistencia que yo nunca hubiera imaginado una década antes. Era resistencia digital. Era generación joven usando herramientas del siglo veintiuno para combatir maquinaria represora de siglo veinte.

Uno de esos hackers era estudiante que yo había curado en convento de abril de dos mil dieciocho. Tenía veintiocho años. Se había exiliado años atrás. Se había entrenado en informática en Universidad de Costa Rica. Estaba usando códigos y algoritmos para hacer lo que rifles no podían hacer.

La represión violenta no podía detener internet. La represión física no podía silenciar código binario. La represión sangrienta no podía eliminar información una vez que estaba dispersada en ciberespacio global.

En redes sociales clandestinas que operaban con VPN y proxys, en aplicaciones de mensajería cifrada de extremo a extremo, en canales ocultos de la dark web, había movimiento palpable. Había organización clara. Había esperanza.

En diciembre de dos mil veinticinco, oficial de seguridad estatal llamado Capitán Jorge Morales recibió orden de torturar a preso político acusado de conspiración. Fue orden directa desde arriba. Fue orden que Capitán Morales se negó a ejecutar. Fue acto de desobediencia civil que significaba que incluso dentro del aparato represor había gente que dijo que no. Que incluso torturas tenían límites.

Capitán Morales fue inmediatamente destituido de sus funciones y puesto bajo investigación por insubordinación. Pero ya había sucedido. Ya había acto de resistencia desde las entrañas del régimen.

Ese mismo mes, en reunión de altos Sandinistas leales al régimen, hubo confrontación política seria. Hubo oficiales que cuestionaban decisiones. Hubo personas que recordaban que revolución se suponía que era sobre justicia y

dignidad. Hubo grietas internas que no podían ser reparadas simplemente con represión adicional.

En enero de dos mil veintiséis, escribí capítulo final de manuscrito. Escribí conclusión que sintetizaba ocho años de reflexión. Escribí conclusión sobre que Nicaragua había experimentado tres regímenes diferentes en vida de Sanabria y que los tres habían demostrado ser insostenibles.

Escribí que represión tiene límite económico, moral y físico. Que mientras más represión es ejercida, más rápido es colapso eventual. Escribí que régimen Ortega-Murillo había llegado a punto donde represión era tan severa que la sustentabilidad era imposible. Escribí que dictadura estaba muriendo lentamente. No había desaparecido completamente. Pero estaba en proceso claro de muerte.

Escribí que esperanza no era cosa ingenua o romántica. Era cosa racional fundada en historia. Era cosa que venía de comprender profundamente que nada dura para siempre en este mundo.

Cuando completé manuscrito completo, entregué último capítulo a Gabriela, la enfermera joven de veintidós años. Fueron ciento ochenta y siete páginas de testimonio documentado. Fueron ocho años de escritura clandestina. Fueron verdad que no podría ser negada.

—¿Crees que importará? —preguntó Gabriela mientras recibía manuscrito en memoria USB.

—No sé exactamente si importará —respondí—. Pero será registro permanente. Será prueba. Será verdad que no podrá ser negada cuando régimen finalmente colapse.

En febrero de dos mil veintiséis, Elena me llamó para decirme que había sido contactada por organización internacional de derechos humanos. Que querían publicar manuscrito de Sanabria. Que necesitaban permiso formal del autor.

—Dale permiso —dije sin hesitación—. Que sea publicado exactamente como está. Que sea verdad como la viví.

El manuscrito sería publicado. Sería testimonio oficial para historia de Nicaragua. Sería voz de Sanabria que permanecería cuando él desapareciera.

Coronel Daniel Soto continuaba vigilando mi calle. Pero era vigilancia que era cada vez más diferente. Sabía que sus órdenes formales eran protegerme más que arrestarme.

Una mañana en marzo de dos mil veintiséis, Soto se acercó a mí mientras caminaba por calle.

—Mi hija pregunta constantemente por ti —dijo—. Pregunta si puedo llevarla a visitarte.

—Dile que sí. Dile que siempre seré médico de ella. Dile que la quiero como a nieta.

Esa niña de ocho años que había estado a punto de morir de septicemia, que había sido salvada en mi apartamento improvisado, representaba futuro de

Nicaragua. Representaba que incluso en oscuridad más profunda de represión, había luz de humanidad que no se extinguía.

El murmullo bajo las cenizas se hacía más fuerte cada día.

Los regímenes mueren porque están hechos fundamentalmente de represión, y represión es sostenida por personas. Y personas eventualmente dicen que no. Personas como Coronel Soto. Personas como Gabriela. Personas como Eduardo. Personas como Capitán Morales. Personas ordinarias que encontraban extraordinaria fortaleza.

Cuando suficientes personas dicen que no simultáneamente, el régimen colapsa.

Estaba cerca. No era asunto de días próximos. Pero era asunto de que algo estaba terminando definitivamente.

Sanabria tenía setenta y cuatro años en dos mil veintiséis. Tenía manuscrito completo preservado. Tenía testimonio documentado que permanecería. Tenía esperanza fundada en razón de que continuaría vivo lo suficiente para ver caída de régimen que lo quería muerto.

Pero incluso si la muerte lo encontraba antes de eso, su testimonio permanecería.

La revolución que había esperado en años ochenta nunca llegó. La democracia que había esperado en años noventa fue robo y corrupción. Pero la esperanza que surgía en dos mil veintiséis era diferente. Era esperanza fundada en paciencia. Era esperanza que entendía que nada dura para siempre en historia de los pueblos.

Cada mañana despertaba. Cada mañana continuaba siendo médico. Cada mañana continuaba siendo testigo de verdad. Cada mañana continuaba siendo resistencia.

El régimen que prometía libertad se había convertido en tiranía pura. Pero tiranía, como todo en esta tierra, tendría fin.

En abril de dos mil veintiséis, pasados los setenta y cuatro años, recibí última comunicación de Eduardo. Lo encontré en Mercado Oriental en día nublado.

—Sanabria, está terminando —dijo mientras empacaba naranjas en bolsas—. Se está terminando. Falta poco.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque trabajo con gente que sabe. Porque hay movimientos. Porque el dinero de Venezuela ha dejado de llegar. Porque incluso los militares tienen hambre. Porque esto es insostenible. Falta poco.

Esa conversación fue última que tuve con Eduardo. No volvería a verlo en mercado después. Pero sus palabras se quedaron.

En mayo, Gabriela vino a visitarme de forma inesperada. Fue visita rara. Trajo noticias.

—Doctor, su manuscrito fue publicado. Está en internet. Está siendo compartido. El mundo está leyendo sobre Nicaragua.

Sentí peso que había estado cargando durante ocho años levantarse un poco. No completamente. Pero un poco.

Tenía setenta y cuatro años. Había escrito verdad. Esa verdad ahora era pública. Aunque el régimen me capturara mañana, la verdad permanecería.

Hubo semana en mayo cuando noté que la vigilancia en mi calle había cesado. Coronel Soto no volvió a estacionar su moto en esquina. Otros oficiales que lo reemplazaban también desaparecieron. La vigilancia simplemente terminó.

No sé si fue orden. No sé si fue acto de compasión. Pero sucedió.

En esa semana sin vigilancia, caminé por calles de Managua que había conocido durante cincuenta y cinco años. Caminé sin miedo por primera vez en años. Fue sensación extraña. Fue libertad.

Pero sabía que podía terminar en cualquier momento. Sabía que régimen podía volver. Sabía que represión podía recomenzar. Pero por esa semana, hubo esperanza.

Elena me llamó en junio.

—Papá, la OEA está pidiendo intervención. Los gobiernos están considerando sanciones adicionales. La presión internacional está creciendo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que esto está alcanzando punto de quiebre. No es cuestión de si cae, es cuestión de cuándo.

Pasé junio escribiendo reflexiones finales sobre lo que significaba vivir bajo dictadura. Escribí sobre costo de represión. Escribí sobre costo para represores. Escribí que todos pierden bajo tiranía.

Escribí que incluso Coronel Soto, que fue oficial de seguridad, había perdido años de su vida vigilando ciudadano viejo. Escribí que Gabriela, enfermera joven, había tenido que vivir con miedo. Escribí que Eduardo, ex guerrillero, había sido destruido por torturas.

Escribí que represión no solo daña resistencia. Daña a quienes la ejecutan también.

En julio de dos mil veintiséis, en comunicación final con Elena, le conté todo lo que había sucedido.

—Papá, estoy orgullosa de ti —dijo.

—¿Por qué?

—Porque hiciste lo que pocos pueden hacer. Te quedaste. Escribiste verdad. Resististe sin violencia. Simplemente dijiste que no.

—Es todo lo que un hombre de setenta y cuatro años puede hacer.

—Es todo lo que cualquiera debería hacer.

Esa conversación fue última que tuve con Elena antes de lo que vino después.

Escribí en diario personal en agosto: "He vivido setenta y cuatro años. He visto tres regímenes. He curado gente bajo Somoza. He curado gente en revolución. He curado gente bajo Ortega. He sido médico bajo todos ellos. He sido testigo bajo todos ellos. He sido resistencia bajo todos ellos. Si esto es lo que queda de mis años, es suficiente."

En último capítulo que escribí después de que manuscrito fue publicado, escribí reflexión que probablemente es última cosa que escribiré: "La resistencia no es cosa de héroes. Es cosa de personas ordinarias que dicen que no. Es cosa de gente como Coronel Soto que salva a su hija a través de médico que odia régimen. Es cosa de Gabriela que quiere verdad. Es cosa de Eduardo que vende frutas pero recuerda revolución. Es cosa de gente que continúa existiendo. Continuar existiendo bajo represión es acto revolucionario. Continuar diciendo verdad es acto revolucionario. Continuar siendo humano cuando régimen quiere que seas máquina de represión es acto revolucionario. Nicaragua aprenderá eso. Cuando todo termine, cuando régimen colapse, cuando democracia eventualmente llegue, Nicaragua entenderá que resistencia fue cosa de gente común. Fue cosa de nosotros. Fue cosa de personas que dijeron que no."

El régimen que nació de promesa revolucionaria se había convertido en tiranía. Pero tiranía, como todo en esta tierra, tiene fin.

Sanabria esperaba ese fin.

EPÍLOGO

La Semilla en el Desierto

Managua, Nicaragua. Mediados de dos mil veintiséis.

Caminaba por el malecón del Lago Xolotlán al atardecer de un jueves de julio cuando el calor empezaba a ceder un poco. Tenía setenta y cuatro años. Tenía memoria de cincuenta y seis años siendo médico. Tenía memoria de cada herida que había cosido. Tenía memoria de cada muerte que no había podido evitar a pesar de todas mis habilidades quirúrgicas.

El lago Xolotlán brillaba con la luz anaranjada del ocaso que pintaba el agua de color cobre. Era belleza que Nicaragua siempre tuvo pero que yo raramente tenía el lujo de observar con atención. Siempre había estado ocupado. Ocupado curando heridas. Ocupado resistiendo represión. Ocupado simplemente sobreviviendo día tras día bajo vigilancia constante.

Caminaba lentamente. Las rodillas no respondían como respondieron hace treinta años. El cuerpo cansa. El tiempo destruye sin piedad.

Gabriela me había citado aquí en este lugar. Venía por última copia del manuscrito digitalizado. Venía a llevar versión final en memoria USB pequeña a Costa Rica. De allá sería distribuido al mundo. De allá sería publicado por organizaciones de derechos humanos que habían estado esperando esto durante meses.

Era cierre de círculo. Ocho años de escritura clandestina. Setenta y cuatro años de vida vivida bajo represión política. Cincuenta y seis años de medicina practicada bajo tres regímenes diferentes. Todos convergiendo en momento único de entrega final.

Ella llegó exactamente a las cinco y media de la tarde. Era mujer joven de veintidós años que había crecido viendo régimen represor consolidarse. Había visto a amigos estudiantes siendo heridos en confrontaciones. Había visto represión institucionalizada como cosa normal. Había visto desapariciones. Pero no había sido quebrada. No había abandonado país. No había cedido a miedo.

—Aquí está completo —dije mientras le entregaba memoria USB con manuscrito completo en versión final—. Es todo. Es verdad exactamente como la viví. No está editado para suavizar nada. No está reescrito para hacerlo más literario. Es bruto. Es crudo. Es como fue.

—Lo llevaré seguro a Costa Rica —respondió Gabriela—. Lo confiaremos a personas que comprenden su importancia.

—Sé que lo harás. Y cuando lo publiquen, cuando el mundo lo lea, quiero que comprendan que fue escrito por un médico viejo que simplemente intentó curar gente herida. Nada más. Sin pretensiones de cambiar historia. Sin esperar que salve a país. Solo testimonio.

Ella se fue. Desapareció entre multitud de gente del malecón que caminaba al atardecer. Fue última vez que la vi. Fue momento de partida silenciosa de parte de mí hacia futuro.

Me quedé solo en malecón mirando el lago mientras sol se ponía lentamente detrás de montañas de occidente. Pensé en todos los cadáveres que había visto en cincuenta y seis años. Pensé en todos los cuerpos rotos sobre mesas de operación. Pensé en las manos que había tenido que coser juntas. Pensé en los órganos dañados que había intentado reparar con todo conocimiento quirúrgico que tenía.

Pensé en la revolución que creí era revolucionaria y justa y que resultó siendo simplemente injusta de forma diferente.

Pensé en compañeros que habían sido asesinados durante represión. Pensé en Ramón expulsado como apátrida, ciudadano de ningún lugar. Pensé en estudiantes que habían sido torturados y que continuaban viviendo con dolor fantasmal. Pensé en gente que había desaparecido simplemente y cuyos cuerpos nunca fueron encontrados.

Pero también pensé en estudiantes valientes de abril de dos mil dieciocho que se atrevieron a levantarse contra régimen que tenía armas y ejército. Pensé en policías como Coronel Daniel Soto que en secreto ayudaban a disidentes porque tenían consciencia que surgía de humanidad. Pensé en Elena viva en Costa Rica escribiendo su propia verdad. Pensé en diáspora de más de doscientos mil nicaragüenses que se negaba a olvidar. Pensé en hackers

jóvenes atacando sistemas de represión. Pensé en gente que continuaba resistiendo de forma silenciosa simplemente viviendo.

Pensé profundamente en que Nicaragua tendría su primavera. Sé que es verdad porque la historia no puede quedarse congelada para siempre. No hay invierno político que dure cien años. No hay dictadura que sea realmente permanente.

Comencé a caminar de regreso a mi apartamento mientras la oscuridad completaba su llegada. El malecón estaba lleno de gente. Familias con niños. Parejas de manos tomadas. Gente vieja como yo que intentaba vivir normalmente bajo represión que nunca se hace completamente normal.

Mientras caminaba, pensé en reflexión que había escrito en manuscrito pero que nunca había pronunciado en voz alta. Pensé en palabras que permanecerían cuando yo ya no pudiera hablarlas.

He sido médico durante cincuenta y seis años de mi vida adulta. He cosido más heridas de las que puedo contar incluso si viviera cien años más. He visto a mi país sangrar de tantas maneras diferentes que las cicatrices cubren cada centímetro de su piel nacional. He visto dolor que un hombre debería ver solo en pesadillas.

He trabajado bajo régimen de Somoza en años setenta cuando era represión sangrienta pero abierta. He trabajado durante la revolución sandinista en años ochenta cuando creí que era salvación pero resultó siendo tragedia. He trabajado bajo Ortega que resulta siendo tiranía mayor que la que fue reemplazada.

He visto a compañeros revolucionarios ser asesinados por gobierno que prometían justicia. He visto a estudiantes ser torturados por policía que juraban defender. He visto represión institucionalizada convertirse en cosa normal. He aprendido que el poder corrompe absolutamente cada vez que es ejercido sin limitación.

He curado a soldados de Somoza que venían heridos. He curado a revolucionarios que peleaban por cambio. He curado a víctimas de represión. He curado a policías que simplemente estaban siguiendo órdenes de arriba. He curado a estudiantes que se atrevieron a soñar con libertad. He curado a víctimas de torturas. He curado a gente que fue perseguida simplemente por pensar diferente.

Porque soy médico. Y los médicos curan. No preguntan si paciente es enemigo político o aliado revolucionario. No preguntan si persona fue parte de represión o víctima. Curamos porque ese es el juramento que hicimos cuando nos convertimos en médicos. Curamos porque es lo único que sabemos hacer bien.

Pero he aprendido durante cincuenta y seis años que curar es cosa profundamente limitada. Puedo coser heridas corporales. Puedo aliviar dolor físico. Puedo dar esperanza médica. Pero no puedo curar un país enfermo de poder. No puedo curar tiranía quirúrgicamente. No puedo hacer desaparecer represión con medicinas. No puedo operar la corrupción.

Solo puedo dejar testimonio. Solo puedo escribir verdad. Solo puedo ser testigo vivo de lo que ocurrió aquí en Nicaragua.

Llegué a mi edificio alrededor de las seis y media de la tarde cuando la noche ya completaba su invasión. El Coronel Daniel Soto estaba en su motocicleta en la esquina donde siempre se estacionaba. Su vigilancia nunca había cesado completamente. Había vuelto después de algunos meses de ausencia misteriosa. Pero era vigilancia que era diferente ahora. Era vigilancia que era más proteccionista que represiva.

Nuestros ojos se cruzaron por segundo breve. Fue segundo donde represor y reprimido se miraban con entendimiento mutuo. Era momento donde dos hombres que había sido enemigos reconocían que ambos eran prisioneros del sistema. El Coronel bajó la mirada. No fue gesto de sumisión política. Fue gesto de humanidad que aún existía.

No era mucho. Pero era algo. Era grieta donde humanidad aún persistía en medio de represión sistemática.

Subí a mi apartamento. Cerré la puerta. Me senté en silla donde había escrito durante ocho años manuscrito. Silla estaba gastada. Brazos estaban desgastados por contacto de brazos durante horas diarias de escritura.

Pensé en que manuscrito estaba ahora en camino hacia libertad. Pensé en que verdad que escribí permanecería aunque mi cuerpo desapareciera. Pensé en que testimonio que documenté sería publicado y leído.

Esa noche, después de treinta años de pesadillas constantes, de vigilancia paranoia, de miedo que no cesaba nunca, dormí profundamente sin pesadillas.

No sé exactamente por qué sucedió. Tal vez fue porque manuscrito estaba en camino hacia mundo exterior. Tal vez fue porque sabía finalmente que testimonio permanecería aun cuando yo muriese. Tal vez fue porque finalmente había hecho lo que pude hacer. Tal vez fue simplemente que el cuerpo y la mente necesitaban descanso después de años de tensión.

Al amanecer siguiente, el Coronel Soto estaba nuevamente en su moto en la esquina. Su hija de ocho años pasó corriendo por la calle jugando con amigos de su edad. Era niña que casi muere de septicemia. Era niña que fue salvada en mi apartamento improvisado. Era representación viva de que incluso en oscuridad más profunda hay actos de compasión.

La guerra civil de Nicaragua había terminado hace treinta y siete años. Pero Nicaragua seguía en guerra consigo misma. Seguía sangrando internamente. Seguía sufriendo represión normalizada.

Pero mientras hubiera gente como Coronel Daniel Soto que recordaba su humanidad en medio de represión. Mientras hubiera gente como Gabriela que se atrevía a documentar verdad. Mientras hubiera gente como Eduardo que vendía frutas en mercado pero recordaba revolución justa que fue perdida. Mientras hubiera gente que simplemente decía que no. Mientras hubiera resistencia silenciosa.

Nicaragua tendría futuro. No hoy. No mañana tal vez. Pero tendría futuro.

No sé exactamente cuántos años me quedan. Tengo setenta y cuatro años. Tengo salud quebrada por años de represión y tortura. Tengo memoria llena de dolor y trauma.

Pero también tengo testimonio escrito. Y testimonio permanecerá mucho después de que yo muera.

He pasado una vida entera en desierto. Desierto de represión. Desierto de miedo constante. Desierto de esperanza defraudada. Desierto de sufrimiento que vi.

Pero también he plantado semilla. He escrito verdad. He dejado registro. He sido testigo vivo de historia.

Y de semilla plantada en desierto, un día crecerá árbol de libertad.

No lo veré probablemente. Mi vida está terminando. Pero sé que crecerá porque historia no se detiene. Porque represión es cosa temporal. Porque nada dura para siempre en este mundo.

Ni siquiera tiranía. Ni siquiera desierto permanece estéril.

Soy Agustín Sanabria Montenegro. Soy médico cirujano. He ejercido medicina durante cincuenta y seis años.

Soy sobreviviente de tres dictaduras.

Soy testigo de Nicaragua.

Y mi testimonio permanecerá.

Pero antes de terminar, debo dirigirme a hermanos y hermanas de América Latina. Debo hablar a aquellos que aún están en libertad. Debo advertir a aquellos que aún tienen oportunidad de elegir.

A los ciudadanos de México, Colombia, Brasil, Bolivia, Cuba, Venezuela, Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Perú: escuchen bien lo que cuento.

No cometan el error que cometimos nosotros. No crean en promesas de revolución que prometen justicia pero entregan tiranía. No voten por personas que prometen cambio pero tienen paciencia de reptil. No elijan líderes que hablan de pueblo pero construyen máquinas de represión.

Miren lo que sucedió en Nicaragua. Miren lo que sucedió cuando Daniel Ortega utilizó revolución como trampolín al poder. Miren cómo un hombre que prometía justicia se convirtió en dictador. Miren cómo represión fue institucionalizada. Miren cómo doscientos veintidós ciudadanos fueron convertidos en apátridas. Miren cómo gente fue asesinada por estudiar. Miren cómo medicina fue convertida en arma represiva.

Vean lo que Hugo Chávez hizo en Venezuela. Vean cómo prometió dignidad y entregó hambre. Vean cómo Nicolás Maduro continúa el legado de represión. Vean cómo millones de venezolanos abandonaron su país porque no podían seguir viviendo bajo tiranía.

No crean mentiras de quienes dicen que represión es defensa de revolución. Eso es lo que nos dijeron aquí. Eso es lo que justificó cada asesinato. Eso es lo que permitió que tortura fuera cosa institucional.

Tengan cuidado con líderes que concentran poder en sus manos. Tengan cuidado con líderes que prometen perpetuarse bajo diferentes nombres. Tengan cuidado con líderes que transforman institutos nacionales en herramientas de represión. Tengan cuidado con líderes que crean que excepción es necesaria para defenderse de enemigos imaginarios.

Porque esto fue lo que aprendí en cincuenta y seis años de medicina: represión es cosa que comienza con justificación. Es cosa que comienza con enemigo. Es cosa que comienza con promesa de que es temporal.

Pero represión nunca es temporal. Una vez que está instalada, se perpetúa. Una vez que asesinato es autorizado en nombre del estado, continúa siendo autorizado. Una vez que tortura es justificada, nuevas razones para torturar son siempre encontradas.

A ciudadanos de América Latina digo: no caigan en trampa. No voten por promesas de revolución que no pueden ser cumplidas. No voten por hombres que concentran poder. No voten por mujeres que transforman gobiernos en empresas familiares. No voten por personas que dicen ser defensores del pueblo pero construyen presidios.

Si ustedes tienen elecciones, úsenlas. Si ustedes tienen libertad de voto, cuídenla. Si ustedes tienen voz, expresen lo que piensan. Porque como yo descubrí aquí en Nicaragua, libertad es cosa que puede desaparecer en un momento.

Miren a Nicaragua. Miren a Venezuela. Miren a Cuba. Miren a Bolivia cuando cayó bajo control de ideología sin límites. Miren a México cuando narcoestado comenzó a competir con gobierno por control de país. Miren a todos estos casos y vean patrón.

El patrón es siempre el mismo: promesa de cambio. Concentración de poder. Represión institucionalizada. Desaparición de libertad. Exilio masivo. Dolor colectivo.

No caigan. Por favor, no caigan.

Yo he visto suficiente dolor. He visto suficiente represión. He visto suficientes vidas destruidas. He visto suficientes sueños convertidos en pesadillas.

Pero si ustedes aprenden de nuestro error, si ustedes ven el patrón y se rehúsan a repetirlo, entonces nuestro dolor habrá tenido propósito. Entonces la tragedia de Nicaragua, de Venezuela, de Cuba, de todos los países que han sufrido dictadura, tendrá significado.

Porque historia es cosa que se repite si la olvidamos. Pero historia también es cosa que puede ser evitada si prestamos atención.

Así que les pido, a nombres de todos los doscientos veintidós que fueron convertidos en apátridas, a nombre de todos los estudiantes que fueron

torturados, a nombre de todos los que desaparecieron sin dejar huella, a nombre de millones que emigraron porque no tenían elección:

No repitan nuestro error.

Tengan cuidado con promesas de revolución. Tengan cuidado con líderes que dicen que son únicos salvadores. Tengan cuidado con concentración de poder. Tengan cuidado con represión justificada como defensa.

Porque represión nunca defiende nada. Solo destruye.

Cuiden su libertad. Cuiden su democracia, aunque sea imperfecta. Cuiden su derecho de elegir, aunque sus opciones sean limitadas. Porque cuando lo pierden, descubrirán como descubrimos nosotros, que lo más valioso no es comida, no es dinero, es libertad.

Y libertad una vez perdida tarda generaciones en regresar.

Yo sé que esto es cosa que probablemente no será escuchada. Probablemente habrá líderes en América Latina que continuarán prometiendo lo que no pueden dar. Probablemente habrá ciudadanos que creerán en promesas porque desesperación es cosa que hace creer en cualquier cosa.

Pero si aunque sea una persona en América Latina lee esto, entiende el patrón, y se niega a votar por represión disfrazada de revolución, entonces este epílogo valió la pena.

Entonces nuestro dolor tuvo propósito.

Entonces Nicaragua no sufrió en vano.

Escuchen, hermanos latinoamericanos. Escuchen la voz de médico que ha visto suficiente muerte. No cometan nuestro error. No dejen que tiranía se instale bajo pretexto de revolución.

Porque si la dejan, descubrirán como descubrimos nosotros, que el único desierto más árido que el desierto físico es el desierto de libertad.

Y en ese desierto, toda semilla muere.

No lo permitan. Por favor, no lo permitan.